

R.P. Paul Philippe O.P.

LA VIRGEN SANTÍSIMA Y EL SACERDOCIO



www.traditio-op.org

TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

P. PABLO PHILIPPE, O. P.

Profesor en el «Angelicum» (Roma)

LA VIRGEN SANTISIMA Y EL SACERDOCIO

TRADUCCION E INTRODUCCION

DE

A. MORTA

BILBAO

EDICIONES DESCLÉE DE BROUWER

1953

www.traditio-op.org

Nihil obstat

DR. ANDRÉS E. DE MAÑARICÚA

Censor ecco.

Imprimatur

Bilbao, 26 de Septiembre de 1953

DR. JOSÉ ARCEO

Pro-Vic. Gen.

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

INTRODUCCION

«Y puesto que los Sacerdotes pueden ser llamados, con título especial, hijos de la Virgen Madre, no podrán menos de amarla con encendísimas piedad...»

(Pío XII, «Menti Nostrae».)

Hermano:

He tenido la impresión, al consagrar unas horas a la traducción del libro del P. Philippe, LA VIRGEN SANTISIMA Y EL SACERDOCIO, y la tengo ahora al escribir estas líneas de introducción para esta edición española, de dirigirme, no a un público anónimo, curioso, crítico, a este mundo nebuloso y vago de los lectores hipotéticos, sino de estar conversando —ofreciéndole unas ideas prestadas que me han hecho mucho bien— con un Sacerdote concreto, conocido y hasta querido entrañablemente.

Como si al escribir al Sacerdote amigo, ausente, se me hubiera ido la mano y hubiera perdido de vista, por unas horas, los apremios del reloj...

Todo por el halago de la idea empezada, que sigue arrebatando y que no podemos dejar sin pena, porque la llevamos dentro; porque responde a vivencias intensas, porque tenemos la seguridad de que va a ser leída y releída con deleitosa pausa, en un silencio amable, va a tener ecos cálidos de sacudidas sobrenaturales, de optimismos sacerdotales. Es la idea que, sin pretensión de novedad, nos ha estremecido, y aprovechamos la primera ocasión para transmitirla—reciente todavía el propio estremecimiento— al amigo que, indudablemente, vibrará con ella, y se sentirá más cerca de nosotros y más adentro en las divinas realidades del mundo de la fe.

No puedo pensar —al preparar la edición española de este libro— en los estantes y escaparates de las librerías.

Tengo ante mis ojos a Sacerdotes concretos, conocidos muchos; presentidos, adivinados, en un pálpito de fraternidad, la mayoría.



Y la idea —que halaga y arrastra— objeto de la amigable confianza, son las presentes páginas, en que el Padre Paul Philippe, O. P., profesor en el Angélicum de Roma, ha reunido sus conferencias sobre LA VIRGEN SANTISIMA Y EL SACERDOCIO.

No tengo por qué intentar siquiera hacer una crítica del libro. Porque, aunque todo libro se puede criticar, los hay que parecen, y deben de estar, escritos para la crítica. Quizá no cumplieran la finalidad primordial que los inspiró, muchos libros, si la crítica los ignorara. Sería su condenación más dura, la desconsideración y la indiferencia críticas.

Otros —y el del P. Philippe es uno de ellos—, no. Se han escrito para transmitir ideas que se acarician, que remueven, «suaviter et fortiter» (que es el modo de obrar de Dios en las intimidades), y que dejan un poso vital.

Ideas..., porque el teólogo que hay en el autor de estas páginas no se ha creído en el deber de eliminarse, para dar paso al «hombre espiritual», cuando quiere hablar de la Virgen en sus relaciones con el Sacerdocio y los Sacerdotes.

Al contrario, ha volcado en sus páginas toda la luz que el dogma y la ciencia teológica tradicional le brindaban en torno al tema, y ha sabido servirnosla con unción y hasta con ternura.

La queja se repite constantemente. Muchos de los libros que tratan de la Virgen, o secan el espíritu, al per-

derse en disquisiciones sistemáticas, áridas, a veces sin suficiente fundamento dogmático que les dé consistencia, o no lo sacian —al fin es también secar el espíritu, de otro modo y por caminos diversos—, por su subjetivismo dulzón y arrebatado, también inconsistentes, doctrinalmente considerados.

El Sacerdote, especialmente —aun más que los seglares—, busca, para su piedad, jugo y solidez. Y no le resulta fácil encontrarlos hermanados en los libros que tiene a su alcance, para que le acompañen en sus ratos de íntima conversación con la Señora y sobre la Señora.

Querido hermano: sé que hay otros, y que los hay muy buenos; pero lee despacio y rumia éste sobre la Virgen Santísima y el Sacerdocio... Ya me dirás.



Hay un párrafo en la Menti Nostrae que podría servir por todo prólogo que justificase este libro.

«Si bien a todos ama la Virgen Madre con ardiente amor, abraza con un amor especial a los Sacerdotes, que son imagen viva de Jesucristo. Si consideráis, pues, con gran consuelo de vuestra alma, este amor singular y esta particular tutela de la Virgen para con vosotros, experimentaréis que se os hace más fácil el trabajo, tanto por vuestra santidad personal como por cumplir vuestros deberes sacerdotales.»

A la vez, difícilmente se intentaría, con mayor fortuna, una síntesis breve y exacta de las páginas que siguen.

Es demasiado frecuente tener devoción solamente, a la Virgen. Y es una devoción.

Etimológicamente, la palabra devoción convence. No convence —tratándose de la Madre— el contenido que corrientemente sugiere,

Entre el «entregarse» cordial, absoluto, de la etimología, y la «práctica devota» a que equivale la devoción en el lenguaje acostumbrado, median abismos.

Si alguien no puede contentarse con tener devoción a la Virgen es el Sacerdote.

Reclaman de él mucho más:

1) «Este amor singular y esta particular tutela de la Virgen para con el Sacerdote», de que habla el Papa.

2) Las estrechas relaciones de María con su propio Sacerdocio, y

3) La inescindible vinculación de la Madre con la persona de Jesucristo —como Sacerdote—, que constituye la esencia misma de la vida interior sacerdotal.



1) La impresión más fuerte que posiblemente dejan en el ánimo sacerdotal las páginas que siguen, es la de este amor singular, particularizado a cada uno de nosotros, Sacerdotes, bien concreto en la mirada actual de María y en su corazón de Madre. «Como si yo solo estuviera en el mundo.»

El Sacerdocio mismo pedido para nosotros por María, Concedido en un mismo eterno decreto, de infinito amor, respuesta a la oración conjunta de Cristo y de su Madre...

La gracia sacerdotal de todas las horas, de los días difíciles, de la tensión incesante hacia la santidad sacerdotal..., obtenida por la intercesión y dada por la mediación de María...

Esta oración de madre en la víspera de la ordenación sacerdotal del hijo, prolongada luego, fiel y constante, junto a nuestras vidas, sin desfallecimientos...

Esta compañía materna, comprensiva, poderosa, a lo

largo de un ministerio difícil, misterioso, árido e incomprendido con tanta frecuencia...

Lee, hermano. Estas cosas y tantas más que tú mismo espigarás deleitosamente en estas páginas, ¡cuántas soledades sacerdotales pueden llenar de amistad auténtica, de sabrosa intimidad, de plenitud!

¡Cuántos monólogos aburridos, atormentados, se diluirían en el inefable diálogo cor ad cor!

A una Madre —y una Madre así—, quien se siente querido de esta forma, no puede tenerle devoción nada más. Se la quiere —como dice el Papa en la Menti Nostrae— «con encendidísima piedad...»: el amor concentrado, quintaesenciado, para la Madre.



2) «Ha de ser (la piedad para con la Madre divina) tanto más tierna en el Sacerdote que en los simples fieles, cuanto más verdadera y profunda es la semejanza entre las relaciones del Sacerdote con Cristo y las de María con su divino Hijo.» (Pío XI, Ad catholici sacerdotii.)

Pero hay algo más que una simple semejanza extrínseca.

Las relaciones de María con Jesucristo - Sacerdote se prolongan y reviven en las que le unen con el hombre-Sacerdote, participe del Sacerdocio de su Hijo.

Y es éste el mundo doctrinal, abrumador para nosotros los Sacerdotes, que aquí nos presenta, detenida y amorosamente, el autor de este libro.

La Misa —esta Misa cotidiana en la parroquia de la aldea o en el templo ciudadano—, la Misa sabida y acostumbrada, se puebla de inefables presencias, de ecos de redención y de eternidad.

El propio Sacerdocio —estrenado quizá hace muchos años— resurge nuevo, palpitante de vida de Dios.

María está allí con él, como junto a la Cruz, actualizando —por el carácter de caridad sobrenatural que reviste su cooperación— la obra cumbre del Amor infinito.

Por María, con María, sentimos crecer indefinidamente, a nuestros propios ojos, ese Sacerdocio nuestro, ese Sacerdocio de Jesús.

Lo que oímos tantas veces y tantas veces hemos explicado a los fieles, nos llega con acento inédito al espíritu en este marco de las relaciones, profundas y entrañables, de la Señora con nuestro Sacerdocio.

Crece la admiración agradecida.

Crece la sentida responsabilidad.

Crece la tierna hondura del amor y el anhelo de entrega a esta Madre bendita.



3) *Sentiremos a María penetrar, como algo deliciosamente inevitable, en el ámbito de nuestra vida interior, en este mundo de nuestras relaciones personales intimísimas con Jesucristo-Sacerdote, al contemplarla vinculada a su Sacerdocio de modo amorosamente providencial e inseparable.*

No sólo porque quiso Dios unirla a la obra sacerdotal de Redención de Jesucristo, y supo María entregarse a ella sin reservas, con todo el entusiasmo de su caridad «de llena de gracia»; no sólo porque es el modelo perfecto de unión de sentir y de querer con Jesucristo-Sacerdote, sino porque el Sacerdote no puede prescindir en su vida interior de esta Madre, presente siempre con Cristo, unida a El.

La vida interior del Sacerdote es el esfuerzo para hacer lo más sacerdotal posible su vida de pobre hombre; y en este esfuerzo está presente todo el cuidado materno y amoroso de María.

La vida interior del Sacerdote es el amor al Sumo Sacerdote, al que paso a paso, minuto a minuto, se rinde la vida entera, tiempo e ilusiones, intereses y fuerzas; y en este Amor envolvemos a la Corredentora, Madre de Aquél y de este Sacerdote.

La vida interior del Sacerdote es la profunda inquietud de su fecundidad en las almas; y en esta inquietud está la Madre, a través de la cual quiso Dios toda fecundidad espiritual en el mundo. El Espíritu Santo la fecundó para que naciera de ella la Cabeza. Y el Espíritu Santo la fecunda, por el ministerio apostólico del Sacerdote, para que Cristo nazca en las almas; son los miembros que crecen, se desarrollan y se forman, hasta la plenitud de la edad, por la fecundidad de María.

¡María, no de prestado, como añadida, superpuesta, sino por derecho propio y en perfecto ensamble doctrinal y afectivo en la vida interior del Sacerdote!...

Lee..; el P. Philippe lo dice hermosamente, hermano.



«.. experimentaréis que se os hace más fácil el trabajo, tanto por vuestra santidad personal como por cumplir vuestros deberes sacerdotales.» (Menti Nostrae.)

La ininterrumpida ascensión hacia las cumbres se hace penosa, lenta, sumamente cansada a veces. Son exhaustivas, implacables, las exigencias de nuestro Sacerdocio como ideal de vida.

¡Y tan solos a veces!

Hay tanta inapetencia de Dios en un mundo que se mueve —anémico— con una indescifrada angustia por

lo transcendente, que el Sacerdote se encuentra con frecuencia desconcertado y abatido: «¿Para qué moverse y fatigarse tanto? Todo es tiempo perdido....»

Con María en vuestro Sacerdocio «experimentaréis que se os hace fácil el trabajo» —dice persuasivamente Pío XII.

Y se poblará de alborozo y entusiasmo nuevos el desierto de tanta vida desolada.

Y se iluminará, radiante y misteriosamente, con luz de fe vívida, nuestro mundo sacerdotal.

Y al hablar y al movernos hacia fuera, irán cuajadas las palabras y la acción, de la pura vibración por Dios y por su gloria, de la fuerza irresistible del amor convencido y generoso...

Y... «experimentamos que se nos hace fácil el trabajo, tanto por nuestra santidad personal como para cumplir nuestros deberes sacerdotales, al considerar con gran consuelo de nuestra alma, este amor singular y esta particular tutela de la Virgen para con nosotros los Sacerdotes», que vienen a recordarnos eficazmente y a poner de relieve, ante nuestros ojos sacerdotales, las páginas breves de este libro...



Pero... una idea todavía.

Leerás al fin del capítulo primero:

«De María numquam satis», decía San Bernardo, haciéndose eco de una frase, más audaz todavía, de San Anselmo: «Nada hay igual a María, nada más grande que María, sino sólo Dios: Nihil aequale Mariae, nihil nisi Deus maius Mariae.»

Y sin embargo, recientemente se ha escrito: «La Virgen María provocará siempre las expresiones más vi-

vas. Incluso se proclamará como ley: «De María numquam satis». Pero puede pensarse que se honra más teniendo medida» (1).

¿Se tratará de dos tendencias antagónicas, de criterios contradictorios en los hijos, frente a la Madre?

Posiblemente, Guitton piensa, al escribir estas palabras, en el entusiasmo filial, afectivo como lex credendi, como criterio en la investigación científica mariológica.

Teme una teología de la Virgen sobre la base endeble de las concesiones magnánimas de la devoción: hay que atribuir a María cuanto no la convierta en Dios y no desdiga de su dignidad y de su misión.

No creerás, lector, después de meditar las páginas que siguen, que el P. Philippe (ni San Bernardo, autor de la frase «de María numquam satis») haya querido darle el sentido temido. El mismo aplomo ponderado de las afirmaciones doctrinales, y en muchos puntos, su misma sobriedad, convencen fácilmente de ello. El autor escribe como teólogo, y no ha perdido de vista el rigor científico de su trabajo, aunque no haya pretendido darnos una obra de investigación teológica propiamente dicha.

Pero, bien firme y bien sentado esto, ¿no puede proclamarse como ley: «de María numquam satis?»

No será «ley-criterio de investigación», pero puede ser «ley-medida de amor».

Y en este sentido, sí, «jde María numquam satis!». Que la única medida del amor es amar sin medida.

En otra parte he escrito: «No puede haber exageración en amar a quien Dios quiso por Madre.» Porque, en todo caso, la exageración estaría en Dios, haciendo Madre suya a una sencilla aldeana, de la raza prevaricadora de Adán.

(1) J. Guitton: «La Virgen María». (Trad. esp. Patmos, Madrid, 1952; p. 64.)

Mientras no nos haga perder de vista su naturaleza de criatura, y no nos alejemos del magisterio de la Iglesia sobre la Virgen María, no temamos exagerar en quererla y en honrarla: no llegaremos a quererla y a honrarla como el mismo Dios lo hace: «Dios la quiso más a ella sola que al universo entero.» (2).

Por este camino, no hay por qué temer los recelos crecientes del protestantismo, frenado, según parecen creer algunos, en su aproximación a la fe católica, por la multiplicación de «dogmas» o piadosas creencias en torno a la Virgen Madre, que él elimina de su credo... María sería más fecunda en la Iglesia, y haría más fecunda la acción de la Iglesia, si se la quisiera y se la honrara más... —¿cómo diríamos? —: ¡sin medida!

La Iglesia no los ha temido, y ha proclamado el dogma de la Asunción gloriosa.

Y podríamos hacer de ello una prueba en un movimiento cualquiera de santidad sacerdotal...

Pienso en Luis Francisco Budenz, redactor durante muchos años del diario comunista «The Daily Worker» y miembro del Comité Nacional del Partido Comunista en los Estados Unidos, y en las vicisitudes emocionantes de su camino de retorno a la fe.

En 1936, a raíz de una polémica con Monseñor Fulton Sheen, se encuentra con él en un bar de Nueva York. Budenz quiere hablar de teorías sociales, de cooperación entre católicos y comunistas: quiere defender la posición adoptada por su partido. Monseñor Sheen, de pronto, le interrumpe, e inclinándose sobre él le dice: «Hablemos de la maternidad de María». Y durante más de una hora, en aquel rincón oscuro del bar, en la zona más animada de la metrópoli americana, Budenz escucha al Sacerdote.

(2) Pío IX: Bula *Ineffabilis Deus*. (8 Dic. 1854). Acta Pii IX. Roma, 1854. t. I, p. 616.

Más adelante el comunista reconocerá, en este episodio íntimamente dramático, el punto de arranque decisivo hacia la Luz.

En el libro de su conversión dedicado a María Inmaculada, «*This is my Story*» (Whittlesey House, New York), lo evoca emocionadamente:

«Inmediatamente comprendí la inutilidad y maldad de mi vida. La paz que fluye de María, aquella paz que había sido mía en mis primeros años, volvía a irradiar sobre mí con una potente claridad. Por un momento me pareció volver a oír el saludo del Ángel Gabriel: «Dios te salve, María, llena de gracia...» ¡Cuántas veces — pensaba — había rezado aquella plegaria suplicante surgida de miles de almas angustiadas, y les había devuelto la paz; y yo, que conozco estas cosas mejor que tantos otros, las he descuidado, repudiado. Este mundo es una casa de locos sin las bendiciones del Magnificat... La plenitud y la santidad de vida que yo había abandonado estaban ahora delante de mí. Era posible todavía reconquistar la paz, que es el fruto de la devoción a María. Volví a respirar con este pensamiento...» (3).

Todavía faltaban, sin embargo, otros nueve años para que llegara a madurar plenamente su conversión.

Quizá alguien «pueda pensar que se honra más teniendo medida...»

Pero no será, ciertamente, en honrar y en amar a la Madre de Dios y Madre nuestra.



Al cerrar estas líneas de introducción, querido hermano, junto a un santuario mariano, centro de potente irradiación espiritual de toda una región y alma de un pueblo, el de la Madre de Dios de Begoña, en pleno

(3) G. Rossi: *Uomini incontro a Cristo*. (Asís, 1950; p. 29.)

hervor de pleitesía y devoción del mes de mayo, en la fiesta del Beato Sacerdote, maestro Juan de Avila, en el Día de la Santificación del Sacerdote, no puedo hacerlo más que brindando, como una invitación a hacerlas nuestras, las palabras estremecidas y cálidas del Papa de la Menti Nostrae:

«...encomendamos de todo corazón a la Virgen Madre de Dios y Medianera de todas las gracias, a todos los Sacerdotes de la tierra, para que, por su intercesión, haga Dios descender una efusión abundantísima de su espíritu, que mueva con vehemencia a todos los Sacerdotes a la santidad...»

A. MORTA.

Begoña, 10 de Mayo de 1953.

PROLOGO DEL AUTOR

«El Sacerdote es otro Jesús. Lo que María es para Jesús, esto mismo es para el Sacerdote.» (1).

Este pensamiento de la Madre Luisa Margarita Claret de la Touche (2) ha servido de idea rectora a las conferencias que publicamos y que fueron dadas recientemente en la sección parisiense de la Alianza Sacerdotal de los Amigos del Sagrado Corazón.

(1) L. M. Claret de la Touche: «El Sagrado Corazón y el Sacerdocio». (París, 1930; p. 15.)

(2) Nacida en Saint-Germain-en-Laye, en 1868, primero Visitandina, después fundadora de un Instituto religioso, destinado a ayudar a los Sacerdotes, sobre todo por la oración, Betania del Sagrado Corazón, luego de una alianza sacerdotal de los Amigos del Sagrado Corazón, que reúne ahora Sacerdotes de todos los países en una misión espiritual muy intensa, la Madre Luisa Margarita Claret de la Touche fué también, y sobre todo, una gran privilegiada del Sagrado Corazón. Recibió como misión la de recordar a los Sacerdotes que «Dios ha fundado el Sacerdocio para expandir a través de los siglos el reinado del Amor.» Ha expuesto esta doctrina, con expresiones de una rara densidad, en *Le Sacré-Coeur et le Sacerdoce*. (París, Beauchesne, 1930.) Y en notas que debían servir para componer un *Traité de l'Amour Infini*, y que han sido publicadas, después de su muerte, en *Les Voies de Dieu, les Vouloirs de Dieu et les Oeuvres de Dieu*. (Turín, Marrietti, 1922, 1929, 1936); y luego, según el plan que debía haber seguido el Tratado, pero en un formato reducido, en *Le Livre de l'Amour Infini*. (París, Bonne Presse, 1941.) Murió santamente en 1915, y su proceso de beatificación está ya introducido en la curia de Roma.

Cuando uno trata de precisar el papel que la Virgen Santísima debe tener en la vida del Sacerdote, se ve obligado a preguntarse qué relaciones particulares ha creado el Sacerdocio de Nuestro Señor entre María y el Sacerdote. El Sacerdote es, en efecto, «otro Cristo»; es una prolongación de Nuestro Señor en su Sacerdocio. Ofrece cada día al Padre el sacrificio de la Cruz y se da a las almas como lo hacía Jesucristo aquí en la tierra. Indudablemente, pues, debe hacer suyos los sentimientos del Corazón sacerdotal de Nuestro Señor con respecto a la Virgen Santísima.

Ahora bien; María ha ocupado un lugar importantísimo, tanto en el pensamiento como en la vida de Jesucristo, puesto que ella fué su Madre y la asociada de su Obra en la tierra. Ella, en cierto modo, se ha desposado con los afanes más íntimos de su alma santa, y ha cooperado, por la Anunciación y la Compasión, a los dos actos más importantes de la «economía divina»: la Encarnación y la Redención. Guardando las debidas proporciones, estas mismas son las relaciones que existen entre la Virgen Santísima y el Sacerdote: hijo de María, el Sacerdote está unido a Ella por los lazos de una exquisita caridad, y colabora con Ella para continuar en el mundo la obra de Cristo.

Nuestra intención no es la de presentar a la Virgen Santísima como el modelo del Sacerdote: excelentes autores lo han hecho ya, y

sus obras nada dejan que desear sobre este punto. Queremos más bien mostrar en Ella a la Madre del Sacerdote y la confidente íntimamente asociada a su vida sacerdotal. Porque, en definitiva, el Sacerdote no puede encontrar otro modelo que el «Unico Mediador», Nuestro Señor Jesucristo.

Le Salchoir, 18 de Junio de 1945.

NOTA PARA LA EDICION ESPAÑOLA

Al autorizar la presente edición española del libro «LA VIRGEN SANTISIMA Y EL SACERDOCIO», el R. P. Pablo Philippe, O. P., ha tenido a bien introducir algunas modificaciones en el original francés, que se recogen fielmente en esta traducción.

PRIMERA PARTE

La Maternidad de la Santísima Virgen y el Sacerdote

CAPITULO I

La Madre de Cristo-Sacerdote

Es imposible comprender el papel que la Virgen Santísima ejerció junto a Jesucristo Sumo Sacerdote, si no nos colocamos dentro de la luz de Dios. Es preciso contemplar a María como Dios la quiere desde toda la eternidad, o, lo que viene a ser lo mismo, que la consideremos en su predestinación. ¿Qué es, si no, la predestinación, más que el plan divino, ordenación por amor, de todo aquello que debe conducir a un alma a su fin bienaventurado? (1). Decir cuál fué la predestinación de María, es determinar el lugar que Dios le ha señalado en su plan de amor infinito; es precisar la finalidad a la cual El la ha destinado y el papel que debe desempeñar en sus designios sobre el mundo, en unión con su Hijo el Verbo Encarnado; es mostrar, en fin, el amor infinito con que la ha amado desde toda la eternidad.

Porque Dios no quiere a las criaturas como las queremos nosotros. Para que nosotros amemos algo o a alguien —dice Santo Tomás—, tenemos que conocer de antemano en esta persona o en esta cosa su bondad, y que le hayamos

(1) Cf. Santo Tomás. (I.^a q. 23, a. 1. y III.^a q. 24, a. 1 c. y ad 3.)

escogido entre otras cien. Dios, por el contrario, empieza por amar aun antes de crear, ya que su mismo amor es creador y es el que infunde en las cosas la bondad, al mismo tiempo que la existencia. Su amor no está determinado por la bondad de las cosas, sino que la bondad de las cosas y de las personas son determinadas por su amor (2).

El amor infinito está, pues, en el principio de todo lo que Dios ama y hace. *Cada cosa, cada persona, tiene el grado de perfección que corresponde al grado de amor con que Dios la quiere desde toda la eternidad.*

Esta es la magnífica doctrina que formula Santo Tomás, y que en frase del P. Garrigou-Lagrange es la «clave del arco de todo el tratado de la predestinación» (3): «Ningún ser creado sería *mejor* que otro sino fuese más *amado* por Dios.»

En consecuencia, la perfección de un alma es la señal más clara del amor que Dios le tiene: cuanto más perfecto y santo es uno, tanto más seguros podemos estar nosotros de que es especialmente querido por Dios, ya que es El la causa de su perfección, de su santidad (4).

(2) Cf. Santo Tomás. (I.^a q. 20, a. 2.)

(3) R. Garrigou-Lagrange, O. P.: «La predestination des Saints et la grâce». (París, 1926; p. 93.)

(4) «Cum amor Dei sit causa bonitatis rerum, non esset aliquid alio melius, si Deus non vellet uni majus bonum quam alteri.» (Santo Tomás, I.^a, q. 20, a. 3.) «Ex hoc sunt aliqua meliora quod Deus eis majus bonum vult. Unde sequitur quod meliora plus amet.» (Ibíd., a. 4.)

Este principio de predilección encuentra su más alta confirmación en el caso de la Virgen Santísima; sus evidentes perfecciones manifiestan de manera radiante el amor infinito con que es amada por Dios, al mismo tiempo que su papel junto a Jesucristo Sumo Sacerdote, Hijo de Dios y Salvador de los hombres. Nos detendremos, pues, en primer lugar en la contemplación de estas «grandezas de María».

I.—La Maternidad divina y la santidad de María

Todas las gracias de las que el amor infinito ha dotado a la Virgen Santísima tienen por única finalidad la de hacer a María apta para asociarla, lo más perfectamente posible, a Nuestro Señor, y precisamente en los dos misterios que resumen toda su vida: la Encarnación y la Redención en el Calvario, donde culmina el acto supremo de su Sacerdocio, su sacrificio por la salvación de los hombres.

Pero ¿cómo puede la Virgen Santísima colaborar a la Encarnación y a la Redención? ¿Únicamente por su maternidad física y por su presencia corporal al pie de la Cruz? Ciertamente, no; si no hubiera tenido más que esta función material, no habría tenido necesidad de ser la *Santísima* Virgen. Su cooperación más importante, «más formal» —como dicen los teólogos—, se realiza por su caridad, por su unión de amor con el Hijo de Dios.

María ha hecho posible la realización de la Encarnación por su *Fiat*, acto de su voluntad uniéndose a la Voluntad divina; y por este consentimiento de su Corazón, ha entrado en el misterio del Verbo Encarnado. San Agustín no duda en decir que, por su fe —por su fe viva, por su adhesión inspirada por la caridad—, la Virgen Santísima ha concebido a Cristo en su Corazón antes de concebirlo en su carne (5). Al pedirle su consentimiento, el ángel le invita a unirse al acto de amor infinito por el cual Dios quiere encarnarse en su seno para salvarnos (6). La maternidad divina de la Virgen Santísima es una maternidad de dignidad excepcional, porque implica una eminente santidad.

Por lo que se refiere a la cooperación de María a la Redención, el papel del amor es más claro todavía, por más que se haya verificado en el silencio del *Stabat*. ¿Qué es la Compasión sino el acto de amor por el cual el Corazón purísimo de María se une a la Pasión de Cristo, o más exactamente todavía, a los sentimientos íntimos del Corazón Sagrado de Jesús en el Calvario?

En ambos casos María se une por la caridad

(5) «Beatior ergo María percipiendo fidem Christi quam concipiendo carnem Christi... Sic et materna propinquitatis nihil Mariae profuisset nisi felicius Christum corde quam carne gestasset». (San Agustín: «De Sancta virginitate», 3, P. L. 40, 397-398.) Cf. también *Sermo* 215, 1, P. L. 38, 1074: «Illa (María) fide plena et Christum prius mente quam ventre concipiens» y *Sermo* 214, 6, P. L., 38, 1069: «...fidei caritate fervente...»

(6) Cf. Santo Tomás. (III.^a q. 30, a. 1.)

a los dos actos principales de la vida humana del Sumo Sacerdote.

Por eso era indispensable que Ella tuviera una caridad proporcionada a su misión. Una caridad que vibrara al unísono con este amor infinito que ardía en el Corazón de Jesucristo, desde el primer instante de la Encarnación hasta el momento del sacrificio supremo sobre la Cruz. Era, por tanto, indispensable que la caridad de María no encontrara ningún obstáculo y se desarrollara de día en día; era preciso que Ella fuera dueña de todas sus actividades, que nada estorbara su unión con Jesús, ni por parte de su cuerpo ni por parte de su alma; de su inteligencia, de su voluntad. Una caridad pura, libre, ardiente.

Esta es la razón de los dones excepcionales con los que fué enriquecida la Santísima Virgen desde el primer momento de su existencia, y que se resumen en una sola: su Concepción Inmaculada.

No imaginemos, pues, que María recibiera todos los dones de que es capaz una criatura humana; todos los dones carismáticos, por ejemplo, que admiramos en la vida de los santos, o todos los privilegios que tuvieron nuestros primeros padres antes del pecado. La Inmaculada Concepción no es en modo alguno el retorno puro y simple al estado de justicia primitiva, sino la exención del pecado original y de alguna de sus consecuencias que habrían impedido,

como el mismo pecado, la perfecta cooperación que la Virgen Santísima debía aportar al Verbo Encarnado y a la Redención.

Así, su inteligencia pura y finísima ha conocido, sin equivocarse jamás, todo lo que era necesario para el cumplimiento de su misión. Su ciencia no era sin duda universal, como la de Dios, y quedaba envuelta en los velos de la fe; pero era la que la caridad le inspiraba. Y como su voluntad jamás ha desfallecido en su adhesión a la voluntad de Dios, puede decirse realmente que por todas las fuerzas de su espíritu y de su corazón, María estaba maravillosamente preparada para penetrar en los misterios de Dios y para entrar en comunicación con su obra redentora. Su alma estaba dotada, por otra parte, de una exquisita sensibilidad, en la que todo estaba perfectamente en orden. Dios la hizo «admirable» para su Hijo muy amado.

La Inmaculada Concepción no consiste solamente en la preservación del pecado original, sino, sobre todo, en una plenitud de gracias y de caridad que hacen de María la santa más perfecta que podamos concebir. He aquí, para convencernos de ello, cómo empieza la 'Encíclica *Ineffabilis Deus*, por la cual la Iglesia define el dogma de la Inmaculada Concepción:

En el principio y antes de todos los siglos. Dios escogió y preparó para su Hijo Unico la Madre en la que El debía encarnarse y de la que debía nacer. La quiso más a Ella sola que al universo entero, y con un amor tal, que puso en Ella de manera sin-

gular sus más grandes complacencias. Porque en el poder de los tesoros de su Divinidad, Dios la colmó maravillosamente y más que a todos los espíritus angélicos y a todos los santos, para que fuera siempre totalmente exenta de todo pecado. Y toda pura y perfecta, apareció en una tal plenitud de inocencia y de santidad, que nadie puede, después de la de Dios, concebir otra mayor, *ni otro entendimiento que el de Dios puede llegar a concebir su grandeza* (7).

Podemos creer, por tanto, que desde el primer momento de su creación María fué más santa que ningún otro santo llegado a la cumbre de la santidad; más santa que todos los santos juntos. Enseñándonos que «Dios la quiso más a Ella sola que al universo entero, y con amor tal, que la colmó maravillosamente, más que a todos los espíritus angélicos y a todos los santos», ¿no nos mueve Pío IX a pensar que la santidad de María, desde el momento de su Concepción Inmaculada, la lleva hasta la santidad, a la cual llegará toda la Iglesia en la consumación de los siglos?

La santidad de María queda ciertamente limitada; pero se nos aparece tan grande, que llega a parecer infinita. Nuestro espíritu no puede *concebir* sus dimensiones: Dios sólo es capaz de ello, dice Pío IX.

Sin embargo, esta plenitud de gracia no es de tal naturaleza que no pueda aumentar todavía.

(7) Pío IX: Bula «Ineffabilis Deus». (8 dic. 1854. *Acta Pii IX*, Roma, 1854; t. I., p. 616.)

Mientras María estuvo en la tierra, su santidad no dejó de crecer. Jamás la Virgen Santísima dejó inactiva la gracia que le había sido dada. Respondió en cada momento al Amor Infinito que se le daba, por medio de un amor siempre más fiel en su entrega a Dios: *Ecce ancilla Domini. Fiat mihi secundum verbum tuum*. María jamás decepcionó a Nuestro Señor como le había decepcionado Eva, si es lícito hablar así, y como le decepcionan los mejores de entre los hombres por sus infidelidades, por su inconstancia y sus ingraticudes. Cada acto de María es una respuesta de amor al Amor Infinito; una respuesta más perfecta que el acto precedente.

Porque la gracia y la santidad de María, aumentando incesantemente, crecen de modo acelerado, de manera que a medida que se acerca al término, la Virgen Santísima franquea abismos de santidad cada vez más inconmensurables. Entre Pentecostés y su muerte progresó más que en toda su vida, puesto que el Espíritu Santo jamás encontró obstáculos en su alma y pudo desarrollar su Caridad según los designios de su Amor Infinito.

Una tal plenitud de gracia no fué dada a la Santísima Virgen más que porque Ella debía ser Madre de Dios: su misión junto a Cristo —dice

Santo Tomás (8)— exige una tan eminente santidad. Esto viene a aumentar nuestra seguridad, para afirmar la gratuidad absoluta de la predestinación de María. No ha sido su santidad, ni han sido sus méritos los que le han valido ser Madre de Dios, sino la elección soberanamente libre de Dios.

Pasa, por otra parte, en relación con la Virgen Santísima, lo que con su Hijo: todos los teólogos, sin distinción de escuelas, enseñan que la predestinación de Jesús es absolutamente gratuita: no son sus méritos los que le han valido ser Hijo de Dios por naturaleza, ya que la personalidad divina del Verbo es infinitamente superior a los méritos adquiridos por la Santa Humanidad de Cristo. Lo mismo, pues, sucederá con la predestinación de María a la Maternidad divina: el merecer este privilegio único habría sido merecer la misma Encarnación (9).

(8) «Beata Virgo (...) dicitur fuisse plena gratia per comparisonem ad ipsam, scilicet habebat gratiam sufficientem ad statum illum ad quem erat electa a Deo, ut scilicet esset Mater Unigeniti ejus.» (Santo Tomás III.^a, q. 7, a. 10 ad. 1; cf. III.^a, q. 27, a. 5.)

(9) Sin embargo, Santo Tomás admite que la Santísima Virgen ha obtenido, por sus deseos y por su oración, la venida del Mesías y hasta el cumplimiento de la Encarnación, y que es elevada por su fidelidad al grado de santidad que le hace apta para ser Madre de Dios. Estas oraciones y la adquisición de esta disposición constituyen un mérito en el sentido amplio que los teólogos llaman *de congruo improprie dicto*. (Cf. Santo Tomás, IV Sent., d. 15, q. 1, a. 3, q. 1. 4; q. 4, a. 7, q. 1. 3; De Verit. q. 26, a. 6.) En este sentido, dice Santo Tomás de la Virgen Santísima, que ha merecido la Encarnación. (Cf. III. Sent., d. 4. q. 3, a. 1: ad 6; III.^a, q. 2, a. 11, ad 3.)

Esta aproximación entre la predestinación de María y la de Cristo no es sin razón. La Bula *Ineffabilis Deus* proclama, en efecto, que «por un mismo decreto Dios, desde el principio y antes de todos los siglos, ha escogido y preparado para su único Hijo la Madre de la que debería nacer en la plenitud de los tiempos.»

De este modo, la predestinación de María a la Maternidad divina viene a ser una misma cosa con la predestinación de Cristo. Este decreto divino de la Encarnación predestina a Jesucristo no solamente a tomar la naturaleza humana, sino a recibirla de María. Por esto, la predestinación de Jesús a ser el Verbo Encarnado implica también la predestinación de María a ser Madre de Dios.

Esta enseñanza de la Iglesia basta por sí sola para hacernos vislumbrar la eminente dignidad de María. Si la grandeza de un ser puede valorarse por razón de su proximidad con Dios, puede decirse que ninguna criatura es más grande que la Santísima Virgen, porque «Ella toca los confines de la divinidad», según la expresión conocida del gran comentarista de la Suma de Santo Tomás, Cardenal Cayetano (10).

Con ello declara que se ha establecido entre María y Dios un lazo de parentesco, que nace de

(10) «*Ad finem deitatis propria operatione attigit, dum Deum concepit peperit et genuit.*» (Santo Tomás, In II.^a-II.^a, q. 103, a. 4 n. IV.)

la unión entre la naturaleza humana asumida por el Verbo y la naturaleza divina (11).

Precisemos todavía con los teólogos (12) que la Virgen Santísima contrae lazos de parentesco con cada una de las Tres Divinas Personas.

Con el Padre coopera a la misión divina de la Encarnación, ya que es la Madre de Aquel del que El es el Padre. Queda, por tanto, asociada a la fecundidad del Padre con esta infinita diferencia: que Ella engendró en el tiempo y según la naturaleza humana, mientras que el Padre engendró eternamente y según la naturaleza divina. Ciertos Padres de la Iglesia han llamado a María la Esposa del Padre, *Sponsa Patris*; pero es ésta una expresión que corre el peligro de hacer creer que la Virgen Santísima coopera a la generación eterna del Verbo, y es preferible abstenerse de ella. (13).

Con el Hijo contrae María una afinidad especial, por el hecho de ser la Madre de Dios, Madre del Verbo Encarnado, y no solamente Madre de la Humanidad de Cristo. En efecto, su Mater-

(11) «Et ideo Genitrix illius *affinis Deo* constituta dicitur.» *Ibid.*

(12) Cf. J. B. Terrien, S. J.: «La Mère de Dieu». (París, 1933; pp. 165-210.) (Resumido en H. B. Merkelbach, O. P.: «Mariología». (París, 1939; p. 59.)

(13) Cf. J. B. Terrien, S. J. Op. cit. pp. 192-194. El autor hace posiblemente alusión, para criticarla, a la obra que M. Faillon, P. S. S., compuso con los escritos de M. Olier, y publicados bajo el nombre de éste: «La vie intérieure de la Très Sainte Vierge». (Roma, 1866. Cf., cap. V, 4): «María es verdaderamente la Esposa del Padre eterno en la Encarnación»; pp. 224-241. (Las citas de los Padres y de los teólogos de la Edad Media son de M. Faillon.)

nidad, como todas las maternidades, termina en la persona de su Hijo; pero como en Cristo no hay personalidad humana, la maternidad de María no puede terminar más que en la persona del Verbo, en la persona divina. María es, pues, en el sentido más formal de la palabra, Madre de Dios, *Théotokos*.

Con el Espíritu Santo, finalmente, contrae lazos particulares, puesto que es la Madre del que, en unión con el Padre, procede de las Tres Personas de la Santísima Trinidad.

María ha sido, pues, predestinada a ser Madre de Dios, y aquí está su suprema dignidad. Es esto lo que la coloca en un plano providencial, en un rango totalmente único. Su Maternidad divina no es una circunstancia accidental de su vida: es toda la razón de ser de su existencia y de las gracias de santidad, que le han sido dadas por Dios. María puede poner toda su vida en su Maternidad; puede no vivir más *que por su Hijo*.

II.—La maternidad de la Virgen Santísima y el Sacerdocio de Jesucristo

Nos encontramos ahora en situación de poder comprender la relación estrecha que existe entre la Virgen Santísima y el Sacerdocio de Cristo.

El Verbo no ha venido al mundo simplemente a asumir la naturaleza humana: se ha encarnado para salvarnos. La predestinación de Jesús implica la obra de la Redención.

La gran razón de ser de Cristo—escribe el Rvdo. Padre Hérís— es su función Redentora. Su misión es realmente la de Salvador; es propiamente una *misión sacerdotal*. En efecto, para Jesucristo se trata de ofrecer a Dios una satisfacción completa que haga descender el perdón divino sobre la humanidad pecadora; de merecer para el hombre y de transmitirle las gracias que le han de restablecer en su primera santidad sobrenatural. Jesús tiene, por tanto, una misión de mediador. Ahora bien; ¿no es acaso el Sacerdote, precisamente, un mediador oficial, escogido por Dios para unir el cielo con la tierra? (...). La misión de Jesucristo es una misión sacerdotal. Su vocación, una vocación de Sacerdote; la Encarnación fué decretada por Dios para hacer posible su realización (14).

Ser Madre de Jesucristo es, por tanto, ser Madre del Sumo Sacerdote; es ser llamada a co-operar en la acción sacerdotal de Nuestro Señor. Es ser Madre del Redentor en su mismo acto de Salvador.

Sin duda alguna, el Verbo habría podido encarnarse en edad adulta, en una humanidad sacada de la nada, del mismo modo que fué creado Adán. Jesucristo habría sido *hombre perfecto*, Sacerdote perfecto; pero habría sido un modelo de la humanidad, más bien que un hijo de su raza.

Naciendo de María, el Hijo de Dios tomaba de este Corazón Inmaculado la sangre que formaría su propio Corazón y que sería derramada des-

(14) C. V. Hérís, O. P.: «Le Mystère du Christ». (París, 1928; pp. 40-42.)

pués por la salvación de la Humanidad. Cuando bebemos el cáliz de nuestra Misa bebemos ciertamente la sangre de Jesucristo, la sangre de las llagas del Crucificado y, sobre todo, de la llaga del Corazón; pero es también la sangre que ha sido formada en el Corazón de María, durante estos benditos meses en que Ella llevaba en su seno al Hijo de Dios.

Luego por medio de María, Jesús se ha hecho Sacerdote, porque por medio de Ella ha unido la naturaleza humana y su naturaleza divina, constituyéndose así Mediador entre Dios y los hombres. Nuestro Señor no tiene necesidad de una consagración especial para convertirse en Sacerdote: El es Sacerdote por el solo hecho de su Encarnación, ya que unió entonces en sí mismo toda la divinidad y toda la humanidad (15).

Con un amor infinito, el Verbo de Dios se ha precipitado en su seno virginal, para desposarse con la Humanidad y para salvarla, puesto que haciéndose Hijo de María el Hijo de Dios se hace Sacerdote.

En conclusión, puede decirse que si María es Madre de Dios es por causa nuestra. ¿Acaso no se ha encarnado el Verbo en el seno de María por ser nosotros pecadores? La predestinación de María a ser Madre de El, realmente supone la permisión divina del pecado de Adán. Queda

(15) Cf. Santo Tomás. (III.^a, q. 22, a. 1 y q. 26. a. 1.)

permitido por Dios para un mayor bien: para la venida de Jesucristo en este mundo.

Los autores de la Edad Media gustaban de recordar a la Virgen Santísima, que no sería Ella tan hermosa y tan grande si no fuéramos nosotros pecadores.

No aborrezcas a los pecadores,
sin los cuales jamás habrías sido
digna de Hijo tan grande.
Si no tuvieran que ser redimidos,
ninguna razón tendrías
para dar a luz al Salvador (16).

Todo se encadena maravillosamente cuando se consideran los designios eternos del Amor Infinito, como dice Santo Tomás. «En un mismo Decreto predestina Dios a Jesucristo a ser Salvador de los hombres, y predestina a los hombres que quiere salvar a serlo por Jesucristo» (17).

De aquí se deduce que la Virgen Santísima es predestinada a ser, con Nuestro Señor, el término de todos los elegidos, de todos los predes-

-
- (16) Nec abhorre peccatores
Sine quibus numquam fores
Tanto digna Filio
Si non essent redimendi
Nulla tibi pariendi
Salvatorem ratio.

Estas dos estrofas están sacadas de una Secuencia dominicana del siglo xiii, que tiene por título «Tibi Cordis», que se canta los sábados de Beata. (Cf. «*Cantus pro benedictionibus SS. Sacramenti in Ordine Praedicatorum*»). Ed. M. Barge, O. P. Roma 1909; p. 46.)

(17) «*Uno et eodem actu Deus praedestinavit ipsum Christum et nos (...) Sic Deus praeordinavit nostram salutem, ab aeterno praedestinando ut per Jesum Christum compleretur.*» (Santo Tomás, III.^a, q. 24, a. 4.)

tinados. Del mismo modo que María es toda Ella para Cristo y que Cristo es todo El para Dios, así todos los que aman a Dios Señor Nuestro deben amar a María y vivir por Ella.

Puede decirse que todo ha sido hecho para María, porque todo ha sido hecho para Cristo y para Dios.

María —dice el bienaventurado Luis M.^a Grignon de Montfort— existe toda en relación a Dios, y yo la llamaría más bien la relación de Dios, que no dice ni repite otra cosa que Dios. Si decís María, Ella dice Dios (18).

En otras palabras, la finalidad última de la Maternidad divina es la gloria de Dios, lo mismo que la finalidad de la Encarnación es esta misma gloria del Padre.

Nada tiene esto de sorprendente, pues que el motivo determinante de la Maternidad de María es el mismo que el de la Encarnación del Verbo. Jesús y María han sido predestinados por Dios para su gloria, mas no dan esta gloria a Dios sino cumpliendo su misión común, que es la Encarnación redentora.

«*De María numquam satis*», decía San Bernardo, haciéndose eco de una frase más audaz todavía de San Anselmo: «Nada hay igual a María, nada más grande que María, sino sólo Dios.» «*Nihil aequale Mariae, nihil nisi Deus majus Mariae*» (19).

(18) Bdo. L. M. Grignon de Montfort: «*Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*». (N. 225. Tours, 1933.)

(19) San Anselmo: «*Orationes et meditationes*». (52, P. L. 158, 956.)

Pero en realidad estos dos grandes doctores de la Iglesia no hacen más que anunciar sencillamente lo que Pío IX afirma, del modo más solemne, en la Bula *Ineffabilis Deus*: «Dios la ama más a Ella sola que al universo entero.»

CAPITULO II

La Madre de los Sacerdotes

I.—La oración de la Virgen Santísima por los Sacerdotes

Que María es la Madre de los Sacerdotes se deduce claramente del hecho de ser Madre del Sumo Sacerdote, ya que de él reciben todos su propio Sacerdocio.

Desde la Anunciación, y por medio de este *Fiat* que lo ha decidido todo, la Virgen Santísima ha venido a ser nuestra Madre. Pero ésta no es más que una Maternidad en germen, en potencia, como dicen los teólogos.

En realidad (como veremos más adelante), en la Cruz, donde se verifica su unión con la acción sacerdotal por excelencia de Jesús y su colaboración al Sacrificio Redentor, María es constituida Madre de cada uno de nosotros, porque entonces nos ha engendrado a la vida nueva. En este momento, la Virgen Santísima ha merecido con y en Cristo todas las gracias de nuestra vocación y de nuestra vida sacerdotal. Es cierto que Ella no lo sabía de un modo explícito, porque no veía cada una de nuestras almas sacerdotales; pero las sabía y veía Jesús, y esto basta;

porque María estaba unida a El y no tenía eficacia sobre el Corazón de Dios más que por el Corazón Sagrado de Jesucristo.

Esto, que sin duda es verdad para todos los hombres, conviene aplicarlo especialmente a los Sacerdotes, por su misión de trabajar en la salvación de las almas.

Jesús mismo nos da pie para ello: ¿no ha confiado de lo alto de la Cruz su misma Madre a uno de nosotros? «He aquí a tu hijo», dice a María, indicándole a San Juan. «He aquí a tu Madre», añade, dirigiéndose al Apóstol predilecto. Y éste mismo nos confía que, «desde este momento, la tomó en su casa» (1), subrayando así claramente el carácter especialísimo de la Maternidad de María en relación con él. La Virgen Santísima le ha sido realmente confiada por Nuestro Señor antes de morir. Ella se convierte en su Madre, como era hasta ahí la Madre de Jesús. Y las relaciones que le unían con Cristo Sacerdote Sumo van a prolongarse entre Ella y El.

¿No es lícito ver en estas palabras de Nuestro Señor, el anuncio de la Maternidad de María sobre todos los Sacerdotes? San Juan ocupaba nuestro lugar, por el hecho de ser nosotros también hijos de la Virgen Santísima, como todos los demás Apóstoles.

Tenemos, como prueba de ello, la función eminentemente maternal que ejerció en el Cenáculo

(1) Ioan. (XX, 25-27.)

la Virgen Santísima. Los *Hechos de los Apóstoles* nos dicen, en efecto, que durante los días que transcurrieron entre la Ascensión y Pentecostés, los Doce permanecían en el Cenáculo formando una sola alma, «perseverando en la oración con María, la Madre de Jesús» (2).

No nos imaginemos a la Virgen Santísima predicando a los Apóstoles sobre la vida y la persona de Nuestro Señor. Perseveraba en la plegaria, en el silencio de una oración ardiente. Podemos pensar, ciertamente, que contestaría gustosamente a las preguntas que los discípulos de Jesús le hacían; pero su recogimiento en un momento tan solemne imponía, sin duda, una gran discreción y empujaba a los Apóstoles a la plegaria silenciosa.

María presentía que iban a descender del cielo gracias inmensas para transformar a estos hombres, todavía tan débiles y tan llenos de errores humanos, en columnas de la Iglesia. Oraba con todo el fervor de su Corazón. Pedía al Espíritu Santo que se difundiera con abundancia en cada uno de ellos, y los transformara radicalmente y les diera el espíritu de Jesús hasta hacer de ellos *otros Cristos*, Sacerdotes.

¿Cómo no pensar en una madre que, en la víspera de la ordenación de su hijo, pide a Dios que quiera colmarle de todas aquellas gracias que tienen que hacer de él un santo Sacerdote?

Pero esta madre no ha *merecido* ciertamente,

(2) Act. (I, 14.)

de antemano, lo que pide para su hijo; mientras que la Virgen Santísima, de antemano, ha merecido en el Calvario, en unión con su Hijo, todas las gracias que recibimos, y ahora Ella pide, me atrevería casi a decir, exige, como Santa Catalina de Siena, que decía: «¡Yo quiero!» *Omnipotentia supplex*: Es la Omnipotencia suplicante.

A la oración de la Virgen Santísima, por tanto, debe atribuirse en gran parte que la Iglesia empezara el día de Pentecostés su ministerio apostólico a través del mundo. Del mismo modo que se debió a su oración el que Jesús inaugurara en Caná su vida pública entre los judíos.

No obstante, por santa y poderosa que fuera aquí en la tierra la Virgen Santísima sobre el Corazón de Dios, estaba, sin duda, limitada en su acción: habría sido necesario un milagro, una revelación profética, para que Ella hubiera podido ver las almas de los que vivimos en el siglo xx.

En el cielo, por el contrario, en la visión beatífica nos ve y obra sobre nosotros sin que el número pueda ser obstáculo; ama a todos los Sacerdotes y vela sobre cada uno de nosotros como si cada uno estuviera solo en el mundo.

Ha sido Ella la que ha pedido, junto con Nuestro Señor, que seamos Sacerdotes; o más

bien, para hablar con todo rigor teológico, digamos que el Amor Infinito ha decretado, en sus designios eternos, que seamos llamados al Sacerdocio en virtud de los méritos de Cristo y de su Madre, en correspondencia a su común oración.

Es Ella la que todavía pide sin cesar todas las gracias que necesitamos para perseverar en el amor de Cristo y de las almas; para caminar por la vía estrecha de la perfección, con frecuencia tan contraria a nuestras inclinaciones; para ejercer celosamente nuestro ministerio; para celebrar cada Misa con mayor fervor que la precedente.

Ella, en fin, pedirá por nosotros y nos ayudará en la hora de nuestra muerte: *Nunc et in hora mortis*; en cada instante, en cada *nunc*, podemos decir con toda verdad que María ruega por nosotros, nos obtiene gracias, y obra espiritualmente sobre nosotros.

Desde el cielo, la Virgen Santísima ve realmente en nuestra alma el carácter inconfundible de Cristo, y sabe con ciencia divina la misión de cada uno de nosotros como Sacerdotes de Cristo. Sabe que Nuestro Señor ha decretado hacerse representar en la tierra por hombres que llevan en su ser espiritual su propio Sacerdocio.

Es cierto que Jesús no tenía ninguna necesidad de nosotros para realizar su obra salvadora. Habría podido, desde el cielo, distribuir a cada hombre los frutos infinitos de su Pasión; esclarecer las inteligencias, purificar y transformar

los corazones directamente, sin intermediario de sacramento alguno. Habría podido, por la sola eficiencia de su gracia, unir con su Padre y consigo mismo, a todos los miembros de su Cuerpo Místico, en la fe y en la caridad.

Pero no ha querido obrar así. Del mismo modo que el Amor Infinito se ha manifestado visiblemente por la Encarnación y la Redención del Hijo de Dios, así este Amor Infinito ha inspirado al Sagrado Corazón el permanecer corporalmente entre nosotros por medio de la Sagrada Eucaristía, e instituyó los Sacerdotes para que distribuyeran, en nombre de Cristo, el Cuerpo y la Sangre de Jesús a las almas ávidas de unirse con El, y para que las dispusieran a esta unión por medio de los otros sacramentos y por la enseñanza de la Verdad.

Una vez más, Cristo habría podido unir a los hombres directamente con El y habría podido instruirles por dentro iluminando su alma; pero ha querido que todo fuera hecho en el transcurso de los siglos, como El mismo lo había hecho aquí en la tierra por medio de su humanidad.

Los judíos veían a un hombre, oían a un hombre y crucificaron a un hombre. Ahora, en el Sacerdote, los incrédulos ven a un hombre, oyen a un hombre y, posiblemente, desprecian a un hombre; pero los que tienen fe encuentran en este hombre a Dios que se les da, como —guardando todas las distancias— encuentran a Dios en Jesús.

Así, en el plano actual de la Providencia, donde no hay Sacerdote no hay misa, ni hay comunión. No hay más que paganismo, y posiblemente, la pérdida eterna de las almas. Por regla general, la presencia del Sacerdote es necesaria para el mantenimiento de la fe y de la vida cristiana.

II. — La grandeza del Sacerdocio y el respeto de María para los Sacerdotes

Si la Virgen Santísima ruega por todos los Sacerdotes es porque sabe mucho mejor que nosotros qué es el Sacerdocio que llevan impreso en su alma.

El día de nuestra Ordenación hemos sido marcados por el Sacerdocio mismo de Cristo. Hemos recibido el carácter del Sacramento del Orden, que nos ha conferido un poder espiritual: «*ordo principaliter potestatem importat*» —dice Santo Tomás— (3). Es el poder, permanente e indeleble, de hacer lo que hace Cristo como Sacerdote: hacer presente sobre el altar al Hijo de Dios. Ofrecer al Padre el Sacrificio mismo de Jesucristo, de un modo sacramental; dar a los hombres el Cuerpo y la Sangre de Cristo como alimento, reconciliar a los pecadores con Dios, enseñar las verdades eter-

(3) Santo Tomás. (Suppl., 34, a. 2, ad 2; Cf., *Contra Gent.*, IV, 74.)

nas, etc., etc. En una palabra, el carácter sacerdotal nos da el poder de ser mediadores entre Dios y los hombres. Hace de nosotros, tan pobres pecadores como los demás, «otros Cristos», y lo que es más todavía: nos da poder sobre El mismo.

Santo Tomás nos recuerda nuestra grandeza:

El Sacerdote debe ser un intermediario entre el hombre y Dios. Por el fervor de su oración debe tocar a Dios como por un extremo, y por la misericordia y la compasión debe tocar el otro extremo, que es el hombre (4).

El Sacerdote dispone de dos actos: uno principal, que concierne al Cuerpo real de Cristo, y otro que concierne a su Cuerpo Místico (5).

Nosotros podemos usar de este poder cuando queremos. Celebrar la Misa a la hora que escojamos. Rehusar el perdón a las almas que no creamos dispuestas para recibirlo; y, por desgracia, podemos abusar de este poder «crucificando» de nuevo al Hijo de Dios (6) y perdiendo a las almas que nos han sido confiadas.

Realmente Cristo se *entrega* a su Sacerdote.

Recordemos a este propósito estas líneas de la Madre Claret de la Touche:

(4) «Sacerdos debet esse medius inter hominem et Deum, cum per devotionem orationis debet tangere Deum tanquam unum extremum, sic per misericordiam et compassionem debet tangere alterum extremum scilicet hominem.» (Santo Tomás, *In. Ep. ad Hebr.* V., lect. 1.)

(5) «Sacerdos habet duos actus, unum principalem supra Corpus Christi verum et alterum supra Corpus Christi mysticum.» (*Id. Suppl.* q. 36, a. 2.)

(6) *Hebr.* (VI, 6.)

Cristo es del Sacerdote. El se le entrega voluntariamente. Por la Eucaristía, en la Santa Misa se convierte en divina posesión del Sacerdote. Todo Jesús, su espíritu, su doctrina, sus palabras, su alma santísima, su Corazón amantísimo, su divinidad, pertenecen al Sacerdote, que puede disponer de todo ello como de un bien suyo, de su propiedad particular (7).

Pero este poder sacerdotal no es más que un poder instrumental. No obramos solamente en nombre de Cristo, como un embajador dotado de plenos poderes; obramos bajo la moción actual de Cristo (8). «Es El quien bautiza, quien perdona los pecados; es El quien consagra en nosotros» —dice Santo Tomás (9).

«No somos más que ministros e instrumentos. No hay más que un Sacerdote: *unus mediator Dei et hominum*» —dice San Pablo (10).

Somos Sacerdotes en El y por El. Si por un imposible Cristo cesase de ser Sacerdote en el cielo, inmediatamente todos los Sacerdotes de la tierra se convertirían en hombres como los demás. Cuando nuestro Obispo nos ha orde-

(7) L. M. Claret de la Touche: «*Les Vouloirs de Dieu*». (Cap. XI, n. 47.)

(8) «Minister comparatur ad Dominum sicut instrumentum ad principale agens: sicut enim instrumentum movetur ab agente ad aliquid efficiendum, sic minister movetur imperio Domini ad aliquid exsequendum.» (Santo Tomás, *Contra Gent.*, IV, 74.)

(9) «Omnia sacramenta Christus perficit: ipse enim est qui baptizat, ipse qui peccata remittit, ipse est verus sacerdos qui se obtulit in ara crucis et cujus virtute corpus ejus in altare quotidie consecratur.» (Santo Tomás, *Contra Gent.*, IV, 76.)

(10) *I. Tim.* (II, 5.)

nado, no nos ha transmitido su Sacerdocio, como el Pontífice de la Antigua Ley, sino que nos ha incorporado al Sacerdocio de Cristo. Y cuando ejercemos nuestro ministerio, no damos algo de nuestros méritos, sino que comunicamos la gracia misma de Cristo, como se expresa vigorosamente Santo Tomás (11).

Hemos sido hechos participantes, por tanto, y en cierto modo sacramentalmente identificados al ser mismo de Cristo Sacerdote, por el solo hecho de que somos Sacerdotes, e independientemente de nuestra santidad o de nuestra miseria personal.

San Juan Eudes lo decía hermosamente a sus Sacerdotes:

Habéis sido revestidos de su Sacerdocio real, y vuestro Sacerdocio no es más que uno con el suyo. No sois más que un Sacerdote con el Sumo Sacerdote. Sois Jesucristos vivientes y andando sobre la tierra. Representáis a su Persona y ocupáis su lugar (12).

Se citan con frecuencia estas palabras, atribuidas a San Norberto:

Oh Sacerdote, ¿quién eres tú?
No eres por tí mismo, porque eres de la nada.
No estás destinado a tí, porque eres mediador
de los hombres.

(11) «Ministri Ecclesiae non praeponuntur aliis ut eis ex propriae sanctitatis virtute aliquid tribuant — quia hoc solius Dei est — sed sicut ministri et quodammodo instrumenta illius effluxus qui fit a capite in membra.» (Santo Tomás., *Suppl.* q. 36. a. 3.)

(12) San Juan Eudes: *Mémorial de Vie ecclésiastique*. (Cap. Prelim.)

No eres para ti, porque eres Esposo de la Iglesia.
No eres de ti, porque eres siervo de todos.
No eres tú, porque eres Dios.
Entonces, ¿quién eres?
Nada y todo, ¡oh Sacerdote! (13).

Toda esta grandeza del Sacerdocio, este formidable poder «que hace temblar a los demonios y que los ángeles reconocen» —como dice San Cirilo de Jerusalén—, todo esto que tratamos de adivinar, pero que comprendemos tan mal, la Virgen Santísima lo sabe y lo ve en la luz de Cristo Sacerdote.

Nos ve como su prolongación. Contempla en nosotros el Sacerdocio de su amado Hijo.

Y siendo así, sean las que fueren nuestras miserias personales, tiene para cada uno de nosotros una verdadera veneración.

Se cuenta de San Francisco de Asís y de Santa Catalina de Siena, que besaban la mano de los ministros indignos, por más que conocieran por revelación la podredumbre en que sus almas estaban sumidas. Pero la Virgen Santísima tuvo en la tierra por San Juan, y tiene ahora por nosotros, un respeto más profundo que el de estos dos grandes santos.

-
- (13) O Sacerdos, quis es tu?
Non es a te, quia de nihilo
Non es ad te, quia mediator hominum
Non es tibi, quia sponsus Ecclesiae
Non es tui, quia servus omnium
Non es tu, quia Deus es
Quis ergo es tu? Nihil et omnia.
O Sacerdos!

Para Ella un Sacerdote es siempre un Sacerdote. Una imagen viva de su Hijo; y si esta imagen está desfigurada por el pecado, no tiene deseo más ardiente que el de devolverle la semejanza con Cristo, porque Ella lo ve como Dios lo ve, y en la misma visión de Dios.

La Madre Claret de la Touche escribe:

Dios Padre ve en el Sacerdote la imagen más perfecta del Verbo encarnado: un segundo «Jesús», tan parecido al primero que podrían confundirse. Ve en él un espejo luminosísimo, en el cual se reflejan las virtudes de este querido Hijo suyo. Oye la voz de Jesús en la voz del Sacerdote. El Verbo ve en el Sacerdote un hermano, un amigo, una prolongación de su Corazón. Otro «El mismo», por medio del cual continúa toda su obra, y en el cual su vida humana, su vida de Sacerdote y de Víctima, se prolonga en los siglos (14).

III.—El celo de María por la santificación de los Sacerdotes

El día de nuestra Ordenación no hemos recibido solamente un carácter: el sacramento del Orden nos ha concedido, además, la gracia sacerdotal. «Es la gracia que se da al Sacerdote —dice Santo Tomás— para que pueda cumplir

(14) L. M. Claret de la Touche: *Les Voulours de Dieu*. (Cap. X, n. 41.)

sus funciones sacerdotales en conformidad con el espíritu que representa» (15).

Esta gracia sacramental es una modalidad permanente y un vigor especial de la gracia santificante, de «la gracia de las virtudes y de los dones del Espíritu Santo», según expresión del mismo Santo Tomás (16). Es la gracia santificante apropiada al Sacerdote. La gracia que debe santificarle en su misma acción sacerdotal, en su vida de Sacerdote, de la misma manera que la gracia del bautismo es la gracia que santifica al bautizado en su vida de cristiano, y la gracia del sacramento del Matrimonio santifica a los esposos en su vida conyugal.

La gracia sacerdotal es, pues, el principio de la unión del Sacerdote con Cristo. Es la que le permite vivir como Sacerdote. Por el carácter, es Jesucristo, instrumentalmente al menos; es «*otro Cristo*». Por la gracia sacerdotal, vive como «*otro Cristo*». «Ya no soy yo quien vive —dice San Pablo—; es Cristo quien vive en mí» (17).

De este modo, Jesús está en su Sacerdote y le hace vivir de su propia vida sacerdotal. En una

(15) «Oportet instrumentum esse proportionatum agenti. Unde et ministros Christi oportet esse et conformes (...) Cui confertur potestas ad aliquid operandum, conferantur etiam ea sine quibus hujusmodi operatio convenienter exerceri non potest. Administratio autem sacramentorum ad quae ordinatur spiritualis potestas convenienter non fit, nisi aliquis ad hoc a divina gratia adjuvetur. Et ideo in hoc sacramento confertur gratia sicut et in aliis sacramentis.» (Santo Tomás, *Contra Gent.*, IV 74.)

(16) Santo Tomás. (III.^a, q. 62, a. 2.)

(17) Gál. (II, 10.)

palabra: el sacerdote ya no es un simple servidor; es su amigo.

Todo esto nos demuestra a qué perfección está llamado el Sacerdote, o lo que es más grave todavía, qué perfección se exige al Sacerdote para que él cumpla dignamente sus funciones. Por otra parte, y precisamente por esto, recibe unas gracias especiales con el sacramento del Orden, esta gracia de la que proceden, con las virtudes cristianas y sacerdotales, los dones que divinizan el modo de estas virtudes, y que hacen los santos (18).

Santo Tomás no desperdicia ocasión de recordar la eminente perfección requerida por sus santas funciones.

Para el ejercicio conveniente de las Ordenes sagradas no basta tener una bondad cualquiera: hace falta una bondad excelente, a fin de que los que están constituidos en un rango superior por la colación de las Ordenes, lo estén también por la santidad.

La gracia santificante, que es suficiente para poderse contar entre los miembros de Cristo, es *prerrequerida*, ciertamente; pero en la Ordenación se *confiere* una gracia mayor, para hacerles aptos para las grandes cosas que deberán realizar (19).

(18) Cf. Santo Tomás. (III.^a, q. 62, a. 2.)

(19) «Ad idoneam executionem ordinum non sufficit bonitas qualiscumque sed requiritur bonitas excellens, ut sicut illi qui ordines suscipiunt, super plebem constituuntur gradu ordinis, ita ut superiores sint merito sanctitatis. Et ideo *praeexigitur* gratia quæ sufficit ad hoc quod digne connumerentur in plebe Christi, sed *confertur* in ipsa susceptione ordinis *amplius* gratiae munus per quod ad majora reddantur idonei.» (Santo Tomás. *Suppl.* q. 35, a. 1. 3.)

Y más adelante, Santo Tomás no se contenta con hablar de perfección: pide la santidad al Sacerdote, arguyendo el hecho de ser el Sacerdote un conductor de hombres en las cosas divinas (20).

Finalmente, cuando Santo Tomás compara el estado religioso con la vida sacerdotal, no teme afirmar enérgicamente que el Sacerdote está llamado a una santidad mayor que el monje no Sacerdote, porque está al servicio inmediato del sacramento del altar (21).

En todos estos textos, Santo Tomás repite que al Sacerdote se le exige la santidad. Llegará a decir que se le exige esta santidad aun antes de que sea Sacerdote, mientras que al religioso le bastará tender a la santidad (22).

No llama todo esto la atención cuando se reflexiona en lo que es un Sacerdote: mediador entre Dios y las almas, en lugar de Nuestro Señor Jesucristo, que también lo fué, siendo Hombre perfecto y Dios, mientras que nosotros permanecemos pobres hombres continuadores de Cristo, o, mejor todavía, imágenes vivientes de Cristo.

(20) «Cum in quolibet ordine aliquis dux sit in rebus divinis, ideo sanctitas vitae requiritur ad ordinem.» (Santo Tomás. *Suppl.* q. 36, a. 1.)

(21) «Per sacrum ordinem aliquis deputatur ad dignissima ministeria quibus ipsi Christo servitur in sacramento altaris, ad quod requiritur major sanctitas quam requiret etiam religionis status...» (Santo Tomás, *II. II.* q. 184. a. 8.)

(22) «Ordines sacri praeexigunt sanctitatem, sed status religionis est exercitium quoddam ac sanctitatem assequendam.» (Ibíd., q. 189. a. 1. ad. 3.)

Jamás desearemos bastante la santidad. No temamos apuntar demasiado alto, pues debemos modelar nuestra propia vida sobre la misma santidad de Cristo. Si alguna vez creemos ser presuntuosos, o más bien nos lamentamos de no tener aquellas aspiraciones, y, sobre todo, si nos sentimos tentados de descorazonarnos ante la grandeza de nuestro cometido, miremos hacia nuestra Madre, la Virgen Santísima.

Todo cuanto podamos desear para nuestro adelanto espiritual, es nada comparado con el celo ardiente, que del mismo tiene María.

Acabamos de decir ahora mismo que tiene para nuestro carácter sacerdotal un respeto y una veneración inmensa; ahora, más que de respeto y de veneración, es preciso hablar de amor.

María nos quiere como una madre quiere a su hijo. Nos quiere con una ternura y una solicitud, al lado de la cual las de nuestras madres no son más que un pálido reflejo.

Tiene una sed ardiente de encontrar en nuestras almas al mismo Cristo. De ver la gracia sacerdotal fructificar, al ciento por uno, en nuestra vida de Sacerdotes. Nos quiere —como decía el bienaventurado Grignon de Montfort— «Sacerdotes todo fuego», apóstoles ardientes del Amor Infinito. Corazones que vivan de Jesucristo, su Hijo (23).

(23) Bdo. L. M. Grignon de Montfort: *Traité*, nn. 55-59, y *Prière pour demander à Dieu des Missionnaires de Marie*, en apéndice al *Traité*. (Tours, 1933; p. 59.)

Deposita en nosotros el amor maternal que tuvo por San Juan y el celo que en ella ardía por su santificación.

De tal manera nos quiere a cada uno en particular, con una ternura y una solícitud indecibles, que podemos en verdad y sin pretensión llamarla nuestra Madre, como Jesús, sin duda, lo hacía aquí en la tierra.

Mas su amor tiene algo de efectivo. María quiere formar a sus hijos.



Si queremos ser verdaderos Sacerdotes, según el Corazón de Nuestro Señor, es preciso ser, más que los fieles más fervientes, hijos de María.

No es una cuestión de devoción; o si se quiere, puede considerarse como devoción la de la Santísima Virgen, con la condición de dar a esta palabra su antiguo sentido, el que tenía todavía en el siglo XVIII (24), y que es el que tiene en Santo Tomás (25). Ser devoto equivale a ser donado, entregado, consagrado. Así, puede hablarse de devoción a la Virgen Santísima, como se puede hablar de devoción a la persona de Nuestro Señor. Ya no se trata, en este caso, de una devoción particular, como es, por ejemplo, la devoción a Santa Teresita del Niño Jesús.

Todos nosotros somos hijos de la Santísima

(24) Cf. Bdo. L. M. Grignion de Montfort: «Traité», n. 40.

(25) Cf. Santo Tomás. (II, II. q. 82 a. 1.)

Virgen. Pensemos o no pensemos en ello, todas las gracias que nos vienen de Dios pasan por su Corazón Inmaculado al mismo tiempo que por el Corazón de Jesús. Pero ¡qué diferencia si somos conscientes de esta maternidad y de esta acción incesante de María sobre nuestra alma de Sacerdotes!

Jamás seremos verdaderos «otros Cristos» si no somos hijos de la Virgen Santísima. Porque si es cierto que todo cristiano debe convertirse en niño pequeñito (26) y que debe renacer de nuevo para entrar en el Reino de los Cielos (27), esto es particularmente cierto tratándose del Sacerdote. Ahora bien; según los designios providenciales, este «renacer» sobrenatural, que nos constituye hijos del Padre, no puede efectuarse más que por la Virgen Santísima.

Dios Padre quiere proporcionarse hijos por medio de María... Como en la generación natural y corporal hay un padre y una madre, así en la generación sobrenatural hay un Padre, que es Dios, y una Madre, que es María... Quien no tiene a María por Madre, no tiene por Padre a Dios (28).

¿Cómo podremos esperar revivir la vida espiritual de Cristo, y sobre todo reproducir su acción principal, el sacrificio de la Cruz, con todos los sentimientos de amor y de abandono para con su Padre y de compasión para las almas,

(26) Matth. (XVIII, 3.)

(27) Ioan. (III, 3.)

(28) Bdo. L. M. Grignon de Montfort: «Traité», nn. 29-30.

si no hubiéramos empezado nuestra propia vida espiritual por donde quiso iniciar la suya, en el seno de María? Lo que Nuestro Señor decía a sus discípulos de su Pasión, es una verdad en relación con toda su vida: «Si alguno quiere servirme, que me siga; y donde Yo estoy, también estará mi servidor» (29).

Si Jesucristo, Jefe de los hombres, ha nacido en Ella, los predestinados, que son los miembros de este Jefe, deben también nacer en Ella, como consecuencia necesaria. Una misma madre no pone en el mundo la cabeza sin los miembros, ni los miembros sin la cabeza, ya que, de otra suerte, se trataría de un monstruo de la Naturaleza; de la misma manera, en el orden de la gracia, cabeza y miembros nacen de una misma Madre, y si un miembro del Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, un predestinado, naciera de una madre distinta de María, que ha engendrado la cabeza, éste no sería un predestinado ni un miembro de Jesucristo, sino un monstruo en el orden de la gracia (30).

Imitemos, pues, al Niño de Belén y de Nazaret, abandonado totalmente en los brazos de su Madre (31). Su ejemplo nos enseña cómo debemos comportarnos con la Virgen Santísima en toda nuestra vida sacerdotal. Efectivamente, Jesús jamás dejó de ser Hijo de María; sus «estados interiores» permanecieron idénticos mientras El progresaba en edad, porque había

(29) Ioan. (XII, 26.)

(30) Bdo. L. M. Grignon de Montfort: «Traité», n. 32.

(31) Cf. San Francisco de Sales: «Tratado del Amor de Dios», (L. IX, cap. XIV.)

recibido, desde el momento primero de su concepción, la plenitud de gracia, que no podía aumentar en lo sucesivo. Guardando las debidas proporciones, debería suceder algo parecido en nuestra vida interior: hay que ser hijo de la Virgen no sólo en el Seminario o en el Noviciado, sino siempre.

El abandono a los deseos de la Virgen Santísima en todos los acontecimientos de nuestra vida, es el medio más seguro para aprender a practicar el abandono a la Voluntad de nuestro Padre, que está en los Cielos. Si estamos realmente entregados a la Virgen Santísima, si le hemos confiado el cuidado de nuestra santificación, podemos estar seguros de que Ella nos formará en la práctica de las virtudes sacerdotales, con un celo inmenso.

Pidámosle, sobre todo, que nos haga crecer en la fe y en la caridad. Porque María es verdaderamente nuestra Madre en la fe y nuestro modelo en el crecimiento de la caridad.

Nuestro Señor no tenía la virtud de la fe, porque no cesaba de ver a su Padre; y no podía progresar en la caridad, porque estaba fijo, desde el primer instante de su Encarnación, en la plenitud de la gracia (32). Pero la Virgen Santísima estaba exactamente en la misma condición en que todos nosotros nos encontramos mientras permanecemos en la tierra; como nosotros, Ella

(32) Cf. Santo Tomás. (III.^a, q. 7, aa, 3, 9. 11.)

se adhería por la fe a lo que no veía, como el ciego cree en la palabra del amigo que ve.

Cuando tenía al Niño Jesús en sus brazos, veía un niño que era carne de su carne, pero no veía a Dios; creía que era Dios y jamás desfalleció, ni llegó a titubear en su fe; pero no veía, a pesar de todo, los misterios de la fe.

María era conducida en la vida por las mismas luces de fe que debe inspirar nuestra prudencia cristiana, dándonos así un ejemplo perfecto de la vida de fe. Su vida interior jamás cesó de crecer en caridad. Su fidelidad en captar el querer de Dios y en ponerlo en práctica (33), de modo cada vez más perfecto y más diligente, hace de la Virgen Santísima el modelo de santidad más acabado y más simple que se puede concebir.

Pidámosle, pues, que nos obtenga de Dios esta gracia eficaz, que nos haga progresar cada día en fe y en caridad. Acostumbrémonos a ir a buscar en el Corazón de nuestra Madre las virtudes cristianas, que constituyen el verdadero servidor de Nuestro Señor, y sobre todo el verdadero Sacerdote.

El bienaventurado Grignion de Montfort nos invita a colocarnos en María, como en el «molde» que ha formado a Jesucristo, y que sólo desde entonces puede formar imágenes perfectas de Jesucristo (34).

Gusta de repetir que debemos «arrojarnos», «perdernos» en María:

(33) Cf. Lucas. (VIII, 21; y XI, 28.)

(34) Bdo. L. M. Grignion de Montfort: «Traité», nn. 219-220.)

(Sus hijos) se arrojan, se esconden o se pierden de modo admirable en su seno amoroso y virginal, para ser allí abrasados de amor puro, purificados de las menores manchas y para encontrar allí plenamente a Jesús (35).

Debéis perder vuestras propias intenciones, por buenas y conocidas que sean, para perderos, por así decirlo, en las de la Virgen Santísima, por desconocidas que ellas os sean (36).

Es necesario morar en el hermoso interior de María con complacencia, apoyarse en él con confianza, esconderse allí con seguridad y perderse sin reservas (37).

La Virgen Santísima se da enteramente y de una manera inefable a los que se entregan a Ella. Les hace perderse en el abismo de sus gracias. Les abraza con su amor y les comunica sus virtudes (38).

¿Cuándo las almas no respirarán más que María, como el cuerpo respira el aire? ¿Cuándo llegará este tiempo feliz, en el que, perdiéndose en el abismo de su interior, se convertirán las almas en copias vivientes de María? (39).

En la medida en que nosotros seamos formados así por la Virgen Santísima, seremos hechos verdaderos Sacerdotes, estos «apóstoles de fuego» que deseaba el bienaventurado Grignon de Montfort.

(35) Bdo. L. M. Grignon de Montfort: «Traité», n. 199.

(36) *Ibíd.*, n. 222.

(37) *Ibíd.*, n. 264.

(38) *Ibíd.*, n. 144.

(39) *Ibíd.*, n. 217.

SEGUNDA PARTE

La Virgen Santísima y la vida interior del Sacerdote

CAPITULO III

La Virgen Santísima y el Corazón sacerdotal de Cristo

Si la Maternidad divina es el fundamento de todas las relaciones que existen entre la Virgen Santísima y Nuestro Señor, no agota, sin embargo, todos los aspectos de estas relaciones. María ha sido predestinada a ser la Madre del Hijo único de Dios, pero no para formar solamente su Humanidad Santa, para hacerle posible ser Sacerdote, sino también para darle su Corazón virginal y para cooperar a la obra que ha venido a realizar en el mundo: la Redención.

Estas son las relaciones de María con el Sumo Sacerdote, que queremos contemplar ahora. Ellas nos revelarán a qué intimidad con la Virgen Santísima hemos sido llamados, en la Santa Misa y en nuestra vida interior de Sacerdotes.

I.—El Corazón sacerdotal de Cristo en la Pasión

Sean las que fueren las divergencias de escuela sobre los motivos de la Encarnación, es un hecho, admitido por todos los teólogos, que el

Verbo se encarnó para salvarnos. Puede discutirse sobre qué habría decretado Dios si el hombre no hubiera pecado; pero nadie puede negar que, de hecho, en lo que nosotros podemos conocer de los designios del Amor Infinito, la Encarnación ha sido ordenada a la Redención. «De tal manera ha amado Dios al mundo, que le ha entregado su Hijo Unigénito para que todos los que crean en El tengan vida eterna» (1).

El plan del Amor Infinito es maravillosamente lógico en su misericordia. Dios sabe hasta qué punto somos seres dotados de sensibilidad, y que no se elevan a las cosas invisibles más que a través de lo visible: *Dum visibiliter cognoscimus, in invisibilium amorem rapiamur* (2).

Así, pues, Dios no se contenta con tomar carne de hombre, ni con hacerse niño pequeño para enseñarnos a no temerle, y para enseñarnos, sobre todo, que debemos hacernos también nosotros como niños en su presencia; quiere manifestarnos su amor hasta el colmo: *in finem dilexit* (3), hasta la muerte en Cruz: *usque ad mortem crucis* (4).

Porque un solo acto de amor de Cristo habría sido suficiente para obrar nuestra Redención, para pagar a su Padre la deuda infinita que debíamos a la justicia divina, para pagar la ofensa

(1) Ioan. (III, 16.)

(2) Prefacio de Navidad.

(3) Ioan. (XIII, 1.)

(4) Phil. (II, 8.)

de una gravedad sin medida hecha a Dios. Una sola oblación interior del Corazón de Jesús habría obtenido la salvación de la Humanidad, porque el menor acto de amor de este Corazón sagrado recababa un valor infinito de la Persona del Verbo; amor, sin embargo, humano, y por consiguiente capaz de representar ante el Padre a toda la Humanidad.

¿Por qué, pues, fueron necesarios la Pasión, la Sangre, la Coronación de espinas y el Calvario?

La razón es el Amor Infinito que Dios nos tiene: sólo el amor de Dios por nosotros ha decretado la muerte ignominiosa de la Cruz y el sacrificio sangriento del Sumo Sacerdote. Si Jesús nos hubiera rescatado por el más insignificante de sus actos de amor, no le habiéramos comprendido y no habríamos sabido corresponder.

Porque, como dice San Agustín, «Dios no nos salvará sin nosotros» (5). ¿De qué hubiera servido que Jesús nos obtuviera el perdón de su Padre, si nosotros no lo habiéramos aprovechado? Para que el mendigo quede saciado no basta que sea invitado a un banquete preparado para él por un rico bienhechor. Es preciso que se disponga a venir a sentarse en él y tomar él mismo los alimentos que le ofrecen; de otra suerte podría morir de hambre, ante esta mesa tan bien preparada. Del mismo modo, para ser

(5) San Agustín. (Serm. 169, 13; P. L. 38, 923.)

salvados hace falta aplicarse, por un acto personal, los frutos de la Redención; el amor de Jesús por nosotros no basta. Es necesario también nuestro amor por El. Para que se establezca una amistad es indispensable la reciprocidad; de lo contrario, es como si nada se hubiera hecho, y la Sangre de Cristo es inútil.

Ahora bien; si desde hace veinte siglos tantos cristianos, que creen firmemente que las llagas de Jesucristo contienen el alimento de la vida eterna, mueren de hambre y de sed porque no vienen a beber en ellas, ¿qué habría sucedido si Nuestro Señor no lo hubiera hecho todo para manifestar lo que El hacía para rescatarnos? Si se hubiera contentado con un acto interior de amor, ciertamente El nos habría obtenido, sobre el Corazón de su Padre, la misma posibilidad de salvación que hoy; pero nosotros, pecadores endurecidos como somos, no habríamos «creído en el Amor», o lo habríamos olvidado al poco tiempo.

Toda la finalidad del Amor Infinito en la obra de nuestra salvación, tanto en la Encarnación como en la Redención, consiste en hacer revivir nuestro amor a Dios. Nuestro Señor lo ha hecho todo para demostrarnos su amor, sabiendo muy bien que nada puede despertar mejor una respuesta de amor que una demostración de amor verdadero.

Y el medio más eficaz para manifestar el amor, ¿no es acaso el don de sí mismo? ¿El don que no

se regatea, que acepta el sufrimiento y que llega hasta la muerte? «No hay amor más grande que el de dar la vida por sus amigos» (6). Nada sirve decir a un amigo que se le quiere, si no se le demuestra por una entrega total el día que hace falta (7).

Mas si todo esto responde a las intuiciones de la psicología humana, habituada a triunfar sobre los obstáculos de la vida al precio del sufrimiento, no debe parecernos natural cuando se trata de Nuestro Señor, porque realmente Jesús no tenía por qué sufrir. El dolor es en nosotros una pena debida al pecado, y Cristo jamás pecó. Además, Nuestro Señor gozaba en la tierra de la visión beatífica, aunque escondida su beatitud bajo los velos de una humanidad doliente.

Ha sido el mismo Nuestro Señor quien ha escogido el estado de sufrimiento, en el cual todos nosotros nos encontramos; las tristezas de sus correrías apostólicas por los caminos de Palestina, la tentación, la debilidad y las flaquezas ante el cáliz de la voluntad divina.

Libremente ha escogido todos y cada uno de sus sufrimientos ordinarios, y, sobre todo, ha aceptado libremente, por un amor infinito de su Corazón, los dolores de la Pasión, que le iba a permitir cumplir el acto principal de su Sacerdocio: el sacrificio redentor por el cual debía ofrecerse El mismo como Víctima de amor. Se

(6) Ioan. (XV, 13.)

(7) Cf. Santo Tomás. (II-II, q. 31. a. 1.)

entregó de manera total al dolor por amor a nosotros.

Jesús habría podido escoger una muerte menos ignominiosa que la que deseó sufrir. La primera gota de sangre habría bastado para satisfacer a la justicia; pero el amor le ha obligado a derramar hasta la última gota de esta Sangre sacratísima... *propter nimiam caritatem* (8).

El Corazón de Jesús es realmente víctima de amor: *Cor Jesu caritatis victimam*. Se ha hecho víctima por amor y es víctima de su amor, prisionero de su amor, porque por amor se ha obligado a llegar hasta este extremo, a pesar de las incomprensiones de los hombres.

Mas ¿cuáles son los sufrimientos de Nuestro Señor durante su vida mortal, y sobre todo durante su Pasión? Importa mucho saberlo para comprender hasta qué punto nos ha querido. Y para nosotros, Sacerdotes, reviste esto una importancia capital, por el hecho de que debemos presentar en la Misa, es decir, hacer presente y presentar de nuevo, reproducir y continuar, en la medida de lo posible, todos los sentimientos del Corazón de Jesucristo en la Cruz.

Los dolores físicos de Cristo durante su Pasión fueron atroces (9). Lo que hemos podido ver en algunos enfermos que hemos asistido, en algunas almas favorecidas con sufrimientos mis-

(8) Eph. (II, 4.)

(9) Dr. P. Barbet: «La Passion corporelle de Jésus». (Issoudun, 1940.)

ticos, puede darnos, apenas, una idea de lo que fueron los sufrimientos físicos de la Pasión.

Y éstos son bien poca cosa comparados con los sufrimientos morales, que no han cesado en el Corazón de Nuestro Señor durante toda su vida, y sobre todo desde la agonía de Getsemaní hasta su último suspiro.

Estos sufrimientos morales están causados por la ingratitud de los hombres, por la incomprensión de sus amigos, por la traición de Judas, la negación de San Pedro y la debilidad de sus Sacerdotes... De lo alto de la Cruz, Jesús, por su eminente ciencia infusa, veía no solamente a sus verdugos y a su pueblo desatado, sino a toda la Humanidad, a todas y cada una de nuestras almas, con la muchedumbre de nuestras faltas, infidelidades e indelicadezas, repetidas sin cesar. Y luego su alma santa veía el infierno, las almas que en él se precipitan y por las cuales, no obstante, estaba a punto de sufrir atrocemente. Ha visto, como dice el salmista (10), «la inutilidad de su Sangre», la ineficacia de su amor para un cierto número de hombres. Todo esto le ha sumergido en un inmenso dolor, junto al cual nada suponía el sufrimiento físico.

Pero Jesús ha conocido, además, un sufrimiento más profundo todavía que este dolor moral, un sufrimiento que El sólo ha podido sentir: el mal del pecado, de la ofensa infinita que causa el pecado a Dios. Comprendemos per-

(10) Ps. XXIX, 10.

fectamente el sufrimiento moral, porque está hecho de compasión y de sentimientos humanos; pero es preciso ser Dios para medir la infinidad de la ofensa causada a Dios por el pecado, para comprender hasta qué punto es burlado Dios en sus derechos eternos. Y, por otra parte, puesto que Dios, propiamente hablando, no puede sufrir, es preciso ser hombre, como Jesús era, para poder sufrir por esta ofensa infinita. ¡Tal es el misterio del sufrimiento sin medida del Corazón Sacratísimo de Cristo!

II.—La Compasión de María en el sufrimiento de Cristo Sacerdote

¿Qué podía hacer la Virgen Santísima ante un tal abismo de sufrimientos? María era sólo una criatura. Era ciertamente la Madre de Jesús la que había hecho posible que Cristo manifestase el amor inmenso de su Corazón por medio del sufrimiento, dándole un cuerpo tan delicado y tan sensible. Era ella la que había prestado a Jesús todo lo que le permitía ser la víctima sangrante de su propio Sacerdocio.

Mas Dios Nuestro Señor esperaba algo más de la Virgen Santísima, y para ello le dió un Corazón tan puro y ardiente de amor. Quería, en efecto, que María cooperase al acto mismo de su Sacerdocio, al Sacrificio Redentor.

La colaboración de la Virgen Santísima a la

Pasión no es principalmente por su sufrimiento físico. Es cierto que su Concepción Inmaculada no le dispensaba de los sufrimientos inherentes a la condición humana: fatigas, dolores de toda suerte, la muerte misma. El papel de la Virgen Santísima al pie de la Cruz no consiste en reproducir en su ser lo que Jesús sufre, sino en aportar a Cristo algo que ha querido recibir de Ella: Jesucristo quiso esperar de María que le consolara y le ayudara en su Pasión.

Jesús ha bebido hasta las heces la amargura y la abyección. «Dios le hizo pecado» —como dice San Pablo, con una audacia inaudita (11)—, pero quiso tener a su lado un Corazón purísimo, una «fuente de agua viva», un «huerto cerrado», una «fuente sellada» (12), que jamás conoció el pecado; que *compensara*, con su simple presencia, todo lo que millares de pecados y de abominaciones del mundo habían proporcionado de sufrimiento a su alma santa.

Junto a la Cruz había al menos una criatura que *comprendía* perfectamente el misterio de su Corazón, el porqué de su Encarnación y de su Pasión. Una criatura que penetraba, hasta lo más íntimo, el alma santa de Jesús, y que había hecho fructificar todas las gracias anticipadas de la Redención; una criatura que aportaba al Señor todo lo que un corazón humano, lleno de gracia, puede dar en amor y en virtud. A su lado,

(11) II. Cor., V, 21.

(12) Cant., IV, 12, 15.

María estaba de pie, como la obra maestra de su Sangre, y al mismo tiempo como la Esposa de su Corazón. Nueva Eva al lado del nuevo Adán, María ejerce ahora junto a Cristo una misión complementaria: simple criatura, aporta a Jesús su Corazón Inmaculado, su amor todo, todo su «yo» y todo lo que de mejor hay en Ella.

La unión de la Virgen Santísima con Nuestro Señor en la Cruz es, pues, únicamente una unión de Caridad, aunque derive de los lazos creados por la Maternidad divina.

No hay nada más, pero aquí está todo el misterio de la Compasión. No hay nada más que la caridad, pero la caridad es una amistad; y si es verdad que María sigue siendo Madre de Jesús en la Cruz, es preciso buscar un término para precisar el lazo particular que le une a Cristo. Esta expresión la han encontrado la tradición y la liturgia en el «Cantar de los Cantares»: *Sponsa* (13). María es verdaderamente la Esposa del Cantar, puesto que Ella «une en desposorio», en sí misma, todos los sentimientos de Cristo Crucificado para con su Padre y para la Humanidad. Ella une por su Corazón, y nada más que por su Corazón, el acto de amor que brota del Corazón de Jesús y que ha bastado para obrar la salvación del mundo. La sangre de Jesús que se derrama, y las lágrimas de María, no son más que las manifestaciones exteriores

(13) Cant. IV, 9; cf., J. B. Terrien, S. J.: «La Mère de Dieu et la Mère des hommes». (L. II, cap. III. París, 1933; pp. 170-188.)

de esta oblación interior que justamente se ha dado en llamar «el alma del Sacrificio de la Cruz» (14). Hay realmente aquí fusión de corazones; intimidad que tiende a la unidad en el orden mismo del amor. María se transforma en Jesús sin dejar de ser Ella misma, en la intimidad de la vida interior de Jesús, según esta ley de compenetración mutua de corazones y de espíritu, en la que Santo Tomás pone el fruto de la amistad (15).

De este modo, la Virgen no es Sacerdote en el sentido sacramental de la palabra (16). El Sacerdote, en efecto, no es más que un instrumento del Sacerdocio de Cristo; está debajo de él comunicando, como un canal sagrado, las gracias divinas que el Sumo Sacerdote concede a las almas. María, sin embargo, está al lado de Cristo; es la Reina sentada junto al Rey, la Esposa del Gran Sacerdote, participando por su Corazón, por su amor, de todos sus deseos y de todos sus actos sacerdotales.

San Alberto Magno expone esta doctrina en términos de una extremada densidad:

La Virgen bienaventurada no ha sido escogida por el Señor para ser *ministra*, sino para ser *esposa* y *ayuda*, según esta palabra del Génesis:

(14) R. Garrigou-Lagrange, O. P.: «L'amour de Dieu et la Croix de Jésus». (París, 1929; t. II., p. 848.)

(15) Cf. Santo Tomás. (I-II. q. 28, a. 2.)

(16) La Iglesia ha prohibido que se representara a la Virgen Santísima revestida de ornamentos sacerdotales.—Decisión del Santo Oficio de 15 de enero de 1915, publicada el 29 de marzo de 1916 en el «Acta Apost. Sedis». (T. VIII, 1916; p. 146.)

«Hagamos una ayuda semejante a El.» (Gén., 2, 18.) La bienaventurada Virgen no es *vicaria*, es decir, instrumento, sino *coadjutora y compañera*, participando en el Reino como participó en la Pasión cuando, habiendo huído todos los discípulos, permaneció sola al pie de la Cruz. Las heridas que Cristo recibió en su Cuerpo, Ella las recibió en su Corazón (17).

La Virgen Santísima, sin embargo, ofrece realmente a Nuestro Señor a su Padre en la Cruz como le ofreció en el templo. Entonces fué un gesto simbólico nada más, que prefiguraba la misión que tendría en la Pasión. Ahora le ofrece uniéndose a la oblación sacerdotal que Jesús hace de Sí mismo por la Redención del mundo.

Esto espera Nuestro Señor de Ella, como lo espera de todos los cristianos y en particular de todas las almas consagradas. Por esto son sus «esposas» en la medida en que reproducen este acto que María ha realizado en el Calvario. Los fieles, por consiguiente, lo mismo que su Madre, no son Sacerdotes más que en este sentido amplio usado por San Pedro; este «Sacerdocio real» (18), por el cual ofrecen el sacrificio de la Cruz en la Misa, no es otro que el poder que

(17) «Beata Virgo non est assumpta in ministerium a Domino sed in consortium et adjutorium, juxta illud: «Faciamus ei adjutorium simile sibi.» (Gén., II, 18.) Beata Virgo non est vicaria sed *coadjutrix et socia*, particeps in regno, quae fuit particeps passionum pro genere humano, quando, omnibus fugientibus ministris et discipulis, sola sub cruce perstitit; et vulnera quae Christus corpore, ipsa Corde suscepit unde et gladius tunc ipsius animam pertransiuit...» (San Alberto Magno, *Mariale*, q. 42.)

(18) I. Petr. (II, 9.)

poseen por su gracia bautismal, y en definitiva, por la caridad, de unirse a Cristo Sacerdote en el acto supremo de su Sacerdocio.

Lo mismo en la Virgen Santísima que en sus hijos, la unión a la Pasión de Cristo consiste especialmente en un acto de amor.

CAPITULO IV

La Virgen Santísima y la vida interior del Sacerdote

Después de haber hablado de la intimidad que existe entre Cristo Sumo Sacerdote y la Virgen Santísima, es oportuno abrir un capítulo para hacer la aplicación de lo dicho a las relaciones del Sacerdote con María.

Si Jesús se ha dignado tener necesidad de Ella para que le asistiese en el acto principal de su Sacerdocio, ¿qué no deberemos decir de la necesidad de su presencia en la vida íntima del Sacerdote?

La Madre Claret de la Touche lo había comprendido bien: «El Sacerdote —escribía— es otro Jesús; lo que María fué para su Jesús lo es para el Sacerdote» (1).

I.—La unión del Sacerdote con Cristo en la Misa

Si hay una verdad que domina todo el Tratado del sacramento del Orden en la doctrina de Santo Tomás, es ésta: el Sacerdote recibe el Sacerdocio, ante todo, para celebrar la Santa Misa.

(1) L. M. Claret de la Touche: «Le Sacré-Coeur et le Sacerdote». (París, 1930; p. 157.)

El sacramento del Orden se ordena al sacramento de la Eucaristía (2).

El Sacerdote —dice todavía— ejerce dos acciones: una, la principal, concierne al verdadero Cuerpo de Cristo; la otra, que depende de la primera, concierne a su Cuerpo Místico (3).

Todo nuestro poder sobre el Cuerpo Místico nos ha sido dado para disponer a las almas a recibir debidamente la Eucaristía y a unir las a Cristo en la Misa.

¿No ordenó Jesús Sacerdotes a sus apóstoles para renovar y continuar la Cena, como nos lo enseña el Concilio de Trento en este magnífico texto que hemos meditado con tanta frecuencia en nuestros Ejercicios y retiros después del Seminario?

Nuestro Dios y Señor, antes de ofrecerse El mismo por la muerte, una sola vez, sobre lo alto de la Cruz a Dios su Padre, quiso, en la última Cena, dejar a su Esposa queridísima, la Iglesia, un sacrificio visible que representara el sacrificio sangriento que debía realizar sobre la Cruz, para que su Sacerdocio no se extinguiera con su muerte (Hebr. 7, 24). De este modo ofreció a Dios Padre su Cuerpo y su Sangre bajo las especies de pan y de vino, y lo presentó a los Apóstoles, que constituyó entonces Sacerdotes del Nuevo Testamento; y a ellos, como a sus sucesores en el Sacerdocio, les mandó que lo ofrecieran con estas palabras: «Haced esto en memoria mía» (4).

(2) Santo Tomás. (Suppl. q. 37. a. 2.)

(3) Santo Tomás. (Suppl. q. 36. a. 2.)

(4) Concilio de Trento, Ses XXII, c. 1. (Denz. 938). (Cf. Santo Tomás, Contra Gent., IV, 74.)

Somos Sacerdotes, pues, ante todo, para ofrecer el sacrificio de la Misa, del mismo modo que Cristo es Sacerdote para ofrecer el sacrificio de la Cruz (4 bis). Jesús se ha hecho Sacerdote, se ha encarnado por nuestra Redención, por medio de la ofrenda de su vida en el Calvario. Todo permanece dentro de la economía de nuestra salvación, nuestro Sacerdocio y nuestra Misa diaria, como el Sacerdocio de Cristo y su único sacrificio.

Más todavía: no es sólo un paralelismo que existe entre El y nosotros: es un vínculo actual, que nos une a su Sacerdocio y a su Sacrificio, porque el sacrificio de la Misa no es otro que el sacrificio de la Cruz representado sobre el altar.

No hay más —dice todavía el Concilio de Trento— que una sola e idéntica Hostia. Una misma Persona, que se ofrece ahora por el ministerio del Sacerdote, como fué ofrecida, en otro tiempo, sobre la Cruz; sólo el modo de ofrecerla es diferente (5).

La Misa reproduce sacramentalmente el sacrificio del Calvario. Es el sacramento del sacrificio redentor, la Pasión *representada*; es decir, sin juegos de palabras, *presentada de nuevo* al Padre por los hombres, y *presentada* realmente —bien que místicamente— por nosotros, que vivimos ahora.

(4 bis) «In sacrificio offerendo potissime Sacerdotis consistit officium» III.^a, q. 22, a. 4 s. c. «Principalis actus ordinis Sacerdotis est consecrare Corpus Christi». (*Suppl.* 37, a. 5 s. c.)

(5) Concilio de Trento, Ses. XXII. c. 1. (Denz. 940.)

No hemos tenido esta mañana, delante de nosotros, menos de lo que tuvo San Juan el día de Viernes Santo. Y este sacrificio de la Cruz se hace presente y presentado al Padre, por medio de nosotros. Somos los instrumentos, por los cuales Cristo repite en substancia el sacrificio de la Cruz bajo una forma sacramental, acto que renueva desde el cielo en nosotros.

Se sirve de nuestros labios y más todavía de nuestra alma, o, por hablar con toda precisión teológica, de nuestra inteligencia, en su función práctica, para renovar el acto esencial de su Sacerdocio. «Este es mi Cuerpo, ésta es mi Sangre», dice El mismo en nosotros, aunque seamos nosotros los que pronunciemos estas palabras y pensemos la acción que estamos haciendo. Como enseña Santo Tomás:

El es el verdadero Sacerdote que se ofrece sobre la Cruz, y en virtud del cual su Cuerpo es consagrado cada día sobre el altar (6).

No decimos: «Este es el Cuerpo de Cristo», sino «Este es mi Cuerpo»; y sin embargo, no se nos ocurrirá pensar que este Cuerpo sea el nuestro. No hay dos personas en este momento, aunque no haya más que una sola acción; la acción de Jesús Sumo Sacerdote, que se sirve de su instrumento muy amado. Obremos verdaderamente —como dice Santo Tomás—, *in persó-*

(6) «Ipse est verus Sacerdos qui se obtulit in ara crucis, et cujus virtute corpus ejus in altari quotidie consecratur.» (Santo Tomás, Contra Gent., IV, 76.)

na Christi (7); somos «la imagen de Cristo» (8). Tal es el «misterio de fe» que renovamos cada día.

Esforcémonos por comprender a qué intimidad con Nuestro Señor nos invita este «misterio de fe», a fin de captar mejor, luego, la unión que nos reserva con la Santísima Virgen.

El Sacerdote no es solamente un instrumento, un servidor. Es también un amigo de Jesús. Es un instrumento viviente de Cristo Sacerdote. Hemos visto más arriba, que la gracia sacerdotal mete en nuestros corazones una caridad que nos une de una manera inefable con Nuestro Señor, en el acto mismo de nuestra vida sacerdotal. Ahora lo comprendemos mejor. Digamos ahora que en nosotros, en el momento de la consagración, hay en realidad dos personas: la de Cristo que consagra y la nuestra. ¿Por qué no decir que, gracias a la caridad, hay dos corazones en nosotros, el Corazón sacerdotal de Jesús que se ofrece a su Padre por el mundo, y más particularmente por las almas, a cuya intención se celebra esta Misa, y nuestro propio corazón, lleno de gracia sacerdotal y del amor de Dios y de las almas? Y del mismo modo que las dos personas no obran más que una misma acción sacerdotal sobre el altar, así los dos corazones no constituyen más que uno para el amor,

(7) Santo Tomás. (III.^a, q. 82. a. 1.)

(8) «Sacerdos gerit imaginem Christi, in cujus persona et virtute verba pronunciat ad consecrandum... Et ita quodammodo idem est sacerdos et hostia.» (Id., q. 83, a. 1, ad 3.)

puesto que es el mismo Amor Infinito el que les inspira esta acción.

Llegamos en este punto al centro de nuestra vida sacerdotal; este momento de nuestras jornadas es aquel en que nos unimos con el Corazón de Cristo de una manera especial. Sin duda, ha habido santos y santas seglares que han amado y comprendido a Jesucristo más que los Sacerdotes consagrados. Sin embargo, el Sacerdote está más unido a Nuestro Señor que el que no lo es, por razón del carácter que le da el poder de reproducir el acto sacerdotal de Jesús Crucificado y por razón de la gracia sacramental, que le hace estar unido con Jesucristo en el acto mismo de su Sacerdocio.

Jesús se ofreció una vez en el Calvario; pero entonces era El sólo Sacerdote, puesto que la Virgen estaba allí sólo como Madre y Esposa. Hoy, cuando se ofrece sobre el altar, lo hace sirviéndose de un pobre hombre como nosotros, y nos toma en El, o más bien viene a nosotros a deponer en nuestros corazones —según el grado de nuestra caridad, frecuentemente tan débil—, todos los sentimientos que tenía sobre la Cruz para con su Padre, para con la Virgen Santísima y para con las almas, y también todos los sentimientos que tiene en este momento en el cielo para las almas, a cuya intención se celebra esta Misa.

Es realmente una *amistad* la que se establece entonces en nosotros: una *unidad* total, una

koinônia, una comunión de todos los secretos más íntimos de su Corazón sacratísimo: *Omnia mea tua sunt. Omnia tua mea sunt* (9).

En una de las cuestiones de la *Suma* que consagra al amor, Santo Tomás abre perspectivas insondables sobre la mutua compenetración de los corazones y de los espíritus, realizada entre amigos:

El amado se encuentra como en permanencia en el amante, puesto que éste piensa incesantemente en su amigo; y, al revés, el amigo se encuentra por el pensamiento en su amigo, porque no se contenta con un conocimiento superficial de aquél, sino que se aplica a conocerle a fondo y en detalle. Así, penetra hasta en lo que de más íntimo hay en él. Del Espíritu Santo, por ejemplo, que es el amor de Dios, se ha dicho que «escudriña las profundidades de Dios» (1 Cor., 2, 10). (...)

En el amor de amistad, el que ama está en su amigo por el hecho de hacer suyos los bienes y los males de su amigo. Es como si gozara y sufriera él mismo en el amigo. Por esto es propio de los amigos querer las mismas cosas, sufrir y gozar por las mismas cosas. De este modo, o sea en tanto que el amigo considere como suyo todo lo que concierne al amado, le parece estar en éste e identificado con él. Por el contrario, el amigo está en el amigo por el hecho de que éste quiere y obra en relación con su amigo, como si fuera para sí, puesto que lo considera como otro *yo* (10).

(9) Ioan. (XVII, 10.)

(10) «*Amatum dicitur esse in amante, in quantum amatum inmoratur in apprehensione amantis;.. Amans vero dicitur esse in amato secundum apprehensionem, in quantum amans non est contentus superficiali apprehensione amati sed nititur singula quae ad amatum pertinent intrinsecus disquirere; et sic ad inte-*

Releamos este texto pensando que este amigo es el mismo Cristo, el Cristo Sacerdote Sumo, y comprenderemos a qué intimidad hemos sido invitados por el solo hecho de tener la gracia y la caridad.

Esta intimidad, sin duda alguna, no es un privilegio reservado al Sacerdote. Todo cristiano, en estado de gracia, puede aspirar a semejante unión con Nuestro Señor, desde el momento que posee la caridad, virtud que crea entre el hombre y Dios una amistad verdadera. Confesemos que hay seglares que llegan a un grado de intimidad con Dios superior al de muchos Sacerdotes; pensemos, por ejemplo, en los innumerables santos que han recibido el favor de los desposorios místicos con Jesucristo, en prenda de su unión de caridad con El.

No obstante, al recibir la unción sacerdotal, el Sacerdote no deja de ser un cristiano, y es también capaz, por este título, de vivir en la amistad de Nuestro Señor. Pero él está especialmente invitado por Jesús a esta amistad, puesto

riora ejus ingreditur; sicut de Spiritu Sancto, qui est Amor Dei, dicitur quod «Scrutatur etiam profunda Dei.» (I Cor., II 10) (...). In amore amicitiae, amans dicitur in amato, in quantum reputat bona vel mala amici sicut sua et voluntatem amici sicut suam, ut quasi ipse in suo amico videatur bona vel mala pati et affici. Et propter hoc, proprium est amicorum idem velle et in eodem tristiari et gaudere secundum Philosophum ut sic, in quantum quae sunt amici aestimat sua, amans videatur esse in amato, quasi idem factus amato: in quantum autem e converso vult et agit propter amicum sicut propter seipsum, quasi reputans amicum idem sibi, sic amatum est in amante.» (Santo Tomás, I, II, q. 28, a. 2.)

que a sus primeros Sacerdotes ha llamado El sus amigos (11). Si puede pues, decirse, en verdad, que la santidad cristiana consiste en esta compenetración mutua de las almas, de que habla Santo Tomás, del alma santa de Jesús y de nuestra pobre alma de pecador, con mayor razón podemos afirmarlo de la santidad sacerdotal. Faltará sólo precisar qué es lo que distingue la santidad del Sacerdote, de la santidad del simple cristiano: éste será el objeto de los capítulos cuarto y sexto, sobre la unión del Sacerdote con Cristo en la Misa y en los actos del ministerio.

Ya que la amistad nos invita a penetrar en el alma del que amamos, entremos en el alma santa de Jesús, con todo el respeto que impone tal santuario, pero a la vez con todo el fuego de nuestro amor. ¿Hemos pensado suficientemente en esta alma maravillosamente bella de Cristo? Es una alma humana como la nuestra, dotada de una inteligencia y de una voluntad semejante en todo a nuestra inteligencia y a nuestra voluntad. Y esta alma como la nuestra, y por las mismas razones, posee la gracia santificante, para poder conocer y amar a Dios como El se conoce y se ama a Sí mismo.

Sin embargo, esta alma humana no deja de ver a Dios; desde el instante de su creación, desde el momento de la Encarnación en el seno bendito de María, fué inundado por la visión beatífica. Se abre directamente sobre Dios; está, si

(11) Ioan. (XV, 15.)

puede hablarse así, en las fronteras de la divinidad. Después de ella, ya no hay nada más que Dios, el Verbo que la ha asumido con el Cuerpo de Jesús...

¡Cuánto bien nos hace poder penetrar dentro de este santuario! Allí se descubren los íntimos designios de Jesús, su amor por su Padre y por su Madre, así como su celo por las almas, su dulzura y su humildad, su magnanimidad. Allí, sobre todo, es donde se encuentra el mismo Verbo: la Trinidad Beatísima.

Pero al mismo tiempo que Cristo, por la gracia sacerdotal atrae a Sí a su Sacerdote, se le da, le da su propio Corazón.

Yo me suscitaré —dice Dios— un Sacerdote fiel que obrará según mi Corazón (12).

Quiero que digas a mis Sacerdotes que Yo les doy mi Corazón —dijo Nuestro Señor a la Madre Luisa Margarita Claret de la Touche (13).

Se expande en nosotros —escribe M. Olier—, se insinúa en nosotros, impregna nuestra alma y la llena de las disposiciones interiores de su espíritu, de modo que nuestra alma y la suya no son más que una (14).

Omnia mea tua sunt, omnia tua mea sunt (15).

Se tienen en común todas las cosas. Jesús da a su Sacerdote todo lo que tiene, y le abre todos los secretos de su Corazón Sagrado.

(12) I. Samuel. (II, 35.)

(13) L. M. Claret de la Touche: *Les Vouloirs de Dieu*. (Cap. VII, n. 28.)

(14) M. Olier: *Vie et vertus chrétiennes*. (Cap. II.)

(15) Ioan. (XVII, 10.)

En su Comentario sobre el versículo del capítulo 15 de San Juan, *Vos dixi amicos*, Santo Tomás escribe estas profundas líneas:

Es un signo de verdadera amistad que el amigo revele al que ama los secretos de su corazón; porque si los amigos no constituyen entre ellos un solo corazón y una sola alma, *cor unum et anima una*, no parece que el amigo saque de su propio corazón lo que revela a su amigo, *non videtur amicus extra cor suum ponere quod amico revelet* (16).

Y Pío X, en su Carta al clero *Haerent animo*, aplica al Sacerdote las palabras de San Pablo a los Filipenses (17):

Ya que la amistad consiste en un mismo querer, *idem velle, idem nolle*, debemos, como amigos, experimentar en nosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús: *tenemur ut amici sentire in nobis quod est in Christo Jesu* (18).

Realmente, hay entre El y nosotros la unión total, la unidad, ya que ocupamos su lugar en la tierra, vivimos su vida y le representamos. La vida interior del Sacerdote es la vida interior del mismo Jesús, comunicada al Sacerdote.

Pero si El se da todo entero a nosotros, espera que nosotros nos demos totalmente a El.

Cristo es del Sacerdote. El Sacerdote también es de Cristo —escribe la Madre Claret de la Tou-

(16) Santo Tomás. (*In Ioan.* XV, lect. 3; cf. ítem., *Contra Gent.*, IV, 21.)

(17) Phil. (II, 8.)

(18) Pío X: *Exhortatio ad Clerum Catholicum Haerent animo*, en *Acta S. Sedis*. (XLI, 1908, p. 558.)

che—. Y puesto que Cristo todo entero se ha dado al Sacerdote, por lo mismo el Sacerdote debe darse a Jesús. Todo entero: su espíritu, su corazón, su cuerpo. Cristo puede disponer de ello con el mismo poder que el Sacerdote dispone de Jesús (19).

Tales son las exigencias de una verdadera amistad. Debemos dejar a Nuestro Señor libertad para tomar en nosotros lo que El quiera, y debemos cooperar con todo nuestro corazón a las gracias que no cesa de darnos para consumir esta unión, en la que consiste la santidad. Recordemos lo que Santo Tomás enseña sobre la compenetración mutua establecida por la amistad: «El que ama, lleva en cierto modo a su amigo en su corazón, por el hecho de que piensa sin cesar en él. Se ha como introducido en este amigo, por el hecho de que hace suyos los bienes y los males de aquél» (20). Así ha sucedido con la caridad sacerdotal. Por ello penetra Jesucristo Sacerdote en nuestras almas y nos invita a pensar continuamente en El como Sacerdote: nos introduce en su alma de Sacerdote y nos hace adoptar todos los sentimientos que tuvo en su Corazón sacerdotal.

Su corazón es mío —escribe San Buenaventura—. ¿No es acaso Cristo mi cabeza? ¿Cómo no me pertenecerá lo que pertenece a mi cabeza? Del mismo modo que los ojos de mi cabeza corporal son míos, el Corazón de mi cabeza espiritual

(19) L. M. Claret de la Touche: *Les Vouloirs de Dieu*. (Cap. XI, n. 47.)

(20) Cf. Santo Tomás. (I-II, q. 28. a. 2.)

es realmente mío... Con este Corazón, que es Vuestro y que es mío, ¡oh dulcísimo Jesús, yo adoraré a mi Dios! (21).

Esta caridad engendra, bajo la moción del Espíritu Santo, una cierta experiencia de esta mutua compenetración. Es el don de Sabiduría que nos hace tener conciencia de este amor recíproco; y por el efecto de este amor en nosotros, nos da a experimentar la presencia de Cristo Sacerdote en nuestra alma, y, sobre todo, la trascendencia de su divinidad, en la cual nos encontramos como sumergidos: *in ipso enim vivimus, movemur et sumus* (22). Todo lo que creemos por la fe, todo lo que sabemos por nuestros conocimientos adquiridos por la Teología y por nuestra meditación, tenemos ahora la íntima y obscura convicción de que es verdad y de que es infinitamente mayor de lo que jamás pudimos sospechar.

De manera que el mismo amor que tenemos a Dios y a Cristo Sacerdote se encuentra totalmente transformado y dilatado inconmensurablemente.

Todos los santos, sin duda, han poseído este amor de fuego que rebasa el modo humano de querer; por esto precisamente fueron santos.

(21) San Buenaventura: «Vitis mystica». (C. 3, n. 4.) Este opúsculo del Doctor seráfico ha pasado con frecuencia como de San Bernardo, y bajo este nombre lo utiliza el segundo nocturno de la fiesta del Sagrado Corazón. No obstante, el pasaje citado aquí ha sido omitido, aunque es auténtico. Sin duda alguna que no se trata expresamente del Sacerdote en el texto, pero nada impide aplicárselo a él muy especialmente.

(22) Act. (XVII, 28.)

La santidad sacerdotal, sin embargo, reviste una modalidad especial, por el hecho de ser la expansión perfecta de la gracia sacramental del Orden. Por esto la caridad sacerdotal engendra un conocimiento místico de carácter particularísimo: un Sacerdote no es santo, o más bien, no es un santo Sacerdote, si no constituye el hecho de la unión con Cristo Sacerdote, la esencia misma de su santidad. Porque su contemplación mística implica un cierto conocimiento experimental del Sacerdocio de Jesucristo; pero no termina aquí, puesto que su objeto es Dios mismo en su infinita trascendencia, que pasa, sin embargo, a través de Cristo Sacerdote, recibiendo de esta forma una modalidad especial que no poseen normalmente las contemplaciones místicas de los seglares.

Gracias al don de Sabiduría, el Sacerdote fervoroso toma posesión, a través de los velos de la fe, del que se le ha entregado por amor. Toca a su Maestro de modo experimental. Gusta, por encima de todas las consolaciones sensibles, y ve, sin ver, cuán bueno es el Señor: *gustate et videte quoniam suavis est Dominus* (23). Pero,

(23) En su comentario de este texto demuestra Santo Tomás que la analogía del gusto expresa mejor la naturaleza de la experiencia mística que la del tacto, puesto que ésta permanece en la superficie, mientras que el gusto las hace penetrar en su substancia: «Exhortatur ad experientiam divini consortii. Experientia de re sumitur per sensum, sed aliter de re praesenti et aliter de absenti; quia de absente per visum, adoratum et auditum, de praesenti vero per tactum et gustum. Sed per tactum de extrinseca praesenti per gustum vero de intrinseca. Deus autem non longe est a nobis nec extra nos, sed in nobis. Et ideo experientia divinae bonitatis dicitur gustatio.» (In Psalmo 33, 9.)

por esta misma razón, participa más que los demás de los sufrimientos íntimos del alma santa de Jesús, de suerte que su contemplación mística está muy lejos de ser siempre suave.

En la Misa se realiza hasta el máximo esta unión total y esta presencia inefable. En ella verdaderamente el Corazón de Jesús se da al corazón del Sacerdote y le entrega todos sus secretos: en este momento no hacen más que un solo ser por la caridad, y todo lo que Nuestro Señor deja entrever de sus sentimientos, no tiene por qué salir de su alma para pasar al alma del Sacerdote: *non videtur amicus extra cor suum ponere quod amico revelet* (24).

Tal es la fuente inagotable de la santidad sacerdotal. Si somos fieles a la gracia sacramental, que nos ha sido dada para cumplir santamente lo que nos permite realizar nuestro poder, cada Misa debe hacernos conocer, cada vez más, los secretos del Corazón sacerdotal de Jesús, y debe unirnos a El. En los designios del Amor Infinito, es absolutamente cierto que cada una de nuestras Misas debería ser más fervorosa que la precedente. «Con un deseo intenso, *desiderio desideravi*, he deseado comer esta Pascua con vosotros» (25). Con un deseo intenso he deseado celebrar esta Misa con vosotros, contigo, el día de hoy.

(24) Cf. Santo Tomás. (In Ioan. XV, lect. 3., y Contra Gent., IV, 21.)

(25) Luc. (XXII, 15.)

En la Misa, como en el Calvario, hay en la caridad que arde en el Corazón sacerdotal de Cristo, un orden, el orden de la Caridad, y el Sacerdote debe hacer suyo este orden. En primer lugar, Jesús ama a su Padre y le ama más que todo lo que existe; luego, Jesús ama a su Madre, la Virgen Santísima, y la quiere más que a todas las criaturas del cielo y de la tierra; después, Jesús ama a los hombres, que ha venido a rescatar y salvar; y su Corazón sacerdotal los quiere en el orden mismo en que su Padre. El mismo (como Verbo de Dios), y el Espíritu Santo, les aman con Amor Infinito y único; orden escondido en la presciencia divina, y que permanece desconocido para nosotros, aun en el santo Sacrificio, al cual, sin embargo nos adherimos por la fe, como se adhería la Virgen Santísima al pie de la Cruz.

De este modo, haciendo suyo el orden mismo de la caridad del Corazón sacerdotal de Cristo, el Sacerdote se une a las intenciones por las cuales Jesús ofreció el sacrificio del Calvario y por las cuales ofrece Jesús actualmente la Misa en El.

Estas intenciones se reducen, según los teólogos, a cuatro, llamadas los cuatro fines del sacrificio: la Misa —dicen— se ofrece para adorar a Dios, para darle gracias, para obtener de El nuevos dones y para reparar los pecados.

Sin detenernos a considerar, en detalle, el modo cómo Cristo nos hace participar en todos

estos diferentes actos de su plegaria sacerdotal, bástenos ponderar lo inaudito de que un pobre hombre como nosotros, que permanece tan hombre como el simple fiel, en lo que se refiere a nuestra naturaleza caída, sea escogido, levantado por así decir, *ex hominibus assumptus* —como escribe San Pablo (26)—, a fin de que ocupe el lugar de Nuestro Señor Jesucristo en la oración a su Padre.

Como Sacerdotes, en efecto, somos mediadores entre Dios y los hombres, representando al único Mediador. Y por este mismo hecho, en la Misa nosotros no tenemos, en cierta manera, mediador entre nosotros y el Padre. Los fieles ven en nosotros a Cristo Sacerdote. No ven al Padre más que a través nuestro. En el altar *somos* Jesucristo y nos encontramos cara a cara con el Padre. Es cierto que nos adherimos de todo corazón a Cristo Sacerdote, que habla al Padre por nuestros labios, y a Cristo Víctima, a quien nosotros nos dirigimos en nombre de Cristo. No hay nadie más entre El y nosotros. Entonces permanecemos identificados con Cristo, revivimos todos los sentimientos que El tuvo por su Padre en la Cruz. Sentimientos de amor y de adhesión profunda; sentimientos de gratitud infinita; deseos intensos de la gloria divina y del Reino de Dios en el mundo.

Releamos con este espíritu las oraciones del *Prefacio* y del *Canon*. Pensemos que pronuncia-

(26) Hebr. (V. I.)

mos las palabras del Padrenuestro en la Persona misma de Cristo, y sobre todo unámonos al amor actual, que en este momento tiene por su Padre. ¡Qué maravilla que nuestro corazón sirva entonces de canal, de órgano viviente a Cristo Sacerdote, para amar y adorar a su Padre! Realmente entramos en el *sancta sanctorum*; sorprendemos los mayores secretos del Corazón de Jesús; nos atrevemos a introducirnos en las relaciones del Verbo encarnado y el Padre, y esto cada día, a lo largo de toda una vida, mientras que el Gran Sacerdote de la Antigua Alianza temblaba al entrar detrás del velo del templo, una vez al año.

El sacrificio de la Misa es, además, un sacrificio de expiación y de reparación que renueva el sacrificio de la Cruz, que se completó en el sufrimiento y en la sangre. Evidentemente, esto no puede dejar de influir sobre el modo de la unión del Sacerdote con Nuestro Señor en la Misa y en su vida de oración.

Jesús no es solamente Sacerdote de su sacrificio, es también la Víctima santa del mismo.

Ciertamente, el sacramento del Orden no da al que lo recibe más que el poder de ser instrumentalmente Sacerdote, y de no representar como tal más que a Cristo Sacerdote. Pero el Sacerdote participa del Sacrificio que ofrece y se une a la divina Víctima de la Misa, como para representar la unión indisoluble del Sacerdote y de la

Víctima, en la persona misma de Cristo (27). «*Todas las veces que comiereis de este pan y bebiereis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor*» (28). En la Comunión, Nuestro Señor se da al Sacerdote—también a todos los fieles, sin duda, pero sobre todo al Sacerdote—como Víctima, como Hostia de su Sacrificio. Con esto quiere enseñarnos que si queremos ser verdaderamente sus amigos, no nos basta con ser Sacerdotes. Es indispensable participar de sus sentimientos de Hostia y hacer realidad estos sentimientos en nuestra propia vida. Es preciso, en una palabra, ser también víctimas y hostias de nuestro Sacerdocio, en unión con El.

El Pontifical nos lo ha inculcado el día de nuestra ordenación: *Agnoscite quod agitis, imitamini quod tractatis*. Y los Padres de la Iglesia dicen con frecuencia a los Sacerdotes, que deben ser víctimas en virtud de su mismo Sacerdocio.

Recordemos tan sólo dos textos bien conocidos. El primero es de San Gregorio Magno:

Los que celebramos los misterios de la Pasión del Señor, debemos imitar lo que hacemos. Sólo habrá realmente a los ojos de Dios una hostia, cuando nos hagamos hostias nosotros mismos (29).

(27) Cf. Santo Tomás. (III^a, q. 82, a. 4.)

(28) I. Cor. (XI, 26.)

(29) «Qui Passionis dominicae mysteria celebramus, debemus imitari quod agimus. Tunc ergo vere pro nobis hostia erit Deo cum nos ipsos hostiam fecerimus.» (San Gregorio Magno. *Dial.* IV, 59; P. L. 77, 428.)

El segundo texto es de San Paulino de Nola:

El mismo Señor es Hostia, y todos los Sacerdotes víctimas de su Sacerdocio y Sacerdotes de su Víctima... Los Sacerdotes son también hostias. (30).

¿Acaso no creemos con demasiada facilidad que estas grandes palabras de hostia y víctima están reservadas a las almas privilegiadas con una vocación extraordinaria? Jesús había llamado a sus tres discípulos más queridos, Pedro, Juan y Santiago, a participar de su agonía, y quiso que uno de ellos, al que amaba más especialmente, estuviera al pie de la Cruz con su Madre. Los otros dos fueron mártires.

Esta participación de la Pasión que Nuestro Señor pide a sus Sacerdotes no es por otra parte, muy frecuentemente, una participación sangrienta, sino una comunión interior con los sentimientos de su Corazón, y una prueba de esta unión por medio de una vida realmente crucificada. Convendría, en efecto, que la celebración cotidiana del sacrificio de la Misa nos hiciese compadecer de todo corazón y participar en el sufrimiento físico y moral de Jesús, y hacernos

(30) «Ipse Dominus hostia omnium Sacerdotum est, qui semetipsum pro omnium reconciliatione Patri libans, victima Sacerdotii sui et Sacerdos suae victimae fuit; cuique nunc ut uni omnium Domini omnis nova creatura sacrificium est: ipsique sunt hostiae Sacerdotes.» *Ep. XI. ad Severum*, 8; P. L. 61, 196. Cf. también San Cipriano *Ep. LXXVII*, 3 y San Gregorio Nacianceno *Oratio II, Apol.* n. 95. P. G. 35.498. Entre los autores modernos, Cf. M. Olier: «Traité des Saints Ordres». (III, P. cap. IV) y S. M. Giraud: «Prêtre et Hostie». (Libro II, cap. III y XXIII. París, 1891; t. I, pp. 282-293 y 573-593.)

resentir de algún modo la agonía de su Corazón sagrado. ¿Es posible que un Sacerdote celebre la santa Misa durante veinte o treinta años, sin que le haya estremecido, hasta el fondo de su ser, la espantosa angustia de Cristo en la Cruz? Las leyes de la amistad exigen, como veíamos, que el que ama tome sobre sí los males y sufrimientos del amigo, hasta el punto de considerarlos como suyos (31).

En la carta ya citada, *Haerent animo*, después de haber recordado que, en virtud de la misma naturaleza de la amistad, *idem velle, idem nolle*, el Sacerdote está obligado, como amigo, a tener en sí los mismos sentimientos de Cristo Jesús (32), Pío IX añade:

Como ministros del Sacrificio, cuya virtud se renueva sin cesar por la vida del mundo, debemos conformarnos en espíritu al que se ofrece a Dios en hostia inmaculada sobre el altar de la Cruz (33).

¡Cuántas gracias reserva Nuestro Señor a aquellos sus Sacerdotes que penetran de este modo, durante la Misa, dentro de su alma santa para participar de su dolor! No son necesarias para ello luces extraordinarias: basta contar con la gracia sacramental del Orden, con esta gracia sacerdotal que nos santifica en los mismos actos de nuestro Sacerdocio. Porque en esta gracia

(31) Cf. Santo Tomás. (I-II, q. 28. a. 2.)

(32) Cf., p. 39.

(33) Pío X: «Exhortatio ad Clerum» *Haerent animo*. (A. S. S. XLI, 1908; p. 558.)

está encerrada la caridad, y por consiguiente la amistad con Cristo.

No obstante, por medio de los dones del Espíritu Santo, esta participación en el sufrimiento de Nuestro Señor puede revestir un modo que rebasa el de la sola caridad. En este caso, el Sacerdote participa de esta noche misteriosa, que envuelve el alma de Jesús durante la crucifixión, sin serle quitada la visión beatífica.

Dice San Juan de la Cruz:

Al punto de la muerte quedó también aniquilado en el alma, sin consuelo y alivio alguno, dejándole el Padre así en íntima sequedad, según la parte inferior. Por lo cual fué necesitado a clamar, diciendo: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?» Lo cual fué el mayor desamparo, sensitivamente, que había tenido en su vida. Y así, en él hizo la mayor obra que en toda su vida con milagros y obras había hecho, ni en la Tierra ni en el Cielo, que fué reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios. Y esto fué, como digo, al tiempo y punto que este Señor estuvo más aniquilado en todo. Conviene, a saber: acerca de la reputación de los hombres, porque como le veían morir, hacían burla de El, que le estimaban en algo; y acerca de la naturaleza, pues en ella se aniquilaba muriendo; y acerca del amparo y consuelo espiritual del Padre, pues en aquel tiempo le desamparó, porque puramente pagase la deuda y uniese al hombre Dios, quedando así aniquilado y resuelto así como en nada. De donde David dice de El: *Ad nihilum redactus sum, et nescivi*. Para que entienda al bien espiritual el misterio de la puerta y del camino de Cristo para unirse con Dios y tanto mayor obra hace. Y cuando

viniere a quedar resuelto en nada, que será la suma humildad, quedará hecha la unión espiritual entre el alma y Dios, que es el mayor y más alto estado a que en esta vida se puede llegar. No consiste, pues, en recreaciones, y gustos y sentimientos espirituales, sino en una viva muerte de Cruz sensitiva y espiritual, esto es, interior y exterior (34).

El Sacerdote que ha entrado en este camino real, ya no celebra su Misa como antes. Experimenta ahora en su alma un sufrimiento análogo al del alma de Jesucristo crucificado. En realidad, en la Misa reproduce y continúa, por así decirlo, «sacramentalmente» este sufrimiento, ofreciendo a Cristo un cuerpo y un alma para hacer revivir y perpetuar su Pasión en nuestro tiempo. El Sacerdote fiel, sumergido en una aridez independiente de su voluntad, y que se cree como abandonado de Dios, llega de este modo, bajo el impulso del Espíritu Santo, a las cumbres de la identificación con Jesucristo Sacerdote y Hostia.

Pero esta unión debe manifestarse además por la imitación, por una vida realmente crucificada. Este es en realidad el sentido que el Pontifical da a las palabras *agnoscite quod agitis et imitamini quod tractatis*, ya que añade inmediatamente las palabras de San Pablo a los Gálatas: «Crucificaréis vuestra carne con sus vicios» (35). Y Santo Tomás precisa que hay que participar de

(34) San Juan de la Cruz: «Subida al monte Carmelo». (L. II, capítulo 7.)

(35) Gal., V, 24.

la Misa, a fin de manifestar que se participa interiormente del Sacrificio ofreciéndose a sí mismo a Dios (36).

Nuestro Señor, en fin, puede llegar a pedirnos el derramar nuestra sangre por El. Santo Tomás exige que los Sacerdotes estén dispuestos interiormente a ello, de manera que se encuentren prontos a hacerlo en realidad, si el caso se presentara, a fin de conformarse con Cristo crucificado, que tienen entre sus manos (37).

Esto es lo que hicieron los santos: fueron sacerdotes, crucificados en su carne y crucificados en su alma, porque estaban unidos con Cristo crucificado, con el Sacerdote, Hostia de su propio Sacrificio. De algunos, como del bienaventurado Grignon de Montfort, ha podido decirse que era «como crucifijo viviente». Tal es la suprema identificación que realiza Cristo con sus amigos más queridos y más fieles a su gracia sacerdotal. Porque por más elevada que sea esta santidad sacerdotal, no es otra cosa que la expansión de la gracia sacramental del Orden y el fruto de una celebración, cada día más ferviente, de la Misa en unión con el Sagrado Corazón de Jesús.

(36) Cf. Santo Tomás. (III.^a, q. 82, a. 4.)

(37) «Omnes clericorum ordines ordinantur ad altaris ministerium in quo sub sacramento repraesentatur Passio Christi (...) Et ideo competit eis esse *paratos ad propriam sanguinis effusionem pro Christo, ut imitentur opere quod gerunt ministerio.*» (Santo Tomás, II-II, q. 40. a. 2.) «Christo occiso (...) omnes ministri praedicti sacramenti (Eucharistiae) debent *conformari.*» (Id. Suppl. q. 39, a. 3.)

II.—La unión del Sacerdote con la Virgen Santísima

Esta unión del Sacerdote con Jesucristo en la Misa nos permite vislumbrar a qué grado de intimidad con la Virgen Santísima hemos sido llamados, sobre todo si recordamos la misión que María tuvo en la Cruz.

Puesto que el Sacerdote continúa y reproduce en el altar el Sacerdocio de Cristo en su acto principal, es preciso que la unión de María en el sacrificio de Jesús también se continúe y se reproduzca. Es necesario que esta unión se renueve tantas veces como Misas hay en el mundo. De no ser así, ¿no faltaría algo a la Misa? ¿Podría considerarse como la representación perfecta del sacrificio de la Cruz?

Sin duda alguna, esta unión del Sacerdote con la Virgen Santísima puede no ser consciente, del mismo modo que el Sacerdote puede estar distraído consagrando la hostia y el cáliz sin que la Consagración sea inválida, pues Jesucristo jamás está distraído. Por lo mismo en el cielo, la Virgen Santísima jamás se olvida de unirse al Sacerdote que representa a Jesucristo, y de ofrecer con El el sacrificio al Padre, de la misma manera que en la tierra se unió a Jesús para ofrecer con El el sacrificio del Calvario. Desde el cielo y en la esencia divina ve y obra juntamente con Cristo Sacerdote, que vive y obra en su

Sacerdote. El misterio de la unión de María Corredentora con el Redentor, continúa.

El Sacerdote participa pues, por María, de los sentimientos de Jesucristo crucificado, y de los sentimientos de María por Jesús crucificado; hace suyo el amor de Cristo por María, y acoge el amor de María por el Cristo que hay en él. Por último, y sobre todo, toma en su plegaria sacerdotal la ofrenda de la Corredentora, uniéndose al Redentor en el acto supremo del sacrificio.

El Sacerdote recibe, de esta suerte, la ayuda que Aquel al que representa recibió en la Cruz: la asistencia bendita de María. Así como Jesús quiso tener necesidad de Ella en el Calvario, del mismo modo el Sacerdote tiene verdadera necesidad de esta presencia santa todos los días en la Misa; presencia invisible, pero ¡qué eficaz sobre su pobre corazón de hombre!: recibe realmente algo de Ella, ya que Ella se *da* inefablemente, de forma que el misterio de la Cruz se reproduce de un modo perfecto.

En la Comunión, el Sacerdote tiene muy particularmente necesidad de la Virgen Santísima, no ciertamente *para ser* Cristo, ya que es el carácter sacerdotal el que le ha señalado con el Sacerdocio de Jesucristo, sino para aprovecharse de esta gracia de la identificación con Jesucristo. Ella le enseña a unirse a la Víctima Santa del Calvario, en conformidad con la hostia de su sacrificio.

En este momento, para él tienen plenitud de sentido estas estrofas del *Stabat Mater*:

Oh Madre, fuente de amor,
Haz que sienta yo la fuerza de tu dolor.
Haz que arda mi corazón
en amor de Cristo, mi Dios,
para que así le agrade.
Haz que lleve la muerte de Cristo,
hazme socio de su Pasión,
haz que herido con sus heridas,
sea yo embriagado con su Cruz
y con la Sangre de tu Hijo.

Sin duda que esta comunión con la Pasión de Cristo, esta embriaguez de la locura de la Cruz, esta herida de nuestro corazón, todo esto, propiamente hablando, es la obra de Jesús en nosotros, la obra de la gracia sacramental del Sacerdocio y la obra de la Comunión de nuestra Misa. Mas todo esto nos viene por María, ya que es Ella la Mediadora de todas las gracias. A fin de que podamos vivir nuestra Misa como Sacerdotes crucificados, es indispensable la plegaria y la presencia de la Virgen Santísima, Nuestra Señora de la Compasión. La Misa de un Sacerdote unido a Cristo no puede concebirse sin ayuda de María.

Tenemos la prueba de ello en la maravillosa intimidad que existe entre San Juan y la Virgen durante la Misa. M. Olier ha escrito páginas sublimes sobre esta unión (38).

(38) M. Olier: «La vie intérieure de la Très Sainte Vierge». (Cap. XVI. París, 1875.)

San Juan era para Ella la continuación de Jesucristo..., y en su ministerio pertenecía del todo a Ella. El debió entrar en sus intenciones, y perder las suyas propias en las de María. Había sido dado a Ella como su Sacerdote particular, para que ofreciera el sacrificio con las intenciones que a Ella pluguieren... (39).

Además, representando cada día a Cristo en el acto principal de su Sacerdocio, tiene el Sacerdote el dulce privilegio de ser asistido invisiblemente por la Virgen Santísima y de reproducir el misterio de consolación y de unión que se consumó en el Calvario entre el Corazón de Jesús y el Corazón de su Madre y Esposa queridísima.

Pero esta unión, empezada en el altar, debe prolongarse a lo largo de nuestras jornadas de Sacerdote, y muy especialmente en la intimidad de la plegaria.

Una verdadera unión de amor se establece, en efecto, entre la Virgen Santísima y el Sacerdote; una amistad toda espiritual, toda divina. Es Dios mismo el vínculo de sus corazones. En él se quieren y sólo en él, porque el amor que une a María con el Sacerdote, y el Sacerdote con María, es un amor de caridad, y sólo de caridad.

Jamás podrá encontrarse en un estado más

(39) M. Olier: «La vie intérieure de la Très Sainte Vierge», (Cap. XVI.)

puro la caridad para con el prójimo; porque generalmente respeta los lazos establecidos por la naturaleza o por la voluntad humana. Puede muy bien darse una amistad espiritual que nazca entre una madre y un hijo, por la caridad que les une en Dios; pero es raro que los lazos de la sangre no pongan más o menos obstáculos a la libertad, que es esencial entre amigos. Nada, por el contrario, se opone a que María se constituya en la amiga santísima de sus propios hijos, puesto que sólo por la caridad, por su corazón purísimo, es Madre suya. La Virgen Santísima nos ama en Dios con un amor de amistad sobrenatural, que reclama la reciprocidad: espera que nosotros la queramos con un amor parecido, y por esto basta que tengamos la caridad.

Esta unión con la Virgen Santísima, no obstante, reviste modalidades diferentes, según se realice en los simples fieles o en los Sacerdotes. Para los seglares consiste en identificarse de tal manera con la Virgen Santísima —por la imitación de sus virtudes— y en entrar tan profundamente en su propia vida interior —por las intuiciones del amor—, que lleguen a revivir de alguna manera y a continuar a través de los siglos la unión de María con Jesús.

Pero cuando se trata del Sacerdote, la perspectiva cambia. El carácter del Orden ha marcado su ser con el Sacerdocio de Cristo y le ha dado el poder de reproducir las acciones mismas

del Sumo Sacerdote, y, además, la gracia sacerdotal le permite vivir como Sacerdote, como «otro Cristo». Así, pues, el Sacerdote parte de Nuestro Señor, si es lícito hablar así, para amar a la Virgen Santísima. Y la quiere como Nuestro Señor la quiso en la tierra, haciendo revivir y continuando a través de los siglos la unión de Jesús con María: es un amor de purísima y santísima amistad (40).

Cuando un Sacerdote ha comprendido esto, toda su vida sufre una transformación. Puede amar a la Virgen Santísima con un amor virginal y jamás sospechoso. Con un amor fuerte y escondido. Y en las horas de aislamiento o de tentación ve en Ella la confidente segura de que su corazón humano siente tanta necesidad (41).

(40) Hablamos aquí, entiéndase bien, del amor del Sacerdote como Sacerdote. Porque el hombre que hay en este Sacerdote es como cualquier otro cristiano: un hijo de la Virgen Santísima, que tiene necesidad de ser formado por Ella a imagen de sus virtudes, o más bien a imagen de Cristo mismo, como hemos ya explicado en el capítulo II.

(41) El canónigo J. Duperray, Superior del Seminario Menor de Montbrison, leyó en el Congreso Nacional de Reclutamiento Sacerdotal, tenido en Lourdes en Agosto de 1935, una ponencia titulada «La Dévotion à Marie et la culture des vocations», en la cual expuso cómo el amor de la Virgen María ha permitido a un gran número de sus seminaristas atravesar las crisis de la adolescencia. He aquí en qué términos concluye su ponencia: «Siempre que haya que pedir a un corazón que se despierta al amor, el sacrificio de toda afección femenina, para obtener de él una entrega más completa, el afecto más tierno de la Virgen Santísima será la mejor solución a este importante y delicado problema psicológico del don de sí mismo por la castidad. Desde este momento, este joven se acostumbrará a considerar a María como la confidente, la asociada, la colaboradora de su apostolado sacerdotal.» (Rapport du XI. Congrès National de Recrutement Sacerdotal de Lourdes, 1935. Lourdes. Impr. de la Grotte, 1936. Páginas 145-146.)

El Corazón Inmaculado de María es este corazón complementario del que el Sacerdote tiene indigencia, «a fin de que él no esté solo» (42).

¡Con qué delicadeza y qué prudencia han de ser tratadas todas estas cosas! (43). Que nadie se escandalice, no obstante, hasta tacharlas de temeridad. Auténticos santos las han vivido, en cuya cabeza debe citarse al apóstol San Juan:

El amor que San Juan le tenía — escribe M. Olier — no puede ser incomprendido: era un amor de puro espíritu, sin mezcla de sentidos; un amor que tenía su fuente y su alimento en la fe, pero un amor fuerte, vigoroso, potente, siempre igual a sí mismo. Esta caridad le llevaba tan vivamente a María y le unía a Ella con tanta fuerza y tan estrechamente en Jesús, que él la veía junto a sí con los ojos del espíritu, más claramente que si se hubiera encontrado junto a su persona... Finalmente, la confianza de uno para con el otro era tan grande, estando sus almas unidas por vínculo indisoluble por toda la eternidad, tan estrecha era su unión,

(42) Gen., II, 18.

(43) El tema ha sido tratado por el R. P. J. Klein, M. S., en un artículo de los «Annales de Notre-Dame du Sacré-Coeur», que lleva por título «Notre-Dame et le Prêtre». (Abril-Mayo, 1943.) «¿Cómo llamar esta unión íntima entre María y su Sacerdote? ¿No es acaso como un parentesco establecido entre Ella y él? Esta unión será la base de una confianza recíproca y de una colaboración incesante. Los mismos pensamientos, los mismos deseos, los mismos anhelos: *Adjutorium simile sibi*, una ayuda que se le parezca, hace calificar el Génesis a la mujer presentada a Adán, al salir de su misterioso sueño (...). María es la Madre del Sacerdote. Es la Esposa, en cierto modo, la colaboradora, el complemento natural del hombre-Sacerdote; es la Hermana del Sacerdote, tan parecida a él, a pesar de su condición. (P. 15.) Para vivir según el espíritu (...), el hombre sólo no basta. Necesita una ayuda espiritual parecida, de una pureza que vivifique. Necesita a la Inmaculada, al Corazón de la Inmaculada.» (P. 16.)

tan firme, que parecía que en el cielo esta confianza y esta unión no podía ser ya más pura ni más divina... (44)

Lo que M. Olier decía de San Juan, lo había experimentado él mismo en su propia vida interior, según testimonio de A. de Bretonvilliers:

Parecía no ser más que una misma cosa con la Virgen Santísima; que era en él, por así decir, más que él mismo. Se vió de repente establecido en Ella, en una participación más plena de su gracia, de sus perfecciones, de sus virtudes y de su vida, y en un olvido de sí mismo mayor que nunca (45).

Un santo de la Escuela francesa, San Juan Eudes, ha dado a esta unión entre el Sacerdote y la Virgen Santísima el nombre que nadie posiblemente hasta entonces se había atrevido a pronunciar (46). Lo encontramos en un «contrato de alianza» que el santo compuso para dar testimonio de los lazos que le unían a la Virgen Santísima:

¡Oh admirable y amabilísima María! (...): no me maravilla que hayáis querido ser la esposa del último de todos los hombres y del mayor de todos los pecadores, que se ha atrevido a escogeros,

(44) M. Olier: «La vie intérieure de la Très Sainte Vierge». (Capítulo XVI. París, 1875.)

(45) A. de Bretonvilliers-L. Tronson: «L'esprit de M. Olier». (L. IX. París, 1896; t. I, p. 409. Cf. Ibíd., pp. 396-397.)

(46) Se citan a veces ciertos santos precursores de San Juan Eudes sobre este punto. Por ejemplo, San Roberto de Molesmes, fundador de «Cîteaux»; San Edmundo, arzobispo de Cantorbery; el «bienaventurado» Alain de la Roche, dominico bretón y predicador del Rosario en el siglo xv; pero faltan las fuentes históricas para asegurar la autenticidad de los hechos aportados por la leyenda.

desde los más tiernos años, para su única esposa, y consagraros enteramente su cuerpo, su corazón y su alma: es que queréis imitar la bondad infinita de vuestro Hijo Jesús, que se ha dignado ser el Esposo de un alma pecadora y miserable (...)

Como el esposo y la esposa deben quererse recíprocamente con amor sincero, constante y cordial, así tengo yo todas las pruebas imaginables, ¡oh mi bien amada!, de vuestras incomparables bondades hacia mí, y de modo semejante veis Vos el fuego y las llamas, las cordialidades y las ternuras de mi corazón para Vos (...).

Como el esposo y la esposa están obligados recíprocamente a asistirse y consolarse el uno al otro en sus enfermedades y aflicciones, mi deseo es el de servirlos, ayudarlos y consolarlos, en la posibilidad que Dios me dé, en la persona de los pobres, de los enfermos, de los afligidos, en los cuales yo os veré como la madre en sus hijos. También os suplico, ¡oh mi bien!, que me asistáis, y me protegáis, y me sostengáis en todas mis necesidades corporales y espirituales.

Como el esposo y la esposa no deben tener más que un corazón y un alma, haced también, si os place, ¡oh Reina de mi corazón!, que yo no tenga más que un alma, un espíritu, una voluntad y un corazón con Vos. A este efecto, quitadme el corazón y dadme el vuestro (...).

He aquí las condiciones del contrato de santa alianza que me habéis inspirado realizar con Vos, ¡oh Reina del cielo!, como con la santísima esposa de mi espíritu y de mi corazón (...) (47).

(47) El texto íntegro de este «Contrat d'Alliance» se encuentra en las «Oeuvres choisies de Saint-Jean Eudes». (Ed. Ch. Lebrun. París, 1934; t. V, pp. 433-443.)

Los santos tienen todas las audacias. Sin embargo, no hay por qué escandalizarse de ellas; hay que comprender el alcance de sus expresiones. Si admitimos, en efecto, con los Padres (48) y la Liturgia (49), que las almas consagradas puedan ser llamadas «esposas de Cristo», y con la tradición y la liturgia (50) reconocemos en María la Esposa amadísima de Nuestro Señor, nadie podrá admirarse desmesuradamente de ver a los santos dar este mismo nombre a la Virgen Santísima para designar la naturaleza del lazo que con Ella les une. Lo que interesa entender bien es que en sus labios o en su pluma este nombre no evoca otra cosa que la caridad que les une con Nuestra Señora, de la misma manera que el nombre de *amigo* no designa otra cosa que el lazo de caridad que ata el Sacerdote a Nuestro Señor: los términos usurpados al lenguaje del matrimonio o de la amistad no han sido elegidos más que para hacernos adivinar, por medio de analogías humanas, la divina tras-

(48) Cf. Th. Camelot, O. P.: «Virgines Christi. La virginité aux premiers siècles de l'Eglise». (París, 1944; p. 55, en la «Vie Spirit.», t. LXX, pp. 113-124.) En el siglo III, en Tertuliano, encontramos por primera vez esta expresión.

(49) Cf. Th. Camelot: «Virgines Christi. La virginité aux premiers siècles de l'Eglise». (París, 1944; p. 55.) Donde el autor cita el prefacio de la consagración de las vírgenes, que se encontraba ya en el Sacramentario leonino (siglo VI), que ha sido conservado en el Pontifical romano y se utiliza todavía en nuestros días, en ciertos monasterios. (Cf. *Ibid.*, p. 45.) En donde la consagración de las vírgenes no tiene lugar, el ceremonial prevé el canto de textos litúrgicos análogos: «Veni Sponsa Christi», por ejemplo.

(50) Cf. *Infra*, p. 97.

cendencia de la unión efectuada por la caridad para con el prójimo, lo mismo que por la caridad para con Dios.

Sin embargo, se impone una reserva en el empleo de estas palabras, sobre todo de las que designan las relaciones más íntimas del Sacerdote y la Virgen Santísima. Es sumamente conveniente conformarse con el lenguaje común y no hacer de una palabra, escapada al fervor de algunos santos, la expresión única que ha de definir de modo exhaustivo la naturaleza de estas relaciones. Basta al Sacerdote saber que la caridad establece entre María y él una verdadera amistad, para que él comprenda todo lo que esto trae consigo de intimidad con Ella, en y por Jesucristo: esta caridad es la que ardía en el Corazón de Nuestro Señor para la Virgen Santísima, y que el Sacerdote hace suya para continuar en la tierra esta amistad santa. ¿Acaso todo el secreto de la vida mariana del Sacerdote no está aquí?

Por otra parte, es todo simplicísimo: el Sacerdote ama a la Virgen Santísima y se deja querer por Ella. Se da a María y María se le entrega a él.

La Virgen Santísima—escribe el bienaventurado Grignon de Montfort— se da toda entera y de una manera inefable al que se le entrega totalmente. Ella le hace sumergirse en el abismo de sus gracias. Del mismo modo que esta persona consagrada es toda de María, María es toda de ella, de suerte que puede decirse de este perfecto servidor

e hijo de María lo que San Juan Evangelista dice de Ella misma: *Accepit eam discipulus in suam*. (Juan 19, 17.) (51).

De este don mutuo nace una compenetración recíproca, esta *mutua inhaesio* que Santo Tomás nos ha enseñado a considerar como el fruto más puro de la amistad (52): el Sacerdote vive en María y Ella vive en él, ¿qué es sino amar, sino desear para el bien amado todo el bien de que se es capaz? (53). Amar a la Virgen Santísima es complacerse en la felicidad que posee y desear que su gloria aumente. Pero al desear así el bien de nuestros amigos, llegamos a vivir del mismo, en cierto modo con ellos, entristeciéndonos y alegrándonos de todo lo que les toca, como si hubiéramos sido introducidos en su vida. Esto sucede con el Sacerdote: a medida que conoce y ama cada vez más a la Virgen Santísima, participa más profundamente de todas sus alegrías y de todos sus sufrimientos, olvidando, por así decir, todo lo que es personal, para no interesarse más que por Ella y por todo lo que le toca para la mayor gloria de Dios. Como los que aman en la tierra, no vive ya en sí mismo: vive en Ella y por Ella; y a la inversa, posee a María en su corazón, la guarda como un tesoro, y no deja de pensar en Ella y de darle su amor: la

(51) L. M. Grignion de Montfort: «Traité», n. 144.

(52) Cf. Santo Tomás, I-II. q. 28. a. 2; citado anteriormente.

(53) Es la definición del amor dada por Aristóteles, recogida por Sto. Tomás: «Amare est velle bonum alicui.» (1.^a q. 20. a. 2. Cf. II-II. q. 27. a. 2. ad. 1.)

Virgen Santísima es la sola criatura a la cual él puede dar totalmente entrada en su corazón. Como dice el bienaventurado Grignon de Montfort: «Ya no es el alma la que vive: es María quien vive en ella, o el alma de María, por así decirlo, viene a ser su alma.» (54)

Así, en los momentos preciosos en que el Sacerdote vive verdaderamente esta unión de amor, puede llegar a experimentar esta presencia íntima de la Virgen Santísima. Algunos santos Sacerdotes han confiado que ellos habían conocido «esta unión mística con María» (55), en particular, M. Olier (56), San Juan Eudes (57), el Venerable Cestac (58) y el Padre Chaminade. Este último decía que «hay un don de presencia habitual de la Virgen Santísima, como hay un don de presencia habitual de Dios, rarísimo, es verdad, pero accesible a una gran fidelidad» (59).

Esta presencia de la Virgen Santísima no consiste solamente en el hecho de tenerla nosotros

(54) Bdo. L. M. Grignon de Montfort: «Le secret de Marie». (N. 55. París, 1930.)

(55) Cf. É. Neubert.: «L'union mystique à la Sainte Vierge», en la *Vie Spir.* (L. 1937; pp. 25-29.)

(56) Cf. *Infra*, p. 110.

(57) Cf. Herambourg («Le R. P. Jean Eudes, ses vertus». Capítulo XLIII. París, 1869; pp. 527-673): «Tan pronto como Ella se acerca a mí, pierdo por algún tiempo el uso de mis sentidos; entonces Ella me llena de muchísimas ternuras por los distintos nombres que se digna darme, de hijo, de servidor, y algunas veces de padre y esposo. Ella tiene por mí bondades inexplicables.»

(58) Cf. P. Bordarampé: «Le Vénérable Ed. Cestac, sa vie, son oeuvre». (París, 1925; p. 458.)

(59) P. Chaminade: «Retraite de 1824». (Cuarta conferencia; notas de M. Langeay, citadas en «L'esprit de notre fondation») (Société de Marie); t. I, p. 173.)

en nuestro espíritu y en nuestro corazón por el pensamiento y por el amor. Como observa Santo Tomas, «el amor basta para constituir la unión afectiva, pero arrastra a desear la unión efectiva que se realiza por la presencia del ser amado» (60). El que ama a la Virgen Santísima y la conoce de esta manera en la fe, quisiera acercársele cada vez más, encontrarse, efectivamente, en su presencia.

¿Qué hace falta para que nosotros estemos en la presencia de María? Santo Tomás nos lo enseña cuando declara que «alguien está presente a otra persona, cuando cae bajo la mirada de aquélla» (61). Ahora bien; la Virgen Santísima, como Nuestro Señor en su Santa Humanidad, no cesa de vernos de lo alto del cielo. Estamos, pues, presentes a la Virgen Santísima, y, por consiguiente, podemos decir que está presente en la medida en que nosotros creemos que Ella nos ve. Esta presencia en la fe, sin duda alguna es bien poca cosa en comparación de la presencia de que gozaremos en el cielo. Sin embargo, constituye una prenda preciosa de lo que será la visión de nuestra Madre y la *conversatio* eterna que con Ella tendremos.

Además, si nosotros no vemos a la Virgen Santísima en la tierra, podemos sentir los efectos de su acción sobre nosotros, puesto que, sin desplazarse, efectivamente María está allí donde

(60) Cf. Santo Tomás. (I-II. q. 28. a. I, c. 2 y ad. 2.)

(61) Id. (I.^a, q. 8. a. 3. ad. 2.)

ejerce su acción maternal. Distribuyendo las gracias divinas como Mediadora universal, la Virgen Santísima obra desde el cielo y sin intermediarios, en el alma de sus hijos. Indudablemente esta acción en sí misma, siendo puramente espiritual, no es sentida por aquel que la recibe; pero es un hecho muy consolador el que las almas que se prestan dóciles a esta acción de su Madre, reciban con frecuencia una gracia muy suave y muy fuerte, que les hace experimentar esta virtud maravillosamente eficaz de la Virgen Santísima. Por los efectos que María produce en la más profunda intimidad, estas almas tienen conciencia de que Ella está allí. Cuando alguien preguntó al Venerable Cestac si él veía a la Virgen Santísima, le respondió:

No, yo no la veo; pero la siento como siente el caballo la mano del jinete que le conduce (62).

No obstante esta presencia «virtual» de María, no produce los mismos efectos en los simples fieles que en los Sacerdotes, porque la acción de la Virgen Santísima sobre éstos no consiste solamente en el ejercicio de su maternidad, como en todos los cristianos, sino también en la ayuda eficaz que se manifiesta sobre todo en la Misa y en la oración. De esta forma, el Sacerdote que experimenta esta acción de María en su alma, adquiere una conciencia cada vez más viva y profunda de la misión complementaria que Ma-

(62) P. Bordarampé: «Le Vénérable L-Ed. Cestac, sa vie, son oeuvre.» (París, 1925; p. 458.)

ría ha de tener junto a él, como la tuvo junto a Cristo Sacerdote. Y, por consiguiente, experimenta su identificación con Nuestro Señor en los actos de su Sacerdocio y la intimidad a la cual está llamado con su Sagrado Corazón. De esta forma, esta presencia de la Virgen Santísima provoca en el Sacerdote un aumento de su amor por María, e indirectamente un aumento de amor por el mismo Jesucristo.

TERCERA PARTE

La Virgen Santísima y el ministerio sacerdotal

CAPITULO V

La Virgen Santísima y el ministerio de Cristo Sacerdote

La Virgen Santísima no ha participado solamente de la Pasión, consolando el Corazón de Nuestro Señor con su presencia, sino que ha cooperado realmente a la Redención. En el Calvario María es la Esposa de Cristo, pero es también nuestra Madre; Ella nos ha dado a luz participando en el Sacrificio redentor ofrecido por el Sumo Sacerdote.

No obstante, en la Cruz, esta maternidad espiritual no ha hecho más que empezar. Sólo en el cielo obtendrá toda su extensión después de la Asunción. Porque María no ha colaborado solamente en la adquisición de las gracias, que son el fruto de la Pasión: ha cooperado también, y coopera todavía, en la distribución de todas estas gracias: después de haber sido Esposa es Reina, y participa así en la realeza sacerdotal de Cristo.

I. — La fecundidad de la Virgen Santísima en la Cruz

¿Pero es exacto que María no ha llegado a ser nuestra Madre más que en el Calvario? ¿No tiene derechos sobre nosotros desde el día de la Anunciación? Aceptando por su *Fiat* el ser Ma-

dre del Redentor, María consiente ya en colaborar a la obra de regeneración espiritual, que había sido decretada por el Amor Infinito y que debía ser efectuada por Cristo. Es, por tanto, bien cierto que desde la Anunciación, María es nuestra Madre, porque si bien ha sido el Amor Infinito de Dios el que nos ha dado a Cristo Jesús, este amor ha querido pasar todo entero al Corazón de María, a fin de que por un acto de su voluntad, el amor de María nos dé a nuestro Salvador.

Aplicando a este misterio la gran doctrina del Cuerpo Místico, San Agustín escribirá que María ha concebido el Cuerpo Místico concibiendo el cuerpo físico de Cristo. Llega a ser Madre de los miembros, aceptando el ser Madre de la Cabeza. (1). Pero San Agustín explica de qué manera ha sido constituida en aquel momento nuestra Madre: «Ha cooperado, por su amor, a que los fieles nazcan como miembros de Cristo.» En el fondo, es este *Fiat* de la Anunciación el que ha decidido toda la vida de la Virgen Santísima, porque no ha sido revocado jamás y ha sido mantenido por una caridad ardiente. María jamás olvidó, como tan frecuentemente hacemos nosotros, lo que le había dicho a Dios. Su resolución de colaborar al plan redentor del Amor Infinito era irrevocable, y no podía sino fortalecerse a me-

(1) «Illa una femina... mater est et virgo... mater membrorum ejus quod nos sumus, quia cooperata est caritate, ut fideles in Ecclesia nascerentur qui illius membra sunt...» (San Agustín. De Virg., 6.)

dida que se iban desvelando delante de sus ojos las consecuencias de la Encarnación. Participaba cada vez más del querer divino de salvarnos a todos. «Propter nostram salutem descendit de coelis, et incarnatus est» (2).

Podemos, por tanto, decir con toda verdad que somos hijos de su Corazón. No somos ciertamente, como Jesús, fruto de sus entrañas: «fructus ventri tui»; pero somos, como El, el fruto de su *Fiat* y de su consentimiento voluntario a la voluntad de Dios, el fruto de su Corazón.

En la Anunciación, la maternidad espiritual de María, en relación con nosotros, no es, si es lícito hablar así, más que una maternidad radical, exactamente como Cristo, en este momento; no es más que radicalmente el autor de nuestra salud. Ciertamente, el acto de Amor Infinito, por el cual el Verbo se ha encarnado, ha suscitado inmediatamente en el alma santa de Cristo un acto de oblación que habría ya bastado para rescatarnos. Este primer acto de amor del Corazón de Jesús durará a lo largo de los treinta y tres años de su existencia terrestre, sin distraerse jamás de la finalidad que persigue, y que es la salvación de todos los hombres. Y este mismo amor es el que se convertirá, en la hora de la Pasión, en alma del sacrificio redentor, en el acto más íntimo de Cristo Sacerdote, y la fuerza escondida que empujará a Jesús a verter su Sangre el Viernes Santo.

(2) Credo de la Misa.

No es, pues, en el seno de María, donde Jesús nos ha salvado y engendrado para la vida eterna, sino sobre la Cruz. El sacrificio redentor es un acto sacerdotal que Jesús, Sumo Sacerdote, ha ofrecido, entregándose a Sí mismo a su Padre como una hostia sangrienta.

De aquí resulta que la Virgen Santísima no será verdadera y plenamente Madre nuestra más que en el Calvario. Lo mismo que para Cristo y en unión con El, esta unión de amor con la voluntad divina es la que le conducirá hasta el Calvario y que será en aquel momento el motor íntimo de todos sus actos. Y entonces, y sólo entonces, Ella nos dará a luz en la gracia.

En una palabra, María formalmente es nuestra Madre en el momento en que Jesús cumple el acto formal de nuestra salud en el Gólgota.

Por otra parte, ¿no es entonces cuando Jesús, de lo alto de la Cruz, confía María a San Juan, que nos representa a todos, diciendo al Apóstol amado: *Ecce Mater tua*, y a su propia Madre: *Ecce filius tuus?* (3).

Todo en la vida de María está ordenado, efectivamente, a la Compasión, así como todo en la vida de Cristo está ordenado a la Pasión. Del mismo modo que Jesús ha sido predestinado por el Amor Infinito para ser el Redentor del género humano, María ha sido predestinada para ser la Corredentora; digamos mejor: el mismo decreto que ha decidido que la salud del mundo fuera

(3) Ioan., XIX, 26-27.

obrada por el sacrificio del Gran Sacerdote, ha decidido que a este sacrificio salvador estuviera unida de modo especialísimo la Santísima Virgen María.

Intentemos ahora precisar de qué modo la Virgen Santísima es Corredentora.

La Pasión de Cristo puede ser considerada desde diferentes puntos de vista, cada uno de los cuales permite contemplar un matiz nuevo de esta maravilla, suscitada por el Amor Infinito, que es este acto único del Sagrado Corazón.

La Pasión es ante todo un sacrificio de Cristo Sacerdote, del mediador único entre Dios y los hombres. Jesús se ofrece víctima de amor a su Padre y por toda la Humanidad.

Y este sacrificio tiene un valor infinito como satisfacción y como mérito: repara todos los derechos de Dios, lesionados por el pecado, y nos merece todas las gracias, de las que tendremos necesidad hasta el fin de los tiempos, para sacarnos del pecado y para obtenernos la salvación eterna. Verdaderamente, en la Cruz, Jesús es el Mediador divino; Sacerdote en toda la acepción de la palabra, al mismo tiempo que Salvador de toda la Humanidad.

Nuestro Señor puede hacer todo esto porque es Dios y Hombre. Cabeza del Cuerpo Místico, toma sobre Sí toda la naturaleza humana con

sus miserias, y verdadero Hijo de Dios, igual al Padre, tiene en Sí todos los tesoros del Amor Infinito, para derramarlos sobre nosotros. No hay más, pues, que un solo mediador, y no puede haber más que uno: *Unus mediator Dei et hominum homo Christus Jesus*, dice San Pablo (4).

¿Cuál será, pues, la misión de la Virgen Santísima en la Pasión?

Ninguna otra, junto a Cristo, más que la de una «ayuda semejante a Sí mismo», como dice San Alberto Magno. Porque María, en el Calvario, no es formalmente Sacerdote, sino la asociada del Sacerdote Soberano (5).

Por su unión de caridad con Cristo, Ella colabora a la Redención; por su Corazón Inmaculado, Ella es nuestra Madre, como por su Corazón sacratísimo nos engendra Jesús a la vida. La Iglesia ha nacido, dicen los Padres, del costado de Jesús: *et continuo exivit sanguis et aqua* (6).

El mismo lo decía a Santa Brígida, hablando de la Virgen Santísima:

Su Corazón era mi Corazón, y por esto puedo decir que mi Madre y Yo hemos salvado al hombre como un solo corazón: Yo, sufriendo en mi corazón y en mi carne; y Ella, por el dolor del corazón y del amor (7).

(4) I. Tim II, 5.

(5) «Beata Virgo Maria non est assumpta a Domino in ministerium sed in consortium et adiutorium simile sibi.» (San Alberto Magno. *Mariale*, q. 42.)

(6) Ioan., XIX, 34.

(7) Santa Brígida. (*Revel.* III.)

El mismo San Alberto Magno decía:

En la Pasión (María) fué ayuda de la Redención y Madre de la regeneración. Allí fué hecha Madre espiritual de todo el género humano, por su fecundidad espiritual... (8).

Si ella coopera a la Redención en el Sacrificio del Calvario, no es, pues, más que en Cristo y por Cristo.

El precio, sin embargo, con el cual rescata Ella a las almas —ya que redención significa rescate—, es la Sangre de su Hijo, ciertamente; pero esta divina Sangre es también su propia Sangre, porque la Víctima que ofrece al Padre es su propio Hijo. No hay más que una hostia, porque no hay más que un sacrificio. María no ha sacrificado, pero ha colaborado al sacrificio de Cristo. Se ha unido por la caridad al ofrecimiento y a la inmolación de Jesús. *Habuit officium ejusdem hostiae sistendo ad aram* (9).

Además —como dice Pío X—, María ha merecido de *congruo* todo lo que Cristo ha merecido para nosotros de *condigno* (10). Dicho en otras palabras: todas las gracias que Jesús ha merecido por nosotros, en justicia, según su derecho

(8) «Tempore passionis ubi mater misericordiae, Patri misericordiarum in operatione summae misericordiae affuit et consors passionis, adjutrix facta est regenerationis; unde ibi propter foecunditatem spiritualem qua totius generis humani mater spiritualis effecta est, non sine parturitione doloris omnes nos in vitam aeternam in Filio suo et per Filium vocavit et regeneravit.» (San Alberto Magno. *Mariale*, q. 29. a. 3.)

(9) Pío X: «Ad diem illum».

(10) «Maria de congruo promeretur nobis, quae Christus de condigno promeruit.» (Pío X: «Ad diem illum».)

estricto, obtenido a cambio de su Sangre, María las ha merecido por nosotros en derecho de amor; es decir, según un poder que Dios le ha concedido de disponer de los tesoros de su Amor Infinito, en virtud de su unión de caridad con Cristo.

Mas estos méritos le pertenecen a Ella, porque son los derechos del amor —*jus amicabile*—, que la Virgen Santísima podrá hacer valer ante Dios para la salud de sus hijos.

Cuando nosotros, pobres pecadores, rogamos por nuestros hermanos, y hasta cuando los más grandes santos de aquí abajo interceden por las almas, todos suplicamos al Amor Infinito que se derrame sobre estas almas, pero no podemos exigir de Dios que nos dé estas gracias. Cuando un pobre viene a llamar a nuestra puerta para mendigar un bocado de pan, no puede exigir este pan como un derecho: apela a nuestra misericordia. Mientras que cuando el obrero se presenta a su patrono el sábado, para cobrar su jornal, puede exigir un derecho, y el pan que dará a sus hijos le pertenecerá con toda justicia. Se lo ha merecido: *meritum est jus ad praemium*.

Cuando María pide una gracia para sus hijos, puede exigirla, tiene un derecho a ella, aunque este derecho le haya sido dado simplemente en virtud de su unión de amor con Jesús. Verdadero mérito, aunque de *congruo*; mérito esencialmente dependiente del de Cristo y fundado sobre las relaciones de caridad con El.

Así, de cualquier lado que se considere la Pasión de Jesús, María no ha tenido más que una misión de asociada, de colaboradora, de Esposa. Es mediadora, ciertamente; pero como una ayuda, al lado del Mediador, del Sumo Sacerdote, mucho más que como una intermediaria entre Jesús y nosotros.

Veremos ahora mismo que esta misión de abogada de pecadores, junto a Nuestro Señor, no queda excluída; pero más en la distribución y aplicación de los frutos de la Redención, que en su adquisición, es donde María realiza su papel de «Mediadora ante el Mediador», del que se hace mención en la oración de la fiesta de María Mediadora.

No obstante, es algo inaudito que, aun reducida a este simple papel de asociada, de *consors passionis*, una simple criatura haya podido cooperar a la obra más grande del Salvador: la liberación y la restauración del género humano.

La señal más cierta de esta colaboración es que la Virgen Santísima ha merecido realmente para nosotros, *de congruo*, con verdadero mérito de conveniencia, todo lo que Cristo ha merecido en estricta justicia. Jamás meditemos lo bastante esta verdad, por ser ella la base de toda acción que pueda ejercer la Virgen Santísima sobre nosotros. Ella ha merecido todas las gracias de conversión y de salvación que podamos necesitar para llegar a la vida eterna, el don precioso entre todos, de la gracia santificante y de

la amistad divina; todas las gracias actuales que nos serán dadas en el curso de nuestra vida para sostenernos, para evitarnos caer, o para levantarnos cuando hayamos caído; todas las gracias de docilidad al beneplácito divino y de amistad con Dios, presente en nosotros; todas las gracias actuales, pues, pero también —hay que llegar hasta aquí— todas las gracias sacramentales, gracia de nuestro Bautismo y de nuestra Confirmación, gracia de nuestro Sacerdocio y de nuestras Misas cotidianas, gracia de nuestras confesiones y, en fin, la gracia que esperamos recibir de la Extremaunción y de la buena muerte.

María es, ciertamente, nuestra Madre. No es únicamente la que ha traído, una vez por todas, al autor de la gracia y que ha permitido que pudiera realizarse nuestra Redención. Es la que ha adquirido, desposándose con Cristo crucificado, todos los derechos maternales sobre nosotros.

Ella nos ha amado a todos en la Cruz, aunque no nos haya sin duda visto a todos entonces, porque estaba bajo el régimen de la fe. Pero en Cristo, Ella ha conseguido la posibilidad de querernos a todos y nos ha querido en el orden mismo en el que Jesús nos amó. El Sanedrín y Pilatos, los verdugos y el populacho, el mal ladrón y Judas, el buen ladrón y San Pedro, María Magdalena y San Juan, a todos ellos les ha querido como una madre, porque Jesús les amaba; pero también ha amado

tiernamente a los que consolaban a Jesús por su buena voluntad, por su contrición o por su fidelidad.

II.—La realeza de la Virgen Santísima y la acción santificadora de Cristo

Si Cristo ha terminado su obra sobre la tierra, adquiriendo un derecho de valor infinito a las gracias necesarias para salvar a todos los hombres, es necesario todavía que los hombres vengán a buscar este tesoro de su Corazón. Hace falta que se dejen aplicar los frutos de la Pasión y se salven realmente, y hace falta también que Jesús les ayude en ello con la colaboración de María.

Esta misión de Jesús es también una misión sacerdotal. El Sacerdote no tiene solamente la función de ofrecer el sacrificio a Dios —aunque sea éste su oficio principal—; debe, además, comunicar a las almas, a cada una de las almas que le están confiadas, las gracias divinas. La mediación universal de Cristo se desarrolla en una doble vía: una que sube hacia el Padre, para obtener el poder de salvar a todos los hombres, y otra que desciende del Padre, para aplicarles los méritos obtenidos. Asimismo, decir que María es Mediadora de todas las gracias no es afirmar únicamente que nos ha merecido por su Compasión todo lo que Jesús ha adquirido para nosotros por su Pasión; es, además, creer que María es, con Cristo, la dispensadora de todas

las gracias venidas del Padre y concedidas a cada una de nuestras almas.

Pero para entender bien en qué consiste la función que Jesús y María ejercen entre nosotros desde el cielo, conviene hacer aquí otra consideración que acabe de darnos la inteligencia de este misterio de Amor Infinito para cada uno de nosotros: Jesús no es solamente nuestro Sacerdote, es nuestro *Rey*; y María no es solamente nuestra Mediadora, es nuestra *Reina*. Su poder no es tan sólo un poder de intermediario entre Dios y los hombres: es un poder de jurisdicción muy real sobre nuestras almas, un poder que les ha sido dado a fin de disponernos mejor a recibir las gracias divinas y a aprovecharnos plenamente de ellas.

Nuestro Señor es, en efecto, la Cabeza del Cuerpo Místico: la personificación viviente del ideal hacia el cual tienden todos los hijos del reino de Dios, todos los miembros de su Cuerpo; es El el maravilloso conductor de los hombres, que les instruye, que les congrega, les atrae a Sí, les une en torno de Sí, a fin de regirles y de hacerles llegar a su dicha eterna. Establece el orden en esta sociedad espiritual, disponiendo de los beneficios de Dios, que El ha adquirido con su Sangre, según un plan destinado a asegurar su reino eterno —la Jerusalén celestial—, la plenitud del esplendor y de la felicidad. Por esto dispone de un poder real. Tiene la facultad de decretar leyes; de imponer su voluntad a los súbditos,

que deben obedecerle; sanciona sus acciones recompensando a los buenos y castigando a los culpables, y lo hace con justicia y misericordia, teniendo en cuenta la debilidad de los hombres que gobierna. Nuestro Señor, en fin, como verdadero Rey, defiende su reino contra sus enemigos, especialmente contra Satanás y sus satélites, y conduce a sus fieles a conquistas siempre nuevas, aumentando así y embelleciendo su reino hasta el fin de los tiempos.

Nuestro Señor ejerce esta realeza con una autoridad desconocida por los soberanos de la tierra. Estos no pueden gobernar a los hombres más que por fuera, mientras que Cristo tiene poder sobre las conciencias, es maestro de las inteligencias, capaz de iluminarlas por dentro. Es Rey de los corazones, y puede transformarlos y atraerlos al cumplimiento de su voluntad. Es el maestro de nuestra salud y de nuestro cuerpo, disponiendo de todo en nosotros, como le place. En una palabra, es un Rey todopoderoso, un Rey que gobierna según su beneplácito.

Sin embargo, Jesús no violenta las almas; muy al contrario, suplica, espera de nosotros que consintamos en su amor, que aceptemos entrar en su reino. Porque Jesús no reina más que por el amor. Ha venido para salvarnos, y no puede salvarnos sin nosotros, sin nuestra adhesión. He aquí por qué Nuestro Señor nos gobierna con tanta dulzura y ternura, como un buen pastor

conduce a sus ovejas, como un padre dirige a sus pequeñitos.

Y he aquí por qué ha querido también Nuestro Señor tener a su lado a su santa Madre. Para vencer nuestras resistencias y recabar de nosotros una plena adhesión a su voluntad divina, para hacernos doblar la cabeza y levantarnos cuando hemos caído, para hacernos tocar con nuestras propias manos la ternura maternal de Dios mismo, es precisa una madre.

La Virgen Santísima es Reina porque Jesús es Rey, y Ella no es Reina más que en y por Cristo Rey. Pero es totalmente Reina, disponiendo del poder real en el cielo, lo mismo que Cristo dispone de él.

Con El gobierna la Iglesia y ordena a su fin último, disponiendo de gracias divinas que ha adquirido con El en el Calvario y distribuyéndolas según el bien de las almas y según el orden general del Cuerpo Místico (11).

Su santidad personal la pone tan alto, por encima de todos los santos, que los domina por su plenitud de gracia como por su rango de Madre y Esposa de Cristo.

Todos los santos le deben su santidad, después de deberla a Cristo, y todos los ángeles la reconocen por Reina. Séanos permitido citar un texto de San Bernardino de Siena, que resume admirablemente esta doctrina:

(11) Cf. San Alberto Magno: «Ipsa enim ejusdem regni regina est cujus ipse est rex.» (*Mariale*, q. 43. a. 2.)

Así como todo el valor divino, todo el ser, el poder, la ciencia y el querer divino se encontraban encerrados en el seno de la Virgen, yo no dudo en decir que ésta tiene una cierta jurisdicción sobre la expansión de todas las gracias... La Madre de Dios obtuvo este derecho de ser llamada Reina de Misericordia. Y porque tal es la Madre del Hijo de Dios que produce el Espíritu Santo, todos los dones, todas las virtudes y todas las gracias de Este son distribuídas por sus manos a quien Ella quiere, cuando Ella quiere, como Ella quiere y en tanto Ella quiere (12).

El bienaventurado Grignion de Montfort replica así, a su vez, a esta afirmación sorprendente: «Dios Espíritu Santo ha comunicado a María, su fiel Esposa, sus dones inefables, y le ha escogido como dispensadora de todo lo que El posee. De suerte que distribuye a quien Ella quiere, en tanto que Ella quiere, como Ella quiere y cuando Ella quiere todos sus dones y sus gracias, y no se da ningún bien celestial a los hombres que no pase por sus manos virginales, pues tal es la voluntad de Dios que todo lo tengamos por María» (13).

(12) «Cum tota natura divina, totum esse, posse, scire et velle divinum intra virginis uterum exstiterit clausum, non timeo dicere quod in omnium gratiarum effluxus quandam jurisdictionem habuerit haec virgo, de cujus utero, quasi de quodam divinitatis oceano, rivi et flumina emanabant omnium gratiarum. Revera maternitas Dei hanc in mundo naturali jure obtinuit dignitatem ut Regina misericordiae merito nuncuperetur... Et quia talis est Mater Filii Dei qui producit Spiritum Sanctum, ideo omnia dona, virtutes et gratiae ipsius Spiritus Sancti quibus vult, quando vult et quantum vult per manus ipsius administrantur.» (San Bernardino de Siena. *Sermo in Nativ.*, c. VIII.)

(13) Bdo. L. M. Grignion de Montfort: «Traité», n. 25.

El Altísimo —dice todavía— le ha hecho insigne tesorera de sus tesoros y la dispensadora de sus gracias para ennoblecer, elevar y enriquecer al que Ella quiere, para hacer entrar a quien Ella quiere por el camino estrecho del cielo, para hacer pasar, a pesar de todo, al que Ella quiere por la puerta estrecha de la vida; para dar el trono, el cetro y la corona de Rey a quien Ella quiere (14).

San Pedro Damián había osado decir de Ella:

Ella no pide, manda. Señora, y no sirvienta (15).

Para comprender estos textos conviene recordar que es Dios quien hace querer eficazmente a la Virgen Santísima todo lo que El quiere que Ella desee por nosotros, en virtud de su unión de caridad con Cristo y con su Padre: «Como ayuda y Esposa —escribe San Alberto Magno— participa en el Reino, como ha participado en la Pasión» (16).

Dios puede decretar que ciertas gracias sean más especialmente concedidas a la plegaria de María, como la hagiografía nos lo demuestra tantas veces. Parece que puede decirse sin temeridad que la Virgen Santísima tiene entre todos los miembros del Cuerpo Místico hijos privilegiados, sus «esclavos de amor». Ama a todos los

(14) *Ibíd.*, n. 44.

(15) «*Non solum rogans sed imperans, domina non ancilla.*» (San Pedro Damián, *Sermo in Nativ.* 44.)

(16) San Alberto Magno, *Mariale*, 42: «Los pintores no encontraron indecente presentar a la Santísima Virgen mostrando al Padre los pechos que habían amamantado a Jesús, mientras que Jesús le recuerda sus llagas.» (Cf. M. Vloberg: «La Vierge et l'Enfant dans l'art français.») (Grenoble, 1934; t. I, pp. 92-98.)

cristianos, a todas las almas amadas por Cristo, pero ejerce un poder especial sobre los que consienten espontáneamente en su acción y que viven constantemente en unión con Ella y bajo su dependencia.

Además, parece verosímil a muchos teólogos que, en un punto al menos, la realeza de la Virgen Santísima no se ejerce como la de su Hijo: Jesús ha querido reservar para Sí el poder judicial, dejando a María la misión que es propia de las madres: la misericordia.

La Virgen Santísima no castiga, perdona siempre. Es el refugio de los pecadores. *Regina misericordiae, Refugium peccatorum.*

Pero vamos a ver la misión que ejerce en el Cuerpo Místico al lado del Sumo Sacerdote, sobre todo en el modo de su acción maternal.

Su función es una función maternal y subordinada a la de Cristo, Sacerdote y Rey. Obra como una madre, disponiendo al sujeto a recibir las gracias del Padre. No es causa de la gracia en nosotros.

En texto precioso que no hace mención de la Virgen Santísima, pero que nosotros podemos, sin duda alguna, aplicar también a Nuestra Señora, Santo Tomás enseña que al lado del Mediador único, y debajo de El, puede haber lugar para otros mediadores, subordinados, que obran

disponiendo las almas para la unión con Dios (17).

Pero, prácticamente, ¿cómo nos dispone la Virgen Santísima, como verdadera Madre, a la gracia divina?

Por su oración, y sin duda alguna, por su acción espiritual en nosotros.

La oración de María es soberanamente eficaz. Es la oración de una simple criatura, pero de una criatura que es la Reina del universo y la Madre de todos los hombres. Es la plegaria de una criatura que verdaderamente ha merecido, de antemano, todo lo que Ella pide a Dios. María reclama para sus hijos las gracias que Ella sabe necesitan, porque los ve, en el Verbo de Dios, su Hijo. Los ve en esta visión beatífica, que no le deja escapar nada de las miserias y desesperanzas de los pobres pecadores; de los deseos y del clamor de las almas de buena voluntad o de los santos de aquí abajo.

Por la oración, ante todo por su unión de caridad con Dios, obra María sobre nosotros. Podemos ir todavía más lejos y hablar de una acción real de María sobre nosotros, de una presencia espiritual de la Virgen Santísima junto a nosotros, de una «causalidad física e instrumental» de María, como dicen los teólogos.

(17) «Nihil tamen prohibet aliquos alios *secundum quid* dici mediatores inter Deum et homines, prout scilicet cooperantur ad unionem hominum cum Deo, dispositive vel ministerialiter.» (Santo Tomás, III.^a q. 26. a. 1.)

Las confidencias de Santos Sacerdotes, cuyos testimonios recogimos en los capítulos precedentes, y las de otras muchas almas piadosas (18), ¿no podrían orientarnos en este sentido?

Y después de haber afirmado, como nosotros lo hemos hecho más arriba, la realeza universal, bien que subordinada de María; después de haber dicho, con toda la tradición, que Ella es la Madre de la divina gracia, la Mediadora universal, ¿no será acaso minimizar su misión en nuestra santificación, reduciéndola a la sola «causalidad moral», de la oración? (19).

Los que temen enseñar la existencia de una «causalidad física» en María, se ven quizá frenados por una concepción demasiado unilateral de aquélla. Porque en modo alguno se trata de concebir la acción de la Virgen Santísima, al modo de la causalidad sacramental.

Basta recordar que entre María y nosotros existe un vínculo real que rebasa el carácter de lazo «moral», del pensamiento, del amor, y que

(18) Cf. E. Neubert: «L'union mystique à la Très Sainte Vierge», en *Vie Spirit.*, t. L, 1937. pp. 15-29. El autor cita frecuentemente a la monja de clausura María de Santa Teresa, de la que L. Van den Bossche ha traducido una parte de las obras en «L'union Mystique à Marie» (Cahier de la Vierge. París, 1936, II.) Habría podido citar también al director de esta mística, el Carmelita Miguel de San Agustín, que ha escrito una «Vie Marie-Forme», editada en apéndice de su «Introductio ad vitam carmeliticam», ed. G. Wesselo, Roma, 1926; pp. 363-389. (Cf. la traducción francesa en los «Etudes Carmelitaines» de 1931 y en «Le Carmel» de 1941 y 1942.)

(19) Cf. R. Garrigou-Lagrange, O. P.: «La Mère du Sauveur et notre vie intérieure», (Lyon, 1941; pp. 241-247.)

este vínculo es el que une a todos los cristianos entre sí en Cristo Jesús; es el vínculo que ata los miembros a la Cabeza, el vínculo del Cuerpo Místico, vínculo que resulta de la influencia constante que viene de la Cabeza y que pasa a los miembros, vínculo de gracias actuales y de la gracia santificante, vínculo que es el factor de una «virtus», de una acción de Cristo en nosotros.

Los teólogos admiten, siguiendo a Santo Tomás, que la Santa Humanidad de Cristo está unida a nosotros *per contactum virtutis*. Permanece en el cielo como en su lugar propio, pero desde el cielo obra sobre nosotros y nos toca a distancia, como la voz de alguien que nos habla por teléfono se nos hace presente por contacto *virtual*.

De esta forma parece poder explicarse la acción de la Virgen Santísima en nosotros y su presencia espiritual junto a nosotros. No abandona el cielo, sino que a distancia, como la Santa Humanidad de Cristo, y, además, por Ella y con Ella, María nos dispone a recibir las gracias de Cristo (20).

Gerson lo dice en términos propios:

Virgen Santísima, ¿no nos atreveremos a decir que estás presente? (...) No ciertamente con tus dimensiones corporales —aunque tu cuerpo glorioso pueda moverse en virtud de su agilidad—, sino por tu influencia espiritual sobre nosotros y

(20) Cf. R. Garrigou-Lagrange, O. P.: «La Mère du Sauveur et notre vie intérieure». (Lyon, 1941; pp. 251-255.)

por tu mirada vuelta con tanta misericordia hacia nosotros, que clamamos en este valle de lágrimas... (21).

María es nuestra Madre. No nos ve únicamente *in Verbo*, a fin de interceder ante el Padre por nosotros y en unión con su Hijo: también obra en nosotros con el Soberano Sacerdote, el Rey de nuestros corazones. Nos gobierna y nos conduce a Dios. Es la Reina de nuestros corazones, los posee y tiene todo el poder para conducirles al amor de Jesús. Un contacto de caridad se establece entre Ella y nosotros, ordenado totalmente a aumentar nuestra intimidad con Cristo.

El realismo del Cuerpo Místico y de la unión que existe casi «ontológicamente» entre Cristo y sus miembros, por el hecho de encontrarnos en estado de gracia —aun antes de cualquier acto que nos dé conciencia de este lazo, y antes de todo acto de caridad, que nos haga vivir como hermanos—, nos conduce a creer en el realismo de la unión entre María y sus hijos. Si María nos ama tanto, si Ella nos conoce a todos en la visión beatífica, si pide para cada uno de nosotros todo lo que necesitamos, ¿no es acaso porque existe, además de esta causalidad moral, un fundamento real o unión ontológica entre Ella y nosotros? (22).

(21) Gerson: «Sermo I de Spiritu Sancto». (Ed. L. Elliès du Pin. Anvers. 1706; t. III, col. 1234.)

(22) Para Santo Tomás, la unión del amor es causada por una connaturalidad ontológica, por la semejanza de las formas de ser. (Cf. I-II. q. 27. a. 3, y q. 28. a. 1.)

De este modo se explicarían las afirmaciones de la tradición y de la liturgia en particular, en los textos de la fiesta de María Mediadora de todas las gracias, concerniente a la acción de la Virgen Santísima en nosotros.

CAPITULO VI

La Virgen Santísima y el ministerio de los Sacerdotes

Llamada a colaborar en la obra de la salvación, María continúa esta cooperación con sus ministros. Les ayuda en su ministerio con una solicitud y una delicadeza incomparables. Es porque encuentra en ellos el Sacerdocio de Cristo.

I.—La unión de Cristo Sacerdote en el ministerio de las almas

Dice Santo Tomás que el Sacerdote tiene dos poderes: uno que concierne al Cuerpo real de Cristo, y el otro que ejerce sobre su Cuerpo Místico (1); pero añade que este doble poder es realmente sacramental: «Nosotros no somos más —dice— que ministros, instrumentos para transmitir las gracias que descienden de la Cabeza a los miembros por nuestro medio» (2).

¿No es esto decir que las almas cuya responsabilidad pesa sobre nosotros nos han sido realmente confiadas? Nosotros somos los pastores, los Padres; las conocemos por su nombre y las dirigimos; las engendramos en la vida espiritual y las resucitamos si la pierden; cambiamos

(1) Santo Tomás (Suppl. q. 36. a. 2.)

(2) Ibíd., q. 36, a. 3.

con una sola absolución toda una eternidad, y enseñamos palabras de vida y de perdón. En fin, ejercemos sobre ellas un poder mucho mayor que ningún otro soberano de la tierra, puesto que entramos en sus conciencias y las dirigimos. Sin embargo, este poder no es más que un poder ministerial, porque sus almas, en definitiva, no nos pertenecen (3). Son de Cristo, de Dios, y nosotros no somos más que servidores inútiles, instrumentos limitadísimos en sí mismos y muy débiles, pero eficaces por causa de El: *Dei adjuutores sumus* (4).

Por esto, debemos tener un inmenso respeto por las almas. No acapararlas. No imponerles nuestro modo de ser, ni abusar de nuestro poder, sino procurar discernir las intenciones de Nuestro Señor sobre cada una de ellas y conducir las según el querer de Dios.

En vez de insistir sobre el hecho de que las almas son del Sacerdote, la Madre Claret de la Touche escribía:

El Sacerdote es de las almas. Es su posesión como es la posesión de Cristo. Es de ellas; no se pertenece, pues, a sí mismo, y ya no puede vivir para él. Ha de estar todo entregado, consagrado a las almas. ¿No pertenece acaso la madre a su hijo? ¿No se debe totalmente a él? ¿Y acaso no tiene el derecho a todos los socorros que puede ella proporcionarle en su debilidad? (5).

(3) Cf. las páginas magníficas del R. P. P-Th. Dehau, O. P., en «Le Bon Pasteur». (París, 1942.)

(4) I. Cor., III, 9.

(5) L. M. Claret de la Touche: «Les Vouloirs de Dieu». (C. XI, p. 136).

En realidad, la razón profunda de esta dependencia mutua del Sacerdote y las almas es que el Sacerdote, tanto en su ministerio apostólico como en el altar, es una prolongación de Cristo. No es siempre un simple delegado que puede obrar, mientras que el que le envía está distraído, sino «*otro El*», un instrumento que no es sino una cosa con El; un «Cristo continuado», como dice la Madre Claret de la Touche.

El Sacerdote es una creación de Amor. Dios ha querido tanto a las almas, que les ha dado su Hijo único (...) Cuando Jesús debía subir a su gloria, Dios, en su amor, ha creado al Sacerdote para las almas, a fin de que hubiera siempre con ellos otro Jesús, para instruir las, consolarlas, absolverlas y amarlas. He aquí por qué los Sacerdotes deben querer tanto a las almas; es porque sólo por ellas, y a causa de ellas, es todo lo que es: otro Jesús (6).

Cristo resucitado y subido a los cielos ha querido volver sobre la tierra, en cierto modo, en el Sacerdote y unirse también por él, visible y exteriormente, a las generaciones sucesivas que pueblan los siglos... Dios se ha revelado al hombre por Cristo. Cristo continúa revelándose al hombre por el Sacerdote. El Sacerdote, después de Cristo, es, pues, una revelación visible y sensible de Dios a través de los siglos. Es una misericordiosa extensión del gran misterio de la Encarnación (7).

El Sacerdote es sólo instrumento del amor de

(6) L. M. Claret de la Touche: «Le Sacré-Coeur et le Sacerdote». (P. 166.)

(7) L. M. Claret de la Touche: «Les Voulours de Dieu». (Cap. XXIV; p. 129.)

Cristo por las almas. La señal viviente y única de la misericordia infinita de Dios por los hombres.

Es lo que, a su manera, enseña Santo Tomás:

Por estar colocado entre Dios y los hombres, el Sacerdote debe tocar a Dios por su oración y tocar a los hombres por su misericordia y Compasión (8).

De esta forma, suspendido entre el cielo y la tierra, el Sacerdote está donde está colocado el mismo Cristo, Mediador y Sacerdote único. Debe ser para los hombres el representante auténtico de la Misericordia y de la Compasión de Jesús. Por su actitud, y más todavía por su amor, debe hacer comprender a las almas el amor y la Persona misma de Nuestro Señor.

Es un hecho de experiencia que los fieles quieren ver en nosotros el reflejo de Cristo, y que se escandalizan cuando perciben en nosotros alguna cosa que no es compatible con la idea que se hacen de Cristo y cuando ven un gesto de dureza, algo de menosprecio o de intereses humanos, puesto que para ellos Jesús es, sobre todo, la misericordia, la paciencia y la bondad. Por el contrario, ¡cómo podemos hacer adivinar a los que se nos acercan algo de Cristo por nuestra indulgencia y nuestra delicadeza! La mayor

(8) «Debet esse medius inter hominem et Deum; sicut ergo per devotionem orationis debet tangere Deum tanquam unum extremum, sic per misericordiam et compassionem debet tangere alterum extremum, scilicet hominem.» (Santo Tomás, In Ep. ad. Hebr., V. Lect. 1.)

parte no medita con demasiada frecuencia los Evangelios, los hechos y gestos de Nuestro Señor. Por esto no tiene más representación viviente de Cristo que la que les da el Sacerdote que ven junto a ellos. Por esto es de la mayor importancia que nosotros sepamos, en el ministerio, ser retratos vivientes de Cristo Jesús.

El Sacerdote, sin embargo, no es solamente instrumento del amor de Cristo para las almas que le ven. Lo es también, en alguna forma, por sí mismo.

Nada nos hace comprender mejor la Persona misma de Nuestro Señor que nuestro ministerio. En la Misa, sin duda, entramos en las regiones más secretas del Corazón de Jesús, porque participamos de la ofrenda del mismo a su Padre que hace en la Cruz y renueva en nosotros; entonces participamos en estas relaciones íntimas del Hijo con el Padre; somos testigos de este acto de amor, que ha sido suficiente para pagar la deuda de la justicia infinita de Dios. Pero este misterio es tan sobrenatural, se realiza en regiones tan elevadas de nuestra alma, que corremos el peligro, siendo de carne y hueso, de no sentir por ello ningún estremecimiento.

Por el contrario, en el confesonario experimentamos, casi sensiblemente, esta acción misericordiosa de Cristo en nosotros; casi vemos, como los Apóstoles, los enfermos curados por

nuestra oración; al menos, si no vemos siempre el fruto de nuestra absolución, concebimos sin esfuerzo, por los sentimientos de compasión que experimentamos por las pobres almas que tenemos delante, cuál fué, o más bien cuál es actualmente, la misericordia infinita de Nuestro Señor por los pecadores, por este pecador que tenemos a nuestros pies. Cuando no sabemos qué aconsejar a un alma y no nos es dado consultar con un compañero, con un hermano nuestro, ¡cómo importa pedir luz al Cristo Sacerdote que hay en nosotros! ¡Y qué maravilloso es que podamos, siendo también nosotros unos pobres hombres, hablar a Dios de la eternidad de un alma que ha sido creada, que El ama y que nos ha sido confiada! Cuando, después de tantas absoluciones repetidas, las vemos volver con las mismas faltas, sin que parezcan haberse corregido en lo más mínimo, o bien cuando nos encontramos delante de un alma llena de orgullo, que desafía casi al Señor, y que nosotros estaríamos tentados de partir en dos, o de reclamar el fuego del cielo sobre ella, ¡cómo comprendemos la paciencia, la longanimidad, la indulgencia de Nuestro Señor! O todavía, cuando chocamos, como con un muro, con una de estas almas cerradas a la gracia, y que después de haberlo intentado todo para abrirla, después de haber pedido, después de habernos impuesto sacrificios para llenar esta alma de Cristo, debemos reconocer que nada hemos podido hacer, ¡cómo adivinamos enton-

ces el sufrimiento que Nuestro Señor debió experimentar en la Cruz, cuando vió esta misma alma resistir tan largo tiempo a su gracia y cuando vió todas las almas que se perdían, aun ofreciéndose y muriendo realmente por ellas!

¡Qué misterio que sus gracias queden estériles a consecuencia de nuestra mala voluntad, y cómo debemos entonces unirnos a su adhesión a la voluntad del Padre!...

Realmente, el ministerio es santo porque nos une al Corazón sacerdotal de Nuestro Señor; forma nuestro corazón a imagen del suyo; hace de nosotros buenos pastores que aman a sus ovejas y a sus corderos, y las conocen por sus nombres (9).

La caridad sacerdotal, la que nace de la gracia sacerdotal, en la gracia sacramental del Orden que hemos recibido, esta caridad tiene un modo particular, que no es el de la caridad de los simples cristianos y que nos hace amar a las almas como Cristo Sacerdote las amó. Pone en nosotros no solamente el ojo del Maestro, sino su mismo Corazón.

Quiero que digas a mis Sacerdotes que Yo les doy mi Corazón —decía Nuestro Señor a la Madre Luisa Margarita Claret de la Touche—; debo preparar el Reino de mi amor en el mundo, y por esto

(9) loan., X, 3, 14.

Yo quiero derramar en ellos una abundante efusión de amor (10).

Ver las almas como Cristo las ve; amarlas como El las ama; más todavía: ir a buscar en su Corazón, cada vez que debemos tratar un alma, este conocimiento y este amor divino, tal es el gran secreto de la fecundidad de nuestro ministerio sacerdotal, al propio tiempo que el de nuestra santidad personal.

Hay algunos tratados de espiritualidad que nos presentan como ideal de la vida espiritual la vida contemplativa, y presentan el ministerio como un mal menor, exigido por las necesidades de las almas. Y ¿acaso en nuestros Ejercicios no hemos tenido alguna vez la tentación de pensar en una vida en que la contemplación de Dios tuviere un lugar más importante?

No se trata, ciertamente, de despreciar la vida contemplativa y de tener en menos la importancia del tiempo consagrado a la oración. Pero posiblemente no será inútil recordar aquí un principio de Santo Tomás, que es a la vez muy consolador y singularmente exigente.

Por encima de la vida activa y aun por encima de la vida contemplativa, pone Santo Tomás la caridad, y todos saben que él entiende por caridad una verdadera amistad con Dios, unos deseos ardientes de la gloria y de los intereses de Dios.

(10) L. M. Claret de la Touche: «Les Vouloirs de Dieu». (C. VII, n. 28.)

Entregarse —dice— a la salvación del prójimo sufriendo algún daño en su contemplación, por amor a Dios y al prójimo, es señal de una mayor perfección de la caridad, que apearse de tal manera a la dulzura de la contemplación, que a ningún precio se le quiera dejar, ni por la salvación de las almas (...); pero esta perfección no se encuentra en la mayor parte de los que se entregan al servicio del prójimo, porque suele ser el disgusto de la vida contemplativa lo que les atrae hacia las cosas exteriores (11).

En efecto, ha de ser la sobreabundancia de nuestro amor a Dios lo que nos empuje a encargarnos de la salvación de las almas.

Si nadie nos pone sobre la espalda este peso —dice San Agustín en texto que cita con frecuencia Santo Tomás—, no podemos hacer otra cosa que entregarnos a la contemplación de la Verdad (12).

La caridad bien ordenada empieza por sí mismo: «¿De qué le sirve al hombre ganar el universo si pierde su alma?» (13).

El perder la consolación personal de la oración para darse a la salvación de las almas, debe ser

(11) «Intendere salutem proximorum cum aliquo detrimento contemplationis propter amorem Dei et proximi, ad maiorem perfectionem caritatis videtur pertinere quam si aliquis in tantum dulcedini contemplationis inhaereret quod nullo modo eam deserrere vellet, etiam propter salutem aliorum... quae tamen perfectio caritatis in plerisque proximorum utilitate vacantibus non invenitur, quos magis contemplativae vitae taedium ad exteriora deducit.» (Santo Tomás: «De perfectione vitae spiritualis»; c. 23. de Carit. a. 11. ad. 6.)

(12) San Agustín: «De civit. Dei». XIX, 39. Cf. Santo Tomás (II-II q. 182. a. 1, ad. 3.)

(13) Cf. Santo Tomás. (Quodl. 3. a. 17, ad. 6.)

únicamente con el deseo de hacer la voluntad de Dios y, por tanto, por amor a El (14).

Como dice San Pablo, hay que estar apresado entre el deseo de encontrarnos con Jesucristo y la necesidad de permanecer entre las almas que nos son confiadas (15).

¡Qué lejos está el apóstol de éstos a que alude Santo Tomás! —y son la mayor parte, por desgracia, *plerique*—; porque éstos abrazan el ministerio para huir del cansancio de la oración, *contemplativae vitae taedium ad exteriora deducit*.

La doctrina de Santo Tomás, como puede verse, es bien exigente para nosotros los Sacerdotes. Hemos visto más arriba que, según Santo Tomás, la perfección, la santidad y hasta una santidad superior al estado monástico, le es exigida al Sacerdote; y esto es verdad, sobre todo en razón del acto principal de nuestro Sacerdocio, que es la celebración de la santa Misa, pero también lo es —ahora se comprende fácilmente— por la naturaleza del ministerio apostólico.

Sin embargo, si es exigente la doctrina de Santo Tomás, es también muy consoladora, puesto que nos enseña que la caridad es lo que se nos pide, mucho más que la vida contempla-

(14) «Ex dilectione Dei videtur procedere quod homo, praetermissa propria consolatione, voluntatem Dei implere studeat in aliorum salutem.» (Santo Tomás, III, Sent. d. 35. q. 1. a. 4. ql. 12, ad. 2.)

(15) «Coarctor autem e duobus, desiderium habens dissolvi et esse cum Christo, multo magis melius; permanere autem in carne, necessarium propter vos.» (Phil., 1, 23.)

tiva: es el amor de Dios, el deseo de hacer su voluntad; es el beneplácito divino lo que debe ser la regla suprema de nuestra vida sacerdotal.

Y en definitiva, es nuestra unión, nuestra identificación con el Corazón sacerdotal de Cristo, con su amor por Dios y por las almas, lo que constituye nuestro ideal y aun toda nuestra razón de ser.

La misión del Sacerdote —escribe la Madre Claret de la Touche— es la de dar de nuevo a Jesucristo al mundo y de revelarle el Amor Infinito; pero nadie puede dar lo que no tiene. El Sacerdote deberá, pues, poseer a Jesucristo y el Amor. Debe impregnarse de Cristo, reproducirle, conformar su espíritu al espíritu divino de Jesús, su corazón a su Corazón Sagrado. Debe dejarse penetrar por el Amor, vivir en el Amor y que el Amor viva en El (16).

Tal es, pues, nuestra misión: continuar el ministerio de Nuestro Señor, ser Cristo para las almas que nos ven, ser como un sacramento de Cristo Sacerdote, un sacramento del amor infinito del Corazón sacerdotal de Jesús.

II.—La asistencia de la Virgen Santísima en el ministerio sacerdotal

Si Nuestro Señor se ha dignado tener necesidad de María en la obra de la Redención, es sin duda porque quería enseñar que no podemos prescindir de la asistencia de la Virgen Santísima en nuestro ministerio.

(16) L. M. Claret de la Touche: «Le Livre de l'Amour Infini». (C. VI.)

El primer acto del ministerio público de Jesús fué realizado por la oración de la Virgen Santísima: el milagro de las bodas de Caná. Ella anticipó el momento de revelarse Nuestro Señor, y lo hizo presentando a su Hijo las necesidades de esa buena gente: *vinum non habent*: «no tienen vino» (17).

Obtuvo, por su oración, la abundancia de las gracias del Espíritu Santo, que necesitaban los Apóstoles para ser columnas de la Iglesia, como una madre que pide en la víspera de la Ordenación de su hijo; de suerte que si los Apóstoles han podido hacer la obra gigantesca que hicieron, es gracias a la intercesión de María.

No hay ninguna duda de que Ella les asistió con su oración, durante los años que pasó en la tierra, junto a San Juan. Pedía y obtenía para ellos las gracias necesarias a su misión: las gracias de predicación, las gracias de conversión de los paganos, las gracias de los primeros testigos de la fe. Estaba, como una madre escondida, para velar en la fundación de la Iglesia.

Pero en el cielo su realeza no tiene obstáculos. Ella quiere y lo hace todo con Cristo Rey. En modo alguno limitada por el número o el espacio. Por esto pide por cada uno de nosotros, a fin de que nuestro ministerio sea fecundo. Nos obtiene luces y fuerzas que nosotros no habríamos tenido sin Ella, y que quizá nosotros mismos no habríamos pedido.

(17) Ioan., II, 1.)

Ejerce sobre nosotros una función especial, una misión que le es propia en razón de su maternidad y de su unión con nosotros. Nos enseña a ser no solamente Padres para las almas, directores que las guíen y maestros que les enseñen la Verdad, sino también a ser *madres*. Y esto es necesario, porque Dios no es solamente un Padre, sino también una Madre. Ha de ser eminentemente, el Sacerdote, todo lo que en la naturaleza aparece dividido entre varias personas.

Tal es el pensamiento que la Madre Claret de la Touche gusta desarrollar:

Nuestro Señor dijo un día a San Pedro: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.» Según la interpretación común, los corderos son los fieles y las ovejas los pastores. La oveja es madre, madre de los corderos. Los lleva siempre a su lado, los alimenta con su leche; los calienta y los guarda. El Sacerdote no solamente es padre de las almas: es también su madre. Debe tener para ellas el amor tierno y delicado de las madres. Su entrega hasta el sacrificio debe dar a las almas lo mejor de su substancia; substancia del alma, espiritual y purísima, calentarlas con las llamas del Amor Infinito, guardarlas del mal... Con esta sola palabra, «ovejas», Jesús lo ha dicho todo a los Sacerdotes (18).

Sin duda que el Sacerdote puede aprender de Jesús esta función maternal, porque Jesús es eminentemente Padre y Madre de las almas; pero la imitación de su Santa Humanidad nos lleva a

(18) L. M. Claret de la Touche: «Les Voulours de Dieu». (C. VII, pp. 101-102)

buscar en El las cualidades de Maestro y de Jefe como las de Padre de las almas, más que las de Madre. Y es porque El ha querido que tuviéramos una Madre y una Compañera para asistirnos en nuestras necesidades y para consolarnos con su presencia espiritual y también para darnos este complemento que faltaría a nuestro ministerio, si no procuráramos sobrenaturalizar en nosotros más que las cualidades viriles de nuestra naturaleza.

Es Ella la que nos da esta compasión inagotable para los que sufren, para los débiles, espíritu de sacrificio que se entrega sin parar en la fatiga o en la soledad. Es Ella la que nos enseña la delicadeza y el respeto de las almas. Ella, en fin, es la que nos enseña a aliar la simplicidad de la paloma y la prudencia de la serpiente.

Todo lo que en Eva hay de duplicidad o infantilismo, es en María magnanimidad y rectitud perfecta, al mismo tiempo que humildad superior. Sabe guardar silencio cuando conviene: prefirió callar antes de justificarse delante de San José, antes de la hora de Dios (19); pero sabe anticiparse cuando la gloria de Dios está en juego, como lo demuestra en las bodas de Caná (20). He aquí la verdadera prudencia cristiana, que juzga todas las acciones que hay que hacer, a la luz del fin, que es la voluntad de Dios y su gloria.

(19) Cf. Mat., I, 18-24.

(20) Cf. Ioan., II, 1-11.

Apoyémonos en Ella; pidámosle consejo con frecuencia. Podemos creer que Ella estará siempre presente de un modo invisible, con esta presencia de acción de la que hemos hablado ya, y que no le obliga a dejar el cielo, como la Humanidad de Jesús, y obra, sin embargo, en nosotros por la presencia de su virtud santificadora.

Finalmente, la Virgen Santísima nos enseña a llevar nuestra vida sacerdotal en unión con Dios, y también en esto ejerce Ella una misión particular, pues que Ella vivía en la tierra de la fe, como nosotros; la misma vida humana y cristiana que debemos vivir. Confiémosle nuestra vida de oración, a fin de que guarde nuestra vida recogida en medio de las ocupaciones, muchas veces aplastantes, de nuestra paternidad. Sabe Ella, mejor que nadie, cuán difícil resulta en estas ocasiones el conservar este contacto con Dios Nuestro Señor, ya que nosotros no podemos verlo. Roguémosle, sobre todo, que intensifique nuestra caridad, a fin de que nos entreguemos al bien del prójimo exclusivamente por el deseo de la gloria de Dios.

Entonces será verdaderamente la Santísima Virgen una Madre para nosotros y una Compañera dulcísima en la que nuestro corazón podrá descansar de las fatigas del trabajo apostólico, como lo fué para Cristo en su obra redentora.

III.—El Sacerdote, servidor de María

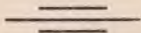
Si el Sacerdote tiene necesidad de la Virgen Santísima, Ella la tiene del Sacerdote. Nadie hay que deba admirarse de esto, puesto que el mismo Cristo ha querido tener necesidad de nosotros para continuar su acción sacerdotal en el mundo para aplicar los frutos de la redención en cada alma. En el orden actual de la Providencia, y salvo excepción individual, sin nosotros Cristo nada puede hacer para establecer su Reino en las almas. Nadie se admirará, pues, que la Santísima Virgen, que además no es Sacerdote en el sentido sacramental de la palabra, nada pueda sin los Sacerdotes.

Necesita de nosotros para establecer su reino, que es el reino de Cristo, con esta nota particular —misteriosa, pero innegable— de que Ella quiere tener sus hijos privilegiados, sus servidores. Espera que nosotros le demos almas, que la hagamos conocer a los fieles y que les enseñemos a entregarse a Ella. También en esto somos mediadores, intermediarios y lazos de unión entre María y las almas para mayor gloria de Cristo y del Padre. Del mismo modo que tenemos poder sobre el Cuerpo de Cristo y sobre su Cuerpo Místico, tenemos poder sobre la Santísima Virgen, pues que es Ella el miembro principal de este Cuerpo Místico. Usemos, pues, de este poder maravilloso que nos ha sido dado sobre su Corazón para darla a las almas, como

damos a las almas a Cristo y su Corazón sagrado.

En esto seremos verdaderos servidores de María, como somos servidores de Cristo; «servidores inútiles», pero servidores amantes y que no tienen otro anhelo que la gloria de Dios (21).

(21) Cf. L. M. Grignon de Montfort: «Traité» (nn. 55-59.)



CONCLUSION

El papel de la Virgen Santísima en la vida del Sacerdote nace del que Ella tiene junto a Nuestro Señor. Las páginas precedentes han sido consagradas a meditar esta verdad.

María es nuestra Madre porque es la Madre de Cristo. Este don del Sacerdocio de Jesús, que nos hace Sacerdotes, se da por la oración y bajo la mirada de nuestra Madre.

Ella nos forma en las virtudes de Cristo Sacerdote, y nos revela el Amor Infinito con el que somos amados, como formó a los Apóstoles en el Cenáculo con una exquisita discreción, por el influjo de su presencia.

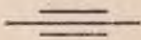
Pero la Virgen Santísima quiere ser amada por los Sacerdotes como lo fué de Jesús; quiere unirse a ellos con una unión que se parece a la que tuvo con Jesús y que continúa y multiplica la que ha consagrado El mismo entre Ella y San Juan. Así, cuanto más nuestro corazón humano se inflame de amor a Cristo, con tanta mayor delicadeza y suavidad tratará a la Virgen como la gran Confidente y la dulce Compañera de la vida sacerdotal. Nuestro mismo ministerio quedará todo impregnado de esta presencia y de esta asistencia. En la medida en que seremos Sacerdotes, dispensadores del Amor Infinito, seremos ayudados por María en nuestro apostolado y sere-

mos sus verdaderos servidores; los Sacerdotes de su Reino, los instrumentos de su acción en las almas.

En su Sermón sobre San Juan, dice Bossuet que Nuestro Señor dió al apóstol virgen las tres cosas que más apreciaba: le dió su Corazón, haciéndole descansar sobre su pecho; le dió su Pasión, llamandole a él sólo entre todos los Apóstoles para asistir al drama del Calvario, y le dió, en fin, por madre a su propia Madre, a fin de que desde este instante «la tomase con él» (22).

El Corazón de Jesús, la Cruz, la Santísima Virgen, tal es el triple don del Amor Infinito a los Sacerdotes.

(22) Bossuet: «Panégyrique de Saint Jean l'Evangéliste». (Ed. Lebarcq. París, 1891; t. II; pp. 526-545.)



INDICE

	<u>Págs.</u>
Introducción	5
Prólogo del autor	17

PRIMERA PARTE

LA MATERNIDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN Y EL SACERDOCIO

Cap. I.—La Madre de Cristo Sacerdote.

I La maternidad divina y la santidad de María	25
II La maternidad de la Virgen Santísima y el Sacerdocio de Cristo	34

Cap. II.—La Madre de los Sacerdotes.

I La oración de la Virgen Santísima por los Sacerdotes	41
II La grandeza del Sacerdocio y el respeto de María por los Sacerdotes	47
III El celo de María por la santificación de los Sacerdotes	52

SEGUNDA PARTE

LA VIRGEN SANTISIMA Y LA VIDA INTERIOR DEL SACERDOTE

Cap. III.—La Virgen Santísima y el Corazón sacerdotal de Cristo.

I El Corazón sacerdotal de Cristo en la Pasión	65
II La Compasión de María en el sufrimiento de Cristo Sacerdote	72

**Cap. IV.—La Virgen Santísima y la vida interior
del Sacerdote.**

I	La unión del Sacerdote con Cristo en la Misa . . .	79
II	La unión del Sacerdote con la Virgen Santísima . . .	103

TERCERA PARTE

**LA VIRGEN SANTISIMA Y EL MINISTERIO
SACERDOTAL**

**Cap. V.—La Virgen Santísima y el ministerio de
Cristo Sacerdote**

I	La fecundidad de la Virgen Santísima en la Cruz . . .	121
II	La realeza de la Virgen Santísima y la acción san- tificadora de Cristo	131

**Cap. VI.—La Virgen Santísima y el ministerio de
los Sacerdotes.**

I	La unión con Cristo Sacerdote en el ministerio de las almas	143
II	La asistencia de la Virgen Santísima en el ministerio sacerdotal	153
III	El Sacerdote, servidor de María	158
Conclusión		161